

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO



«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

LA HISTORIA DE

**JOSÉ ORTIZ
MUÑOZ**

ALIAS EL SAPO

ASESINO SANGUINARIO

JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

LA HISTORIA DE JOSÉ ORTIZ MUÑOZ ALIAS «EL SAPO»

Asesino Sanguinario

Primera edición 2025

© José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798266416451

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	6
PRÓLOGO	10
CAPÍTULO 1 DE LECUMBERRI A LAS ISLAS MARÍAS	15
CAPÍTULO 2 EL SAPO PIDE AYUDA A GOYO CÁRDENAS	25
CAPÍTULO 3 EL SAPO NECESITA ASESINAR A UN RECLUSO	36
CAPÍTULO 4 EL SAPO ASESINA A UN REO	44
CAPÍTULO 5 EL SAPO SE PELEA A MUERTE	51
CAPÍTULO 6 LA TRAICIÓN QUE NADIE VIO VENIR	58
CAPÍTULO 7 LA VENGANZA SILENCIOSA	67
CAPÍTULO 8 EL SABOR DE LA TRAICIÓN	74
CAPÍTULO 9 LA SOMBRA DEL CUERVO	82
CAPÍTULO 10 LA MUERTE SALE DEL APANDO	90
CAPÍTULO 11 EL RASTRO DEL TRAIADOR	97
CAPÍTULO 12 EL MOTÍN DEL REY	105
CAPÍTULO 13 EL INFIERNO DESATADO	113
CAPÍTULO 14 EL REY SIN CORONA	120
CAPÍTULO 15 EL REGRESO DE LA SOMBRA	127
CAPÍTULO 16 LA RAÍZ DEL REINO	135
CAPÍTULO 17 EL SAPO SE CRECE COMO LÍDER	142
CAPÍTULO 18 EL REINADO DE EL ZOPILOTE	149

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

CAPÍTULO 19 EL REY DE LAS ISLAS MARÍAS	156
CAPÍTULO 20 EL PADRE TRAMPITAS	163
CAPÍTULO 21 EL PAN Y LA CRUZ	170
CAPÍTULO 22 LA REINA DEL VENENO	177
CAPÍTULO 23 EL FILO QUE SE HUNDE	188
NOTA DEL AUTOR	195
ACERCA DEL AUTOR	199

DEDICATORIA

A los olvidados, a los que resisten en las sombras, a los que luchan por un pedazo de pan en un mundo que no los ve.

Esta historia, El Sapo, es para ustedes, los que habitan los márgenes, los que cargan cicatrices de un pasado que no perdona, pero también para aquellos que, aun en la oscuridad, buscan un destello de luz. Escribo esta dedicatoria con el corazón en la mano, pensando en las almas que, como José Ortiz Muñoz, han enfrentado infiernos contruidos por hombres y han encontrado, en su lucha, una chispa de humanidad que los define más allá de sus errores. Esta novela no es solo la crónica de un hombre que se alzó como rey en las Islas Marías, sino un canto a la resistencia, al amor feroz y a la redención que, aunque frágil, siempre está al alcance.

A los presos, a los que alguna vez pisaron el polvo de Lecumberri o las arenas saladas de las Islas Marías, esta obra es un homenaje a su fuerza. Ustedes, que conocieron el hambre como moneda, el machete como justicia y la lealtad como única moneda de cambio en un lugar donde la esperanza era un lujo. Las prisiones, con sus muros de piedra y sus leyes de sangre, no solo encierran cuerpos, sino historias de lucha, de traición, de pequeños actos de bondad que brillan como fuego en la noche. José Ortiz, El Sapo, es un eco de esas historias: un hombre que mató para vivir, que gobernó con puños y pan, y que, al final, intentó dejar la sangre atrás, aunque el precio fuera su vida. Su viaje, desde los motines de Lecumberri hasta su reinado en las islas, es un reflejo de la resiliencia de quienes, aun en las peores circunstancias, encuentran la manera de mandar, de amar, de soñar.

A las mujeres como María Elena Blanco, que caminan con la cabeza alta en un mundo que las quiere doblegar. A las reinas

del veneno, cuyas sonrisas cortan como navajas y cuya fuerza no necesita de machetes para hacerse sentir. María Elena, con su belleza letal y su astucia implacable, es un tributo a las mujeres que, en prisiones o en las calles, han desafiado las reglas de un sistema que las juzga sin entenderlas. Su amor con El Sapo, un pacto de sangre y fuego, es un recordatorio de que incluso en los lugares más oscuros, el amor puede ser un faro, aunque a veces quemé. Para ustedes, mujeres que no se rinden, que negocian con guardias, que roban sal con una sonrisa y que reinan junto a sus iguales, esta historia lleva su nombre.

Al padre Trampitas, y a todos los que, como él, llevan una cruz en la mano y un corazón que no se cansa de ofrecer. A los que creen que la redención es posible, incluso para los que han matado, robado o traicionado. Trampitas, con su sotana raída y su Biblia gastada, representa a esos guías improbables que aparecen en los momentos más crudos, trayendo no solo comida, sino palabras que desafían la lógica de la violencia. Esta dedicatoria es para los sacerdotes, los consejeros, los que extienden una mano en los infiernos sin pedir nada a cambio, porque saben que un hombre como El Sapo, aunque duro, puede escuchar si se le habla con verdad. Su paciencia, su fe en lo imposible, es un faro para los que buscan cambiar, aunque el camino sea de arena y sangre.

A los colonos de las Islas Marías, a El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, La Chiva, El Pájaro y todos los que se unieron al reino de El Sapo, esta novela es para ustedes. Representan a los que, en la desesperación, encuentran fuerza en la unión, en el compartir un pedazo de pescado seco o una tortilla rancia. Ustedes son los que hacen girar los campamentos, los que convierten un lugar de castigo en un espacio de resistencia. Cada nombre —El Cojo, El Manco, La Pulga, El Jarocho— es un reconocimiento a los que, aun con cuerpos rotos y almas marcadas, eligen seguir al que les da pan, al que los ve como humanos y no como sombras.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

A los que cayeron, como El Zopilote, vencidos por su propia furia, esta historia también les pertenece. Porque en su derrota hay una lección: el poder basado solo en el miedo se quiebra, mientras que el que se forja con lealtad y pan puede durar, aunque sea frágil. El Zopilote, con su clavo afilado y su odio ciego, es un recordatorio de que la venganza, aunque satisfactoria, no construye reinos. Su final, reducido a un eco roto, es para aquellos que no aprendieron a soltar el machete, que dejaron que la sangre los definiera.

A los guardias, como El Gavilán, que mantienen el orden con fusiles, pero saben que el verdadero control está en los que mandan desde abajo. Esta dedicatoria es para los que, en su silencio o en su brutalidad, son parte del engranaje de lugares como las Islas Marías. Ustedes, que permiten que hombres como El Sapo reinen mientras mantengan la calma, son un reflejo de la complejidad de la autoridad en los márgenes, donde las reglas se negocian con sal, pescado y miedo.

A los lectores que se atreven a sumergirse en esta historia, que no temen el argot crudo, la sangre en la arena o las promesas rotas. Esta novela es para ustedes, que buscan entender a los que reinan en los infiernos, que ven en El Sapo no solo un asesino, sino un hombre que quiso ser más. Para los que leen entre líneas y encuentran en María Elena una fuerza indomable, en Trampitas una esperanza terca, y en los colonos un eco de su propia lucha por sobrevivir. Esta historia no glorifica la violencia, pero tampoco la oculta; es un espejo de un mundo donde el pan y la cruz son tan poderosos como el machete.

A México, a su historia carcelaria, a las Islas Marías que fueron un penal hasta 2019, un lugar de castigo y redención donde hombres y mujeres como los de esta novela vivieron, pelearon y murieron. A las historias reales de presos que construyeron reinos efímeros, que negociaron con guardias, que encontraron amor o fe en medio del hambre. Esta dedicatoria es un reconocimiento a esa verdad cruda, a un pasado que no debe olvidarse, porque en

él están las raíces de nuestra humanidad, con sus luces y sombras.

Y finalmente, a mí mismo, porque escribir El Sapo fue un viaje al corazón de lo que significa ser humano en un lugar que lo niega. Esta novela es un esfuerzo por dar voz a los que no la tienen, por imaginar a José Ortiz, María Elena y Trampitas no como mitos, sino como personas con sangre, hambre y sueños rotos. Es mi ofrenda a los que, como yo, creen que las historias pueden cambiar la forma en que vemos el mundo, que pueden hacernos mirar a los olvidados y decir: los veo, los escucho, los recuerdo.

Que esta novela sea un recordatorio de que, incluso en los lugares más oscuros, hay reyes y reinas, hay pan y cruces, hay amores que arden y promesas que se hunden en el mar. Para todos ustedes, que cargan su propio peso, que luchan por su propio reino, esta es mi dedicatoria. Que encuentren su luz, aunque sea en la arena.

Con respeto y memoria, José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

En las entrañas de México, donde la tierra se encuentra con el mar y la justicia se convierte en castigo, existió un lugar que era más mito que realidad: las Islas Marías. Un penal perdido en el Pacífico, un archipiélago de sal y sangre donde los hombres y mujeres enviados allí no eran solo presos, sino sombras de un sistema que los desechó. Fue en este infierno de arena y hambre donde nació la historia de José Ortiz Muñoz, conocido como El Sapo, un hombre que saltó desde los callejones de la Ciudad de México hasta los muros de Lecumberri, y de allí a las islas, para forjar un reino con puños, pan y un amor tan feroz como el mar que lo rodeaba. Este libro, El Sapo, no es solo la crónica de un criminal, sino un retrato de lo que significa ser humano cuando el mundo te niega esa condición.

Las Islas Marías, cerradas como prisión en 2019, fueron durante un siglo el destino final de los indeseables: asesinos, rebeldes, traidores, y aquellos cuya existencia incomodaba a los poderosos. No era solo un lugar de reclusión, sino un experimento cruel donde el hambre era la moneda, la violencia la ley, y la lealtad el único escudo contra la muerte. En este escenario, José Ortiz, un hombre de ojos saltones y voluntad de acero, se alzó no por ambición, sino por necesidad. Su historia comienza en Lecumberri, el «Palacio Negro» de la capital, donde los motines eran tan comunes como el aire y la sangre regaba los patios como lluvia. Allí, El Sapo aprendió que sobrevivir no era suficiente; había que mandar, había que ser rey, aunque fuera de un reino de ratas.

Este prólogo no pretende justificar a El Sapo, ni glorificar sus crímenes. Mató, robó, traicionó, y sus manos cargan el peso de 160 vidas, una deuda que lo persiguió hasta su último aliento. Pero también amó, protegió y, al final, buscó redención, aunque el mar se la negara. Su viaje es un espejo de los extremos de la condición humana: la brutalidad que surge del hambre y el miedo,

la lealtad que une a los olvidados, y la chispa de esperanza que, aunque frágil, puede encenderse en los lugares más oscuros. El Sapo es una novela que no rehúye la crudeza, que no endulza la realidad de las prisiones mexicanas, pero que tampoco olvida que detrás de cada machete hay un hombre, una mujer, una historia.

En estas páginas, conocerás a José Ortiz, un hombre que no nació para ser héroe ni villano, sino para sobrevivir. Desde los motines de Lecumberri, donde clavó un fierro en el cuello de Arriaga para ganar su libertad, hasta las Islas Marías, donde enfrentó a El Zopilote, un líder tan brutal como él, El Sapo construyó su poder con una mezcla de astucia y violencia. Robó pescado seco, repartió tortillas rancias, y convirtió el hambre en lealtad. Pero no está solo en este viaje. María Elena Blanco, la «reina del veneno», llega como un relámpago, con su belleza letal y su pasado de envenenamientos y cuchillos. Su amor con El Sapo, un pacto de sangre y fuego, es tan peligroso como hermoso, un recordatorio de que incluso en el infierno, dos almas pueden encontrarse y arder juntas.

El padre Trampitas, con su sotana raída y su cruz de madera, es el otro pilar de esta historia. Un sacerdote que no predica desde un púlpito, sino desde la arena, trayendo pescado y palabras que desafían la lógica de la violencia. Es él quien planta en El Sapo la semilla de la redención, quien le muestra que un rey puede mandar sin matar, aunque el precio de esa lección sea su propia vida. A través de Trampitas, esta novela explora la fe no como dogma, sino como un acto de resistencia, una mano tendida en un lugar donde las manos suelen empuñar machetes.

Los colonos —El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, La Chiva, El Pájaro, y tantos otros— son el corazón palpitante del campamento. Cada uno lleva un nombre que es más que un apodo; es una marca de su lucha, de su cuerpo roto, de su voluntad de seguir adelante. Ellos no son solo seguidores de El Sapo, sino un reflejo de los miles de presos que, en las Islas Marías reales, trabajaron bajo el sol abrasador, pescaron con

anzuelos improvisados y encontraron en la unión una forma de sobrevivir. Esta novela les da voz, no para romantizar su dolor, sino para reconocer su humanidad.

El Zopilote, el antagonista quebrado, es un eco de lo que El Sapo pudo haber sido: un líder que reina con miedo, no con pan. Su caída y su venganza final, con 160 machetazos que cierran el círculo de la violencia, son un recordatorio de que el poder basado en la sangre es frágil, que los reinos de arena se deshacen con las olas. A través de él, la novela explora el ciclo de violencia que atrapa a los hombres en lugares como las Islas Marías, donde cada golpe engendra otro, y la paz es un lujo que pocos pueden pagar.

Escribir El Sapo fue un viaje al corazón de un México que no aparece en los libros de historia oficiales, pero que vive en las cicatrices de sus prisiones. Las Islas Marías, con su historia real de trabajo forzado, hambre y rebeliones, son el escenario perfecto para una historia que no teme mirar la oscuridad, pero que también busca la luz. Los detalles de la novela —los trueques de sal, los robos de sardinas, las fogatas clandestinas— están inspirados en testimonios de ex presos y en la cruda realidad de un penal donde la comida era poder y la lealtad era vida. Aunque los personajes son ficticios, sus luchas son un eco de las verdades que resonaron en esas islas hasta su cierre.

Este libro no es solo para quienes conocen las prisiones, sino para cualquiera que haya sentido el peso de un sistema que aplasta, que haya luchado por un pedazo de dignidad en un mundo que lo niega. Es para los que entienden que la redención no siempre significa salvación, que el amor puede ser tan letal como un machete, y que un reino, aunque sea de arena, puede brillar bajo el sol. Al leer El Sapo, prepárate para caminar por un camino de sangre, pan y cruces, donde cada personaje te pedirá que lo mires, no como un mito, sino como un ser humano.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Que estas páginas te lleven a las Islas Marías, a sus barracas rotas, a sus playas de sal. Que te hagan escuchar el silbido de El Pájaro, el rugido de El Búfalo, la risa de María Elena y las palabras de Trampitas. Que te dejen ver a José Ortiz, El Sapo, no solo como un rey, sino como un hombre que saltó alto, pero no pudo escapar del mar. Esta es su historia, y ahora, lector, es tuya.

El autor José Arturo Sarabia Campos.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Nota importante: El lenguaje de cárcel, también llamado «argot canero», así como el lenguaje soez, dan identidad a esta historia; no es con la finalidad de hacer apología al crimen.

CAPÍTULO 1 DE LECUMBERRI A LAS ISLAS MARIÁS

—¡Agárrenlo al cabrón! —gritó uno de los celadores que sujetaba a El Sapo para someterlo.

—¡Suéltenme, hijos de su puta madre! ¡Así serán chingones en bolita! ¡A ver si tantos huevos, de a uno por uno! —les gritaba con furia el delincuente.

—¡Sáquenlo de su celda! —ordenó el jefe de celadores.

—¡Aaaaaay! ¡Aaaaaay! ¡Ya no me peguen! —gritó de dolor, al recibir golpes de los celadores con sus macanas durante varios minutos.

—¡Cállate, cabrón! —gritó otro de los celadores.

—¡Ahora métenlo a su celda! —ordenó el jefe de celadores.

Tras meterlo a la fuerza, los celadores cerraron con rapidez la puerta de su celda y le pusieron candado. En tanto, éste yacía todo golpeado tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre. Con gran esfuerzo, se levantó; caminó tambaleándose hasta la puerta y les gritó:

—¡Miren nada más cómo me dejaron, cabrones! ¡Ahora llévenme a la enfermería!

Cinco celadores, se iban carcajeando por la gopiza que le acababan de propinar, habían recibido la orden del director del penal, quien con claridad les dijo:

—Vayan a la celda de El Sapo y métenle una calentadita; qué digo calentadita, ¡mejor una buena chinga!

—¿Pues ahora qué hizo ese cabrón, jefazo? —preguntó uno de los celadores.

—Pues al muy pendejo se le ocurrió asaltar a un nuevo recluso, que resultó ser familiar de un «caca grande», y llegaron órdenes, de muy arriba, de ponerle una madriza y mandarlo a las Islas Marías.

No cabía duda: el traslado del peligroso asesino serial José Ortiz Muñoz, alias El Sapo, se había confirmado. Este exsoldado, adscrito al Segundo Batallón de Infantería y acuartelado en la Escuela de Tiro, ya no tenía escapatoria. Nada podía impedir el movimiento; incluso, las autoridades habían postergado el traslado en varias ocasiones. Esta situación mantenía al delincuente en un estado de profunda consternación.

Antes de continuar, conviene revisar el contexto para comprender la magnitud de esta historia. ¿Quién era José Ortiz Muñoz, conocido como El Sapo?

Se trataba del asesino serial más temido, sanguinario y despiadado de los años cuarenta en México. Estaba recluso en la prisión más sombría del Distrito Federal: el Palacio Negro de Lecumberri. No existía precedente alguno en la criminología mexicana que se asemejara a su perfil. Imaginen su aspecto: rostro de pómulos prominentes, labios gruesos, cuerpo encorvado al caminar, piel morena, baja estatura, abdomen abultado, expresión hosca y ojos saltones. De ahí su apodo.

Para dimensionar su peligrosidad, basta compararlo con otros cuatro criminales célebres del México antiguo:

- Francisco Guerrero Pérez, alias El Chalequero, fue el primer asesino serial documentado en México. Se le atribuyen veinte víctimas entre 1880 y 1888, todas mujeres dedicadas a la prostitución.

- Felipe Nerio Espinoza Chávez, mexicano que residió en el condado de Fremont, Nuevo México, Estados Unidos. Aunque

asesinó a treinta y dos estadounidenses desde 1863, no se le considera el primer asesino serial mexicano, ya que no vivía en México ni mató a compatriotas. Su primera víctima fue descuartizada; le extrajo el corazón con ayuda de su hermano José Vicente Espinoza.

- Gregorio Cárdenas Hernández, alias Goyo Cárdenas, fue el primer asesino serial mediático de la era moderna. Entre agosto y septiembre de 1942, asesinó a cuatro mujeres: tres prostitutas y una compañera de escuela, posiblemente su novia. Su caso conmocionó a la sociedad mexicana y atrajo la atención de psiquiatras, criminólogos, periodistas y policías.

- Higinio Sobera de la Flor, alias El Pelón Sobera, alcanzó notoriedad mediática pese a haber cometido solo dos asesinatos: el del tío de la actriz Ana Bertha Lepe y el de una joven que esperaba el transporte público el 12 de marzo de 1952.

El caso de José Ortiz Muñoz, sin embargo, superaba cualquier precedente. Se le consideraba el asesino serial más peligroso y cruel, responsable de más de ciento cuarenta y tres muertes. No distinguía entre hombres y mujeres; su impulso homicida era indiscriminado. El número de víctimas sugiere que podría clasificarse como asesino en masa.

Para quienes desconocen la diferencia entre ambos términos, conviene aclararla. Un asesino en masa mata a cuatro o más personas en un mismo lugar y en un solo acto, como ocurre en tiroteos escolares en Estados Unidos. En cambio, un asesino serial comete tres o más homicidios en un periodo superior a un mes, con intervalos entre cada crimen, motivado por la satisfacción psicológica que le produce matar.

Una vez aclarado esto, volvamos a El Sapo. José Ortiz Muñoz nació en Durango en 1908. Su carrera delictiva comenzó a los nueve años, cuando asesinó a un compañero de primaria al clavarle doce veces un compás en el corazón. Al respecto, declaró:

—No sentí ni pesar ni arrepentimiento.

Por este crimen, cometido en 1917, recibió una condena de cinco años en una cárcel para adultos, ya que no existía un centro especializado para menores. Esta decisión resultó absurda: ¿cómo justificar el encierro de un niño de nueve años junto a asesinos, drogadictos, ladrones, violadores, pederastas y extorsionadores?

Según su testimonio, su padre —un alto mando militar— pudo haberlo liberado, pero decidió dejarlo allí para darle una lección. Y vaya que la recibió. Aprendió a robar, estafar, secuestrar y extorsionar, instruido por los más experimentados delincuentes. En 1922, al cumplir catorce años, recuperó la libertad. Su fascinación por las armas lo llevó a enlistarse en el ejército, donde ingresó al Segundo Regimiento de Caballería en Monterrey, Nuevo León.

Un año después, ya como soldado, asesinó a un teniente coronel que humillaba a sus subordinados durante la construcción de una carretera hacia Nuevo Laredo. El oficial cometió el error de abofetear a Ortiz, quien, sin pronunciar palabra, extrajo su bayoneta y la hundió en el pecho del agresor. Tras ser detenido por varios militares, fue enviado a Monterrey, donde un Consejo de Guerra lo declaró culpable y lo condenó al fusilamiento.

Luego de pasar algunos meses en prisión militar, llegó el día de su ejecución. Escoltado hasta el paredón, Ortiz se mantuvo firme. Adoptó la posición de saludo militar, rindió homenaje a la bandera y, al preguntarle si deseaba que le vendaran los ojos, respondió:

—No, los hombres no lo necesitamos.

Luego, al cuestionarle cuáles eran sus últimas palabras, contestó:

—¡Viva México!

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Los soldados se alinearon al escuchar:

—¡Atención, pelotón! ¡Preparen! ¡Apunten!

En ese momento, un soldado llegó a la carrera mientras gritaba:

—¡Deténganse! ¡Deténganse!

Traía un sobre amarillo que entregó a su superior. El documento decía:

«A quien corresponda:

Por medio de la presente misiva, se le informa que el soldado José Ortiz Muñoz ha recibido el indulto. Deberá ser liberado de inmediato y reincorporado a sus funciones como elemento en activo».

Con esa orden, quedó en libertad. Resultaba evidente que un alto mando del ejército lo requería como ejecutor. Pero lo peor aún no ocurría. La noche del 2 de enero de 1946, José Ortiz asesinó a más de ciento treinta personas con una ametralladora, cumpliendo órdenes del general Bonifacio Salinas Leal, durante una manifestación de más de diez mil ciudadanos que protestaban por el fraude electoral en León, Guanajuato. No fue el único en disparar; toda la tropa apostada en el palacio municipal recibió la instrucción, posiblemente emitida por el gobernador Ernesto Hidalgo, quien intentaba imponer a su protegido Ignacio Quiroz como presidente municipal.

Las cifras oficiales —manipuladas con descaro— reconocieron apenas veintiséis muertos y treinta y siete heridos graves.

Pero como siempre no pasó nada y José Ortiz siguió en las andadas. Después se le encomendó asesinar a un estudiante de medicina de nombre Ignacio Jarero Ortiz.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Luego de haber atravesado con una daga el cuello de Jarero, llevó el cadáver ante Aranda y le dijo:

—A la orden mi jefe... ¿Es este el que me enseñó o me equivoqué?

El teniente coronel lo felicitó por su obediencia y le regaló la pistola del muerto. Días después, su jefe le dijo que las cosas se estaban complicando, ya que las investigaciones continuaban, que lo mejor era que dejara la ciudad y que se le enviaría dinero periódicamente, lo cual hizo hasta que fue detenido.

Por fin, el lunes 28 de octubre de 1946, se logró su detención, y sin la menor preocupación confesó:

—Le di muerte a puñaladas al señor Ignacio Jarero Ortiz, porque éste era pandillista y al hacerlo, solo obedecí la consigna que me había dado mi Jefe, el teniente coronel Miguel Aranda Calderón. Entre los contingentes de tropa, él me tiene escogido como su pistolero de confianza.

Cuando la policía investigó más a fondo, encontró que El Sapo lideraba una pandilla de criminales y viciosos, cuya base se había establecido en inmediaciones de la Escuela de Tiro.

De varios asesinatos ocurridos en aquellas fechas, nunca se lograron esclarecer; los policías solo encontraron a las víctimas durante sus recorridos en las madrugadas, las cuales presentaban heridas por arma punzocortante en la cabeza y en el cuerpo. También se supo que traficaba con droga.

Por este crimen, en 1946 fue recluido en el Palacio Negro de Lecumberri, en la Ciudad de México, asignado a la celda número 1 de la sombría circular 2. Tenía entonces 42 años. Desde ese momento, se le conoció oficialmente como El Sapo.

En una entrevista, el psiquiatra Edmundo Buentello y Villa le preguntó si algún miembro de su familia padecía enfermedades mentales. Ortiz respondió:

—No, ninguno.

Luego le cuestionó si alguien en su familia era violento:

—Mi tío Eulogio era muy asesino, ¡y eso nadie lo ignoraba! Si estuviera vivo, yo no estaría aquí —afirmó, y añadió—. Si nadie se mete con la familia, no causamos problemas. Pero si nos provocan, sabemos cómo responder.

Para concluir, el médico le preguntó por qué se convirtió en asesino. Ortiz contestó:

—Mire, doctor, he sido un pistolero reconocido desde 1928. Siempre me han contratado personas de alto rango social, cuyos nombres no puedo revelar por razones obvias.

Tras su ingreso a Lecumberri, recibió una condena de 28 años. Cuatro años Después, en septiembre de 1950, asesinó a puñaladas un reo cubano identificado como Isidro Martínez García, sumándose otros 30 años más.

Tras cometer el crimen El Sapo exclamó:

—con este son ciento cuarenta y tres los que he matado... ¡Qué importa uno más! Hacía más de cuatro años que no me echaba a nadie al pico.

Para el año 1952 El Sapo se agarró a puñaladas con un hombre apodado El Caballo. La razón de la confrontación fue que empezaron a discutir quién era «más ducho en los puñetazos».

Sobrevivir en Lecumberri resultaba una hazaña. La oscuridad y el ambiente lúgubre convertían el penal en una boca de lobos. Sus pasillos amurallados extinguían cualquier esperanza de salir con vida. Muchos internos, consumidos por la desesperación, optaban por quitarse la vida. La humedad y el frío anulaban cualquier intento de resistencia. La suciedad era tal que las ratas compartían espacio con los camastros. La pestilencia alcanzaba niveles insoportables. El alimento diario, conocido

como «El Rancho», ni siquiera sería aceptado por el más voraz carroñero. El hacinamiento transformaba la lucha por un rincón en un campo de batalla sangriento.

José Ortiz ya conocía ese entorno. Años antes había estado en la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco, donde también estuvo recluido Pancho Villa. Aunque debido a su peligrosidad y conducta violenta, se ordenó su traslado al penal de las Islas Marías, una decisión que él intentó evitar por todos los medios.

Una de sus razones era sentimental. A pesar de su carácter desagradable, había conquistado a María de Jesús Torres Martínez, una joven de 18 años con quien contrajo matrimonio dentro del penal el 20 de agosto de 1953. Ella también había estado presa en Lecumberri por robo, tras sustraer un cofre con joyas mientras trabajaba como sirvienta. Al cumplir su condena, recuperó la libertad y prometió visitar a El Sapo todos los días para ayudarlo en su tienda de abarrotes dentro de la prisión.

Otra razón era la distancia. Las Islas Marías se encontraban a 173 kilómetros de Mazatlán, Sinaloa, y el trayecto por mar tomaba siete horas, lo que dificultaba las visitas de su esposa. Aunque podía solicitar vivir con ella en la colonia de la isla, en Lecumberri él tenía poder. Gozaba de privilegios otorgados por el director, quien lo utilizaba como informante y ejecutor. No estaba dispuesto a renunciar a esa posición.

Muchos se preguntaban cómo una joven de 18 años se había enamorado de un hombre de 45, poco agraciado y de reputación temible. La respuesta era inquietante. María de Jesús sentía excitación al escuchar a sus compañeras relatar las fechorías de El Sapo. Esas historias le provocaban fantasías sexuales. Para asegurarse de que nadie le arrebatara a ese «galán», logró que los celadores entregaran al director una carta en la que solicitaba conocer a su amor platónico.

El psicólogo John William Money acuñó en los años cincuenta el término «hibristofilia», una parafilia que describe la

atracción hacia criminales peligrosos. Algunas mujeres sienten deseo por asesinos, ladrones o violadores, y buscan establecer vínculos afectivos o sexuales con ellos. También pueden sentirse atraídas por hombres infieles o mentirosos compulsivos, a quienes admiran, escriben cartas o incluso contraen matrimonio.

Así, María de Jesús se enamoró enseguida de José Ortiz. Al conocerse, surgió un amor inmediato. Vivieron un romance apasionado hasta que él le propuso matrimonio, y ella aceptó. El 20 de agosto de 1953, con apenas 18 años, se casó con el criminal de 45. La diferencia de edad era evidente, pero ese día reinaba la alegría. El director les concedió dos días de luna de miel en su celda.

A las 14:00 horas, al concluir el plazo, María de Jesús abandonó el penal. Se despidió con un beso apasionado y, al salir, declaró:

—Soy la mujer más feliz del mundo.

No se sabe si esa felicidad se debía al matrimonio o al hecho de haberle robado todos los ahorros a su flamante esposo. Sí, su propia esposa lo había despojado. Por menos, él la habría asesinado.

Ortiz descubrió el robo mientras descansaba en su celda. La furia lo dominó. Salió a gritar:

—¡Soy un pendejo! ¡Soy un pendejo! ¡Vieja hija de la chingada! ¡Yo nunca he querido a nadie en la vida! ¡Aaaaaaaaah!

Los reclusos comentaron que gritaba, a la vez que se arrancaba los cabellos. Dos semanas después, se resignó y dijo:

—¡Soy la vergüenza de Lecumberri! ¡Ya qué más da, todos lo saben! ¡Hice el ridículo al casarme con una chamaca pendeja!

Meses más tarde, retomó su trabajo en la tienda y dejó atrás el incidente. Pero, para sorpresa de todos, María de Jesús

regresó. Se presentó en la entrada de la tienda mientras él acomodaba envases de refresco. Al verla, quedó paralizado. Sintió que el corazón se le salía del pecho: era el amor de su vida.

Sin embargo, el recuerdo del robo lo invadió. La sangre le hirvió. Un impulso asesino lo dominó mientras tomaba el puñal que llevaba en la cintura. Pensó:

«Si la mato, no pasa nada. Una muerte más, una menos, no hacen diferencia.»

Sabía que jamás saldría de prisión. Quería recuperar su honor, pues se había convertido en la burla de los internos.

Se incorporó con lentitud, puñal en mano, como si acechara a su presa. La miró a los ojos y le dijo:

—Debo admitir que tienes muchos huevos... o que eres demasiado pendeja para regresar después de verme la cara de idiota. Nadie mejor que tú sabe que por menos de eso he asesinado a más de ciento cincuenta personas.

CAPÍTULO 2 EL SAPO PIDE AYUDA A GOYO CÁRDENAS

María de Jesús no respondió a las acusaciones de El Sapo. Permaneció inmóvil, con la mirada clavada en él, en medio de un silencio sepulcral. Ambos se miraban en forma directa a los ojos. Ella no logró contener el llanto; dos lágrimas descendieron por sus mejillas. De pronto, corrió hacia su esposo y lo abrazó con fuerza, lo besó con intensidad, sin temor a que él pudiera atacarla.

José Ortiz dejó caer el cuchillo y rodeó con sus brazos a su mujer. Su amor era genuino, y el vínculo entre ambos ardía con fuerza. Aunque ella le había robado, ese hecho ya no tenía importancia. Al fin y al cabo, como dice el dicho: «Ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón».

Mientras tanto, El Sapo meditaba en silencio. No necesitaba explicaciones; comprendía que ella había tenido razones para arriesgarse a robarle, incluso sabiendo que él podía matarla. Decidió dejar atrás el asunto. La única persona que lo había querido en el mundo estaba frente a él. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Él también estaba loco de amor por ella.

Durante varios meses, vivieron en paz. La felicidad parecía haberse instalado en sus vidas. Aunque nada dura para siempre, y el destino les preparaba una sorpresa capaz de cambiarlo todo.

La mañana del 19 de octubre de 1954, el celador Celerino Sánchez se dirigió con urgencia a la celda número 1 de la circular 2, donde moraba José Ortiz. Cabe mencionar que Celerino era de absoluta confianza para El Sapo. Actuaba como sus ojos y oídos dentro del penal, le entregaba información sobre los internos y el director. Por supuesto, sus servicios no eran gratuitos: cobraba en efectivo, marihuana y otros favores.

Entretanto, El Sapo dormía a pierna suelta. Celerino llegó y lo sacudió con gritos:

—¡Sapo! ¡Sapo! ¡Despierta!

José Ortiz apenas logró abrir los ojos.

—Hemm... ¿Qué pasa, Celerino?

—¡Despierta, Sapo!

—¡Con una chingada! ¿Qué quieres? ¿No ves que estoy dormido?

—¡Levántate! Hay rumores de que quieren enviarte a las Islas Marías.

—¿Quééé? ¿Otra vez? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?

—No lo sé. Escuché que planean trasladarte.

El Sapo se llevó las manos a la cabeza, alarmado.

—¡Qué poca madre!

Se sentó en el camastro, con el rostro tenso. El corazón le latía con fuerza. Un miedo profundo lo invadió: era probable que no volviera a ver a María de Jesús. Cerró el puño con rabia y murmuró entre dientes:

—¡Chingue a su madre! ¿Y ahora qué hago?

Se golpeó la cabeza con la mano mientras repetía:

—¡Piensa, piensa, piensa!

Uno de sus compañeros lo observó y, al notar su angustia, le preguntó:

—¿Qué pasó, carnal? ¿Todo bien?

José Ortiz respondió sin mirarlo:

—Nada, carnalito. Esos hijos de la chingada quieren mandarme a las Islas Marías.

—¡Voooooy, manito! ¿A lo macho? ¿Y qué vas a hacer?

El Sapo no respondió. Su mirada se perdió en el vacío. En su interior, pensaba:

—Si me mandan a la isla, me parten la madre. No volveré a ver a María de Jesús. Haría cualquier cosa para no perderla. Incluso vendería mi alma al diablo si fuera necesario.

Una idea cruzó por su mente:

—Ya sé qué hacer. Voy a buscar a Goyito Cárdenas. Él es muy chingón. Seguro sabrá cómo ayudarme.

Se levantó de golpe, se puso la camiseta, ajustó el cuchillo en la cintura y salió a toda velocidad hacia la celda 16, donde vivía el multihomicida Goyito Cárdenas. Para su mala suerte, la celda estaba vacía. Preguntó a unos reclusos:

—¿Qué Pachuca, carnalitos? ¿Han visto al Goyito?

—Simón, mi Sapo. Salió hace rato.

De inmediato se dirigió al celador que custodiaba la reja:

—¿Qué pasó, Guandajón? ¿Sabes a dónde fue el Goyito?

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

—Sí, mi Sapo. Se fue a la crujía «J» fue a ver a un cliente. Ya ves que ahora es licenciado.

—Déjame pasar, Guandajón. Necesito hablar con él.

—Niguas, mi Sapo. Si te agarran afuera, me chingan.

—¡No seas cabrón, Guandajón! Siempre te doy tus carrujos de mota. Mira, aquí traigo dos. ¡Son tuyos!

—¿Es de la buena?

—¡Clarines! Prueba uno y verás.

—Está bien. No te tardes, ñero.

El Sapo cruzó el redondel con paso firme rumbo a la crujía «J». Al llegar, gritó al celador que conocía:

—¡Gordoooo! ¡Gordoooo! ¡Chingada madre, Gordo! Deja de mirar a los jotos.

—¿Qué pasó, Sapo? ¡Yo no tengo esos gustos!

—No te hagas pendejo. Celerino ya me contó que te los andas cogiendo.

—¡No grites! Me vas a quemar.

—Tranquilo, Gordo. Ya sabes que no digo nada. Es puro cotorreo.

—Dame chance de entrar para hablar con Goyito Cárdenas.

—Está bien, Sapo. Pero no te tardes.

—Va, carnalito.

Entró a la celda y preguntó por Goyito:

—¿Qué pasó, Yiyí? ¿Has visto a Goyito?

—No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Por fin te rendiste! Pásale a mi celda, Sapito. Hoy estoy dispuesta a ser toda tuya. Hazme lo mismo que le haces a María de Jesús en la cama.

—No chingues, Yiyí. Busco a Goyito con urgencia.

—Uy, y yo que pensé que esta vez sí se me hacía contigo. Está en la celda 20. Toca la puerta.

—Gracias, Yiyí.

Después de esquivar a Yiyí, El Sapo se dirigió sin demora a buscar a Goyito. Al llegar, golpeó con fuerza la puerta metálica.

—¡Goyooooo! ¡Goyooooo! Soy yo, El Sapo.

Goyo conversaba con un interno al que ofrecía defensa legal. Al escuchar los gritos, salió de inmediato.

—¿Qué sucede, Sapo? ¿Por qué tanto alboroto?

—Goyito, qué suerte encontrarte. Esos desgraciados quieren enviarme otra vez a las Islas Marías. Necesito tu ayuda. Tú conoces las leyes, dime qué puedo hacer.

—Tranquilízate. Estás muy alterado. Déjame pensar.

Goyo guardó silencio durante varios minutos. Luego, carraspeó y respondió:

—Mira, Sapo, solo hay dos opciones para evitar el traslado: una es que te mueras.

—¡No chingues, Goyito! ¡Toca madera!

—La otra es que enfrentes un nuevo proceso judicial.

José Ortiz lo miró con atención.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que cometa otro delito? Pero ya tengo dos condenas: una de 28 años y otra de 30.

Goyo lo observó en silencio, con una mirada que parecía transmitir un mensaje oculto. Ambos se entendían sin palabras. A los pocos segundos, José Ortiz abrió los ojos con asombro.

—¡Ah! ¿Te refieres a...?

Goyo asintió y explicó:

—Debe ser un delito grave, y debes actuar antes de que el juez firme tu orden de traslado. Hoy en los juzgados escuché que mañana pare «la leona» —así de decía cuando llegaban nuevos reclusos—. Busca a alguien sin familia, alguien que nadie reclame.

—Gracias, Goyito. Te debo una.

El Sapo sintió alivio. Con la mente más despejada, regresó a su crujía para decidir a quién asesinaría.

Goyito era respetado por los internos, pues defendía a los pobres en Lecumberri. Pero antes de continuar, conviene conocer quién era realmente este personaje. No se trataba de un delincuente cualquiera, sino del tristemente célebre multihomicida, pederasta y necrófilo Gregorio Cárdenas Hernández, conocido como el Estrangulador de Tacuba o el Carnicero de Tacuba.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Quizá se pregunten qué hizo para ganarse esos apodos. Comencemos por el principio. Goyito frecuentaba prostitutas. Conducía por las calles donde se reunían, las observaba con detenimiento y elegía a alguna para llevarla a un hotel en la colonia Guerrero, en el Distrito Federal. Como cualquier cliente, mantenía relaciones sexuales y se marchaba sin causarles daño.

Sin embargo, el 15 de agosto de 1942, algo cambió. Ese día recogió a una joven de 16 años llamada María de los Ángeles González, apodada Bertha. En lugar de llevarla al hotel habitual, la condujo a su casa. Es probable que ya hubiera planeado asesinarla, y por eso eligió a una menor de edad, así sería más fácil someterla.

En su casa, conversaron con amabilidad durante media hora. Todo parecía normal. Bertha incluso pensó que él era un cliente confiable. Luego tuvieron relaciones sexuales. Al terminar, ella se levantó para ir al baño. Goyo aprovechó para vestirse a prisa.

Después, se dirigió a su improvisado laboratorio de química en la sala y tomó un cordón que estaba sobre la mesa. Cuando Bertha salió del baño, se acercó a los tubos de ensayo. Goyo se aproximó por detrás, le colocó el cordón alrededor del cuello y comenzó a estrangularla con fuerza.

Bertha intentó zafarse, pero él la inmovilizó. Forcejearon durante varios minutos, hasta que ella dejó de luchar y cayó sin vida.

Dos horas más tarde, Goyo tomó una pala y cavó una fosa de dos metros en el jardín. Enterró el cuerpo, pero antes lo ató de manos y pies. Aunque si ya estaba muerta, ¿para qué hacerlo?

Esa no fue la única incógnita. ¿Por qué decidió matarla si no discutieron? Las relaciones sexuales parecían haber sido consensuadas. Ella no lo robó, como a veces ocurría. ¿Qué lo impulsó a asesinarla?

Criminólogos, médicos forenses, abogados, periodistas, psicólogos, psiquiatras y policías intentaron responder esas preguntas. Todos ofrecieron diagnósticos distintos, pero ninguno logró consenso.

Entre asesinos se dice que lo difícil es matar la primera vez. Para un sádico o psicópata que planea con precisión, el primer crimen marca el inicio. En la mayoría de los casos, el asesinato surge de una mala decisión, seguida por arrepentimiento y culpa.

Pero Goyo no se detuvo. En los días siguientes, asesinó a dos prostitutas más. Una fue Raquel González León, de 14 años. La otra, Rosa Reyes Quiroz, quien se negó a tener relaciones sexuales. Al final, también murió a manos de Goyo.

La cuarta víctima fue Graciela Arias Ávalos, de 21 años, estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM e hija de un abogado penalista reconocido. Se presume que Goyo estaba enamorado de ella, pero siempre lo rechazó.

Un día, mientras estaban en su automóvil, él intentó besarla. Graciela reaccionó con una bofetada. Goyo, enfurecido, arrancó la manija de la puerta y la golpeó en la cabeza hasta matarla.

Luego bajó el cuerpo y lo metió a su casa, sin importarle la lluvia. Allí la desvistió, la acostó en su cama y abusó de ella durante toda la noche, pese a que ya había fallecido.

Al día siguiente, repitió el acto, aunque el cuerpo ya mostraba signos de rigor mortis. Después, la enterró en el jardín, como a las demás.

Pero eso no era todo, Goyito inyectaba sustancias colorantes en los rostros de sus víctimas para desfigurarlos y evitar su identificación. Cuando las autoridades descubrieron los cuerpos, la noticia corrió como pólvora. La hermana mayor de Raquel acudió a reconocer el cadáver. Al ver el estado en que se encontraba, sufrió un infarto que le provocó la muerte.

A los pocos meses ocurrió algo insólito: una jovencita se presentó en la comisaría y dijo llamarse Raquel González León, de 14 años. La policía se había equivocado. El cuerpo que desenterraron del jardín no era el suyo, sino el de otra mujer. Nadie la reportó como desaparecida, nadie reclamó sus restos. Nunca se supo quién era. En resumen, Raquel seguía viva, mientras su hermana había muerto del susto al ver el cadáver de alguien más.

Después de saber esto, cualquiera pensaría que Goyo estaba loco. Y no serían los únicos. Antes de llegar al Palacio Negro de Lecumberri, Goyito pasó cuatro años en el Manicomio de La Castañeda. Ahí se movía como pez en el agua gracias a su amistad con el director. Le dieron la oportunidad de montar una tiendita, salir al Mercado Francisco I. Madero —ahora llamado, Mercado de Mixcoac— por mercancía, estudiar enfermería y psicología, y hasta capacitar a los enfermeros. Con tanta libertad, terminó por enamorar a una enfermera y se escapó con ella. Por suerte lo recapturaron y lo mandaron a la prisión donde pasó la mayor parte de su vida.

Como pueden ver, Goyito era todo un estuche de monerías.

Pero volvamos con El Sapo. Después de recibir los consejos de Goyito, salió a prisa en busca del celador Celerino Sánchez, que se encontraba en la torre de vigilancia del polígono. Una torre de treinta metros que se alzaba en medio del penal. Desde ahí los celadores tenían vista completa de las crujías y celdas (esa torre fue obra de Lorenzo de la Hidalga y Antonio Torres Torija, basada en el diseño panóptico de Jeremy Bentham).

Apenas llegó, José Ortiz empezó a gritar:

—¡Celerinooo! ¡Celerinooo! ¡Asómate, cabrón!

Al escuchar la voz aguardentosa de El Sapo, Celerino se asomó de inmediato y le hizo una seña con la mano para avisar que bajaría en un momento.

—¿Qué pasó, Sapo?

—Fíjate, Celerino, que me enteré que va a parir la leona en estos días. Necesito que revises los expedientes de los nuevos y me digas quién no tiene familia que lo reclame.

—Niguas. ¡Me vas a meter en una broncota!

—Pinche Celerino, tú sabes que siempre te doy tus buenos centavos.

—¡No chingues! Esto está más cabrón. Me pueden torcer y hasta puedo perder el trabajo.

—¡Escúchame bien, cabrón! ¿Qué te parece si eliges a una jotita de la crujía «J» y yo la pago? ¡La que tú quieras!

Celerino se quedó callado. La propuesta le sonaba jugosa. Carraspeó y soltó:

—Está bien, pero yo la elijo.

—Cámara, hijín. Esa voz me agrada. Ya nos entendemos.

—Pero no me salgas con que no cumples.

—¡Voooooy! Por la Virgencita de Guadalupe que sí te cumplo. Acuérdate que la vez pasada te prometí una jotita y te cumplí.

—¿A lo macho? —preguntó el celador, con una sonrisa de oreja a oreja, al saber que tenía carta abierta para escoger a uno de los homosexuales.

—¡A lo macho, Celerino! Es más, ahorita mismo voy a la crujía «J» para avisar que vas a ir por tu jotita.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

—¡Ya vas!

Celerino, ya conforme con el trato, lanzó otra pregunta:

—Oye, y a todo esto, ¿para qué quieres esa información? ¿Qué le vas a hacer, Sapo?

—¡Ah, chinga! ¿A poco yo te pregunto qué le vas a hacer al pinche joto que te vas a coger?

—No, tienes razón.

—¡Pues órale, cabrón! Menos bla, bla, bla y más acción. Necesito esa información antes de que lleguen, así que ¡muévete!

Sin perder tiempo, José Ortiz se dirigió a buscar a la «mayor» de la crujía «J», la jefa de dormitorio.

CAPÍTULO 3 EL SAPO NECESITA ASESINAR A UN RECLUSO

Pasaron dos días sin que José Ortiz recibiera noticias del celador Celerino Sánchez. Harto de esperar, decidió buscarlo. No era tarea sencilla: los celadores vigilaban cada reja de las crujías para impedir que algún recluso saliera, salvo que lo pidieran los juzgados o su abogado. Pero El Sapo contaba con privilegios. Era amigo de la mayoría, se los ganaba con marihuana o dinero, a cambio de favores.

—¿Qué pasó, Pelonchas? Déjame salir a buscar a Celerino. ¡A lo macho que regreso pronto!

—¿Para qué lo quieres?

—¡Órale, pinche Pelonchas! ¿Pues qué, te lo andas cogiendo?

—¿Qué pasó, mi Sapo? Nomás pregunté.

—Mira, Pelonchas, tú solo ve y calla, no te metas en broncas. Es más, para que veas que te estimo, ahí te van estos tres carrujitos de mota. ¡Chíngatelos! Es de la buena, hasta te hace toser.

—Mejor dame unos centavos, Sapo. Faltan cuatro días para la raya y ando sin un clavo.

—Pinche Pelonchas, ya ni la chingas. Está bien, toma veinte centavos.

—¿Qué pasó? Con eso no me alcanza ni pa' un refresco.

—¡Ah, chinga! ¿Pues cuánto cuestan?

—El nuevo Elefantito Bimbo vale treinta centavos.

—¡Tan caro! Ahí te van diez más, Pelonchas.

—¡Va! Pero no te tardes.

Después de esa ardua negociación, El Sapo salió de su crujía rumbo a la torre del polígono, donde se reunían los celadores. Al llegar, saludó a varios que montaban guardia:

—¿Qué pasó, mis leandros? ¿No han visto al pinche Celerino?

—No ha venido. Está incapacitado.

—¡Ah, cabrón! ¿Pues qué chingados le pasó?

—Abundio, el celador nuevo, llevó a un reo a la enfermería. Ahí escuchó al doctor decirle a Celerino que tenía gonorrea.

Varios celadores soltaron la carcajada. Uno agregó:

—A mí me dijo que se fue con unas prostitutas y que ellas se lo pegaron.

El Sapo se mantuvo callado, pero por dentro pensaba:

«Si supieran estos pendejos que se anda cogiendo a los jotos de la crujía “J”».

Se despidió de los celadores y regresó a su crujía, con el ceño fruncido y murmurando:

—¿Y ahora qué chingados voy a hacer? ¿Cómo sabré quién es el indicado?

Entretanto, los reos de nuevo ingreso bajaban de «La Julia» —camioneta tipo panel donde eran transportados—. Los pobres no sabían lo que les esperaba. Fueron llevados al área administrativa para ficharlos. Donde les tomarían sus generales: nombre, lugar de nacimiento, edad, estado civil, religión, oficio, domicilio, motivo de ingreso... y más.

Después pasaron al departamento de huellas dactilares — lo que en el argot canero llaman «tocar el piano»—. Luego los metieron al estudio fotográfico para tomarles sus respectivas fotos de frente y perfil, que acompañarían sus fichas de ingreso.

Al terminar el trámite, los condujeron al almacén. Ahí les dieron un uniforme viejo, lleno de agujeros, y un retazo de cobija. Antes de entrar al patio, les quitaron las agujetas y el cinturón para evitar suicidios. También les exigieron entregar todas sus pertenencias. Si es que aún conservaban algo, porque los policías ya les habían robado anillos, relojes y hasta el último centavo.

Ya con el uniforme puesto, los trasladaron al patio, los formaron para que el director del penal les «leyera la cartilla», es decir, les explicara lo que les esperaba y las consecuencias de portarse mal.

Después los escoltaron a los dormitorios de la crujía asignada.

—¡Remesaaaaa!

Gritó el celador que vigilaba la reja, para anunciar la llegada de los nuevos.

Los celadores, con cara de piedra, guiaban a varios jóvenes con rostros de horror y ojos llenos de incertidumbre. Hasta el más valiente se doblaba en ese lugar. Todos sabían que habían cruzado las puertas del mismísimo infierno. Escapar no era opción.

Esos infelices ya formaban parte del selecto grupo de delincuentes, vestidos con el clásico uniforme a rayas: pantalón, camisola y gorra, que debían durarles al menos un año. Les entregaron una cobija rota que cargaban bajo el brazo, un plato chueco, un pocillo de peltre despostillado y una cuchara torcida.

Para apurarlos, los celadores les soltaron macanazos en la espalda y gritaron:

—¡Órale, hijos de la chingada, que no tenemos su tiempo!
¡O se apuran o les ponemos en la madre!

El grito se mezcló con el estruendo de la reja de hierro. Ese sonido les dejó claro que salir del Palacio Negro de Lecumberri sería casi imposible.

Ya en el patio, se acercaron los reclusos más pesados de la crujía. La crema y nata del penal. Mostraban su vulgaridad y su florido lenguaje carcelero, el famoso argot canero:

—¡Ahora sí, ya se los cargó la chingada! ¡De aquí no saldrán jamás!

—¡Si te toca en mi celda, güerito, te vamos a coger entre todos!

—Tendrás que soltar buenos centavos si quieres protección. Si no, te apuñalan. ¡Aquí la raza es cabrona!

Dos reclusos con cara de asesinos y puñal en mano se acercaron y exigieron:

—¡Entreguen todo lo que traigan, cabrones, o los apuñalamos!

Los jóvenes, temblorosos, respondieron:

—¡No traemos nada, señor! ¡No nos hagan daño, los policías nos quitaron todo!

Pero los reclusos no se conformaron. Siguieron amenazando con los cuchillos:

—¡Revísense bien las bolsas y no se hagan pendejos!

Después tanta presión, uno de los recién llegados entregó lo poco que tenía.

—Ya ven, putos, ¡cómo sí traían!

Dijeron mientras guardaban las monedas y los cuchillos.

Acto seguido, apareció el jefe de celadores para soltarles la advertencia.

—¡A ver, cabrones! Se portan bien o se los carga la chingada. ¡No quiero broncas! ¿Escucharon?

—¡Sí, señor!

—¡Pongan atención! Si se pasan de lanza, los vamos a apandar. Quince días encerrados en un cuarto de dos por dos, sin ventanas, sin luz, sin aire, sin excusado, sin agua, sin cama y con un calor infernal. Las calderas de vapor abajo lo convierten en un horno. Ahí se van a miar y a cagar en el suelo, y van a dormir junto a su mierda. ¿Me oyeron?

—¡Sí, señor!

—Les vamos a dar su rancho —así se le llamaba a la comida—, pero no en plato. Como castigo, tendrán que comer con las manos o con la esquina de su camisola. Pero si la falta es grave, esto quiere decir: golpear a un celador o traficar droga, se quedan sin rancho varios días. ¡Ahora, lárguense a su celda!

Cuando un reo llegaba por primera vez, lo clasificaban según el delito. Así funcionaba:

- Crujía «A»: reincidentes por robo
- Crujía «B»: comisionados distinguidos o delitos menores
- Crujía «C»: acusados por delitos sexuales; después presos políticos y estudiantes revoltosos
- Crujía «D»: delitos con sangre: lesiones, homicidios, aborto
- Crujía «E»: asalto y robo en primer ingreso
- Crujía «F»: delitos contra la salud, o sea, droga

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

- Crujía «G»: obreros y trabajadores con delitos varios
- Crujía «H»: procesos cortos y turno de 72 horas
- Crujía «I»: la más codiciada, para ricos con celdas privadas
- Crujía «J»: homosexuales; de ahí salió el término «jotos»
- Crujía «L»: antes para mujeres, luego para fraudes y abusos de confianza
- Crujía «M»: agitadores y presos políticos
- Crujía «N»: antiguos agitadores, pero en realidad, zona de castigo
- Crujía «O»: terroristas, asaltabancos y peligrosos

También existía un lugar secreto, fuera del registro: «el pozo», en el sótano. Lo mandó construir la dirección para obligar a los reos a revelar información sobre el tráfico de droga.

En un inicio, la prisión se diseñó para 800 hombres, 180 mujeres y 400 menores. Pero en 1971 ya tenía 3,800 internos, todos hacinados. Primero fue prisión, después en 1957 se convirtió en cárcel preventiva, cuando Santa Martha Acatitla tomó el mando como penitenciaría.

Con todo este contexto, se entiende mejor el infierno que pisaban los recién llegados. Pero ahí no acababa todo. Durante su recorrido, pasaban frente a la crujía «J», donde los homosexuales se asomaban por la reja y les gritaban:

—¡Adiós, guapos!

—¡Papito! ¿Jugamos a la basurita? ¡Yo me tiro y tú me recoges!

—¡Cómo quisiera ser piñata pa' que me des de palos!

—¡Ojalá fueras el sol para que me calentaras todo el día!

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

—¡Yo tan mojada y tú con tremendo paraguas!

—¿Cuándo le sacamos la lechuga al pambazo?

—¡Ojalá fuera zapatero para trabajar ese cuero!

—¡Tus ojos son dos uvas, tu boca una manzana; qué rica ensalada haríamos con tu banana!

—¿Y si dejamos que tu pequeño juegue con mi chiquito?

—¡Ojalá fuera tu profesor de tercero para pasarte al cuarto!

—¡Con esa macana deberías ser policía!

—¡Quisiera ser refrigerador para que me metieras hasta los huevos!

Después de eso, nadie sabía si los nuevos se espantaban más por los gritos de los jotos o por los cuchillos que les mostraban otros reos. Pero aún había más. Al llegar a su crujía, los esperaban con rechiflas, mentadas de madre, insultos y amenazas:

—¡Ya parió la leona! ¡Ya parió la leona!

—¡Pásenle, hijos de su puta madre!

—¡Muévanse, señoritas, para que limpien las celdas de una vez!

Entretanto, muchos presos se asomaban en busca de algún familiar o conocido. Uno de ellos era El Sapo, escondido tras una pared, observaba a cada uno como si cazara. En su mente rondaba una sola idea:

«¿A cuál de estos pendejos me voy a chingar?»

Necesitaba matar a alguien para abrir un nuevo proceso y evitar que lo mandaran a las Islas Marías. Ya tenía en la mira a un

tipo con acento cubano. Parecía extranjero. El Sapo empezó a estructurar su plan para el día siguiente. No podía esperar más.

—Ya está decidido: a ese cabrón me lo voy a quebrar mañana. No será el primer cubano que mate —dijo, riéndose.

Y no mentía. Recordemos que el 7 de septiembre de 1950, había asesinado en Lecumberri al cubano Isidro Martínez García, alias el Tata, durante una pelea en el patio de la enfermería. Este delincuente fingía ser yucateco.

Ahora planeaba otro asesinato para evitar el traslado.

Tal vez se preguntarán:

—¿Por qué querían mandar a José Ortiz a las Islas Marías, si era el que hacía el trabajo sucio del director?

La respuesta es muy sencilla. Desde junio de 1951, un escándalo sacudió el penal. Varios reos acusaron al coronel Francisco Linares, director del penal, de usar al Sapo para eliminarlos. La administración de Linares se distinguía por su mano dura y violencia desmedida.

CAPÍTULO 4 EL SAPO ASESINA A UN REO

Los reclusos de nuevo ingreso ya ocupaban sus celdas. Temblaban de miedo, y no era para menos. Si hasta los delincuentes más sanguinarios se acobardaban al pisar Lecumberri, ¿qué se podía esperar de estos pobres diablos? Para ellos, ese lugar era un mundo ajeno, una pesadilla viva. A veces, los gendarmes tenían que empujar a los nuevos a la fuerza para que cruzaran la entrada.

Así ocurrió con los primeros cinco que llegaron al Palacio Negro. Los trasladaron desde la temida Cárcel General de Belén el martes 2 de octubre de 1900, tres días después de que don Porfirio Díaz, entonces presidente, inaugurara el penal con bombo y platillo, rodeado de dignatarios y lamebotas.

Los cinco que estrenaron a Lecumberri eran asesinos de alto calibre. Tipos duros, curtidos en el hacinamiento de Belén, donde la peste, la tifoidea y los piojos hacían fiesta. Belén era el infierno en piedra: sucia, podrida, saturada. Ahí, una mirada mal lanzada o un pedazo de pan bastaban para desatar una carnicería. Las puntas salían al menor roce, y los muertos se apilaban sin que nadie se inmutara. Al fin y al cabo, eran escoria.

El primero en la lista: Rafael Buendía y Sánchez, zapatero de 33 años, famoso en la capital por su historial sangriento. En Belén lo llamaban loco, otros decían que era simplemente un animal violento. Estaba por terminar su condena cuando se le ocurrió matar a dos reos más. Le cayeron dos sentencias nuevas.

La mañana del 2 de octubre, los gendarmes tuvieron que sacarlo a rastras. Pataleaba, gritaba, se aferraba con uñas y dientes. Lo sacaron hecho bola, se aferraba con brazos y piernas, que él cruzaba para evitar que lo agarraran. Se negaba a ir a Lecumberri. Su nombre quedó registrado como el número uno en el archivo de la Penitenciaría.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Ese mismo día, desde temprano, ya esperaban frente al penal los gendarmes montados, enviados por el inspector general de la Policía. Francisco Gutiérrez, mayor de la montada, se puso a las órdenes del director delegado, también se encontraba el doctor Francisco Martínez Baca. El reglamento marcaba las 10:00 a.m. como hora límite para recibir reos. Llegaron dos minutos antes.

Rafael Buendía venía a bordo del carro de ferrocarril apodado el Diablo, junto con otros cuatro. Una multitud los esperaba, ansiosa por ver a los monstruos. En la plataforma delantera viajaba el jefe de seguridad, el señor Moreno. Él abrió la puerta. Buendía fue el primero en bajar. Se resistía. Gritaba que lo regresaran a Belén. Los gendarmes lo cargaron como costal. El escándalo salió en la primera plana de El Imparcial el 3 de octubre. Un dibujante lo retrató mientras lo rapaban para quitarle los piojos.

En su ficha quedó asentado: celda número 1 de la crujía «A», nacido en el Distrito Federal, mestizo, católico, tercera clase social, sabía leer y escribir. Una de sus condenas terminaba el 14 de mayo de 1906. Después lo mandarían a San Juan de Ulúa, la prisión construida por los españoles bajo órdenes de Cortés en 1519. Ahí purgaría más de 20 años. En ese lugar también encerraron a figuras como Fray Servando, Benito Juárez, Chucho el Roto, Porfirio Díaz, los Flores Magón, Melchor Ocampo y Agustín de Iturbide.

El segundo: Antonio Andino, puertorriqueño de 28 años, tenedor de libros. (así se les llamaba a los contadores) Mató a su jefe de un balazo. Único de primera clase social. Llegó con traje de casimir francés y cachucha. Sabía leer y escribir. Casado, blanco, católico. Le dieron 20 años, hasta el 25 de marzo de 1920.

El tercero: Manuel Zúñiga. En una borrachera, apuñaló a su hermano. Indígena, tejedor de canastas, tercera clase social. Llegó con ropa de manta y huaraches. Treinta años, casado, analfabeto, católico. Condena de 20 años, hasta 1919.

El cuarto: Pedro Sánchez, 23 años, cochero, mestizo, analfabeto. Mató a su amante, Águeda Mota, a puñaladas. Segunda clase social. Condena de 20 años, hasta julio de 1919. Nunca negó el crimen. Decía: «Fui yo, y ojalá se muera. Qué me importan 20 años de cárcel».

El quinto: Cenobio Godoy, alias el Barba Azul, de San Andrés Mixquic. Mujeriego empedernido, con ocho mujeres y 27 hijos. Mató a una de sus amantes con una carabina.

A los cinco les raparon el cabello, los rasuraron y les dieron camisa, calzón de manta y gorra cuartelera con número en la frente. Luego los mandaron a bañarse y les entregaron herramientas de carpintería para que aprendieran un oficio.

Pero volvamos con El Sapo. Que aún maquinaba su plan para matar al cubano. No le dijo nada a su esposa, María de Jesús. Prefería que se enterara después. Todo el día vigiló al elegido. Pero se dio cuenta que tenía demasiados conocidos. Nunca estaba solo. Eso complicaba las cosas.

Al final, hartado de esperar, pensó:

«¿Para qué le doy tantas pinches vueltas? Ya me he echado a varios aquí. ¡Es más, ahorita mismo, en caliente! Lo que se ha de pelar que se vaya remojando. Ahí, donde están formados todos esos cabrones, me agarro al más pendejo, al que está al final de la fila, y me lo tuerzo».

José Ortiz se levantó y caminó con decisión. No podía perder más tiempo. Su permanencia en Lecumberri dependía de ese golpe. La adrenalina lo empujaba. El corazón le retumbaba en el pecho. Se abrió paso a empujones entre los reclusos. Nadie sospechaba nada. Fijó la mirada en su presa. Se acercó por la espalda. Lo sujetó del cuello con el brazo izquierdo. Con la derecha, empuñó su cuchillo y lo clavó tres veces en el costado, debajo de las costillas.

La víctima abrió los ojos horrorizado. No alcanzó a gritar. Solo soltó un sonido gutural. Intentó zafarse, pero no tuvo fuerza. El suelo se tiñó de rojo. Los reclusos corrieron como ratas. Nadie entendía qué pasaba. El Sapo sintió cómo el cuerpo se aflojaba. Las piernas del tipo se doblaron. Cayó en su propio charco de sangre. José Ortiz sonrió. Había cumplido.

Los gritos estallaron. Los silbatos de los celadores rompieron el aire. Nadie daba crédito a la escena. El Sapo, con el cuchillo en la mano y la ropa salpicada, levantó los brazos. No opuso resistencia. Lo redujeron a macanazos. Le quitaron el arma y lo arrastraron a la celda de castigo. Ahí lo apandaron. Otra vez.

De las 860 celdas del penal, muchas sirvieron de escenario para asesinatos, violaciones, injusticias, torturas, degradaciones, castigos y crueldades. Pero ninguna como la destinada al apando, donde encerraban a los presos por castigo. Ahí condenaron a José Ortiz al aislamiento total, a la oscuridad, sin baño, expuesto al calor infernal y sin una sola rendija de aire. Los recién llegados eran los más castigados. Les tocaba limpiar los drenajes con las manos, sacar excremento a puños, tragarse el asco y callar.

No crean que el asesinato cometido por El Sapo fue algo fuera de lo común. En Lecumberri, matar era rutina. Los reos mataban por dinero, por droga, para evitar la extradición, para no ser enviados a las Islas Marías o simplemente porque ya no les quedaba nada.

Uno de ellos, Rigoberto, se ganaba la atención de sus compañeros con historias que helaban la sangre:

—Miren, chamacones, tengo 65 años y 42 los he pasado encerrado, entre Belén y Lecumberri. En ese tiempo me eché a 30 reclusos. Una vez, mientras trabajaba en carpintería, llegaron los dos jotos de la lavandería con un gringo inconsciente. Lo emborracharon con tequila, le dieron mota, lo dejaron idiota. Luego se lo cogieron. Cuando despertó, se volvió loco. Amenazó con ir a la embajada. ¡Ahí sí se armaba! Le dieron una madriza y

me pidieron paro. No sabían qué hacer. Lo ahorqué. Al día siguiente apareció como si se hubiera suicidado. Claro, le dimos sus cincuenta pesos al celador para que se hiciera pendejo. Pobre gringo, pero ni modo. Eso le pasó por andar con ellos.

Otro reo, con los ojos bien abiertos, le soltó:

—Oye, Rigoberto, cuéntanos cómo mataste al pinche celador.

—¡Ah, sí! Escuchen bien. ¿Se acuerdan de Nabor? El muy pendejo pensó que podía darme en la madre nomás porque sí. Me avisaron que en la noche se metería a mi celda con la macana. Me le adelanté. Me escondí en otra celda. Cuando pasó en su rondín, se metió a la mía. En ese momento entré, lo agarré por la espalda, le tapé el hocico y le metí la punta varias veces. No dejé sangre tirada. Le causé derrames internos. Lo arrastré y lo dejé tirado en el pasillo. ¿Quién fue? Nadie supo. Amaneció tieso, como perro. Le di sus cincuenta pesos al celador de la reja. Y todos felices.

Mientras tanto, Celerino, el celador, regresó a Lecumberri tras su incapacidad. Al enterarse de que El Sapo estaba apandado por haber matado a un reo, corrió a buscarlo. Al llegar a la celda del apando, habló en voz baja:

—¡Sapo, soy yo, Celerino!

José Ortiz yacía en el suelo, débil, deshidratado, con la ropa manchada de sangre. Apenas se movía. Lo habían molido a golpes entre varios celadores. El hedor era insoportable. Se orinaba y defecaba ahí mismo. Con esfuerzo, abrió los ojos. Giró la cabeza llena de moretones. Intentó hablar, pero la garganta seca y los labios partidos no le daban tregua.

—¡Quééé paaasó, Celerino!

—Hoy me presenté. En cuanto supe, vine a verte. ¿Cómo estás?

—De la chingada. Me duele todo. Tengo hambre. Tengo sed.

—Déjame ver qué puedo hacer. Mientras, te traje agua y comida.

—Ya vas, Celerino. Gracias.

Enseguida corrió al despacho del director. Le rogó que autorizaran el traslado de El Sapo a la enfermería. Le dijo que se moría. Por suerte, lo escucharon. A las pocas horas lo llevaron a la enfermería. Llegó deshidratado, flaco, casi inconsciente. Le pusieron suero. Su esposa le dio sopa caliente en la boca. Lo miraba con lágrimas y le decía:

—Mira cómo te dejaron esos cabrones, mi vida. ¿Por qué lo mataste? ¿Qué te hizo?

—¡Nada! Ni siquiera sabía quién era. Lo maté para que no me mandaran a las Islas Marías. No podía con la idea de no volverte a ver.

—Ay, pobre de ti. Ya pronto te pondrás mejor. Te amo tanto.

Esta vez la suerte lo favoreció. No lo mandaron a las Islas Marías. Le abrieron un nuevo proceso por homicidio. Aunque la amenaza seguía latente. En una ocasión, se clavó su propio cuchillo en el vientre para terminar en la enfermería.

Estar en Lecumberri era vivir en el infierno. Algunos ya se habían acostumbrado. Otros no. Muchos preferían quitarse la vida o buscar la fuga. Pero escapar no era opción. Para el director, que se fugara un reo era una vergüenza.

En Lecumberri, oficialmente, solo se registraron dos fugas. Una fue la de Alberto Sicilia Falcón, narcotraficante, que escapó por un túnel bajo la avenida Héroe de Nacozari. La otra fue la de Dwight Worker, gringo traficante de cocaína. Su caso lo presentó

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

National Geographic en «Preso en el Extranjero». Extraoficialmente, hubo más.

La más humillante fue la de Santiago Reyes Quezada, el Capitán Fantasma. ¿Quién era ese fulano? Un delincuente legendario que puso en jaque a la policía y al ejército. No había reja que lo detuviera. Se disfrazaba de militar. Se escapó al menos dos veces de Lecumberri. Tal vez más. Por eso, se convirtió en leyenda.

CAPÍTULO 5 EL SAPO SE PELEA A MUERTE

Después de varios días en la enfermería, El Sapo salió con el cuerpo maltrecho pero el alma intacta. Apenas cruzó la puerta, volvió a sus viejas mañas: amenazó, intimidó, escupió órdenes y sembró miedo. Nadie se atrevía a cruzarle la mirada. Nadie, excepto uno.

Un hombre que no temblaba al enfrentarlo. Uno que no solo deseaba pelear, sino que disfrutaba hacerlo. Alguien que, llegado el momento, no dudaría en matarlo.

¿Quieren saber quién era?

Pues acompañenme y viajemos a 1952. El Sapo volvió a los titulares de la prensa amarillista. Esta vez, no por matar, sino por caer herido en una riña dentro de Lecumberri. El responsable: otro interno de peso, conocido como El Caballo. El pleito escaló hasta convertirse en una batalla campal. Todos los reclusos se metieron. Nadie quedó al margen.

José Ortiz nunca fue querido. Su presencia incomodaba. Muchos lo odiaban, pero sabían que el director lo protegía. Intocable. Intolerable. Bastaba una mirada fija para que soltara amenazas o golpes.

El Caballo también imponía respeto. No soportaba al Sapo. Lo detestaba. Solo necesitaba un pretexto para reventarlo. Sabía que jamás saldría de Lecumberri. Le daba igual sumar otro muerto a su lista. Siempre cargaba un puñal en la cintura, listo para usarlo.

El día de la batalla campal, todo parecía normal. El Sapo contaba sus hazañas rodeado de reclusos. Narraba con lujo de detalle cómo había matado a sus víctimas.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

El Caballo lo escuchaba, con la sangre que le hervía de coraje.

—¡Nada más me hubieran visto! ¡Yo solo maté a 130 personas con una ametralladora! —fanfarroneaba José Ortiz, con una sonrisa de oreja a oreja.

El Caballo se hartó.

—¡Claro eso es lo tuyo! Matar inocentes, desarmados, por la espalda. ¿Por qué no te rifas con un hombre de verdad? ¡Un tiro limpio! ¿O qué, te faltan huevos?

El silencio se apoderó del patio. Nadie respiraba. Los bandos estaban claros: unos con El Sapo, otros con El Caballo. Bastaba un paso en falso para que estallara el infierno.

El Sapo no se achicó.

—También me he rifado a madrazos con varios cabrones de huevos... aunque ninguno vive para contarlo.

El Caballo no se quedó atrás.

—¡Cómo no! Si siempre te agarras con puros pendejos.

El Sapo soltó una carcajada.

—En eso tienes toda la razón... siempre con pendejos. ¡Así como tú, comprenderás!

El Caballo lo fulminó con la mirada.

—El día que te rifes conmigo, ese día te chingaste. Yo sí te pongo en tu madre. No te tengo miedo. Me la juego a golpes o a cuchilladas. ¡Al son que me toquen, bailo!

—¡Huuuuuuuu! ¿A poco sí? Muy verdad de Dios —se burló El Sapo.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

—Pásale. ¡Yo sí traigo con queso las papas! —dijo El Caballo, mientras caminaba al centro del patio y sacaba un cuchillo enorme.

—¡Poninas dijo Popochas! —respondió El Sapo, sacando el suyo.

—¡Se me hace muy ojona pa' paloma!

—¡A ver si muy chingón para el trompón, Caballo!

—¡Ya vas, Sapo! ¡Bríncale a madrazo limpio!

—¡Órale! ¡A ver si como roncas duermes!

—¡Vamos a ver de qué cuero salen más correas!

Ambos eran unas fieras con puños y cuchillos. En segundos, se trenzaron a golpes. Sin armas. A puñetazos. Querían demostrar quién mandaba.

Pero José Ortiz, fiel a su estilo, traicionero. Aprovechó un descuido y sacó el cuchillo. El Caballo no se quedó atrás. Desenfundó el suyo.

La pelea se volvió una carnicería. Cuchilladas iban y venían. Sangre por todos lados. Ninguno se echaba para atrás.

Los reclusos se amontonaron. Unos gritaban por El Sapo, otros por El Caballo.

—¡Dale, Sapo, tú puedes!

—¡Duro, Caballo, enséñale quién manda!

El patio ardía. En segundos, todo se descontroló. La pelea se convirtió en trifulca. Todos contra todos.

Los celadores corrieron, silbatos en mano, repartiendo macanazos. Pero los reos no se dejaron. Respondieron a golpes.

Veinte minutos de caos. Reclusos tirados, esposados, descalabrados. Sangre, gritos, cuerpos. Todos terminaron en la enfermería.

Al día siguiente, los periódicos se dieron gusto. Titulares sangrientos. Crónicas exageradas. Pero todos coincidían en que El Caballo tuvo los huevos suficientes para enfrentarse al Sapo.

Lecumberri estaba lleno de asesinos. Gente brava, ruda, criada entre golpes. Algunos sabían usar puños, cuchillos, pistolas.

José Ortiz era prueba viva. Entrenado por el ejército. Experto en armas y combate. Instruido desde niño, en cada cárcel que pisó.

Por eso, muchos temblaban al saber que los mandarían a Lecumberri.

Días después de salir de la enfermería, El Sapo seguía con las costillas rotas y cicatrices frescas. Pero en Lecumberri no había tiempo para el dolor. El respeto se ganaba a golpes o se perdía en sangre.

José Ortiz se encontraba convaleciente. Caminaba adolorido, a paso lento, encorvado por el patio, por el momento no quería problemas. Su pleito con El Caballo lo había puesto en la mira. Algunos lo veneraban. Otros querían verlo caer.

Esta era una gran oportunidad para cualquier recluso que quisiera asesinarlo, pues estaba vulnerable; era presa fácil. De pronto, un grito desafiante retumbó desde el fondo del patio:

—¡Oye, Sapo, pinche rana culera! ¿Ya te cansaste de apuñalar por la espalda? ¡Ven, cabrón, a ver si tienes huevos pa' enfrentarme!

El silencio se volvió espeso, como si el mismísimo diablo hubiera succionado el aire. Todos voltearon. Ahí estaba El Perro,

recién llegado, pero con fama que lo precedía como eco maldito. Alto, flaco como alambre, con una cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la barbilla, como si alguien hubiera intentado partirlo en dos y falló.

Decían que venía de una cárcel del norte, donde se había cargado a tres tipos en una sola noche con un pedazo de vidrio. Sus ojos brillaban con hambre y locura. En la mano derecha sostenía una navaja improvisada, hecha con una cuchara afilada contra las piedras del penal.

José Ortiz se detuvo. Giró la cabeza despacio hacia El Perro. Se le dibujó una sonrisa torcida, al tiempo que dejaba ver sus dientes amarillentos. No soltó palabra. Lo miró como depredador que mide a su presa.

Los reclusos formaron un círculo. Querían sangre. Esperaban el festín como buitres.

—¿Qué dijiste, pinche perro sarnoso? —dijo por fin, con voz ronca que parecía brotarle del estómago—. ¿Crees que por ladrar ya eres el rey del corral? ¡Aquí el único que muerde soy yo, cabrón!

El Perro soltó una carcajada seca, casi un ladrido. Dio un paso al frente y le mostró la navaja.

—¡A ver, ranita! Vamos a ver si esas patas sirven pa' algo más que brincar de celda en celda. ¡Te voy a sacar las tripas y las voy a colgar en la reja pa' que todos vean lo que pasa cuando me retan!

El círculo se cerró. Los gritos volaron como moscas sobre carne podrida. José Ortiz no esperó. Metió la mano a la cintura y sacó su cuchillo, el mismo que había bañado en sangre cubana días atrás. Se miraron un segundo. Un instante eterno. Luego, el infierno se soltó.

El Perro atacó primero. Lanzó un tajo al cuello. El Sapo lo esquivó por un pelo, se agachó y soltó un golpe al estómago. La navaja rasgó la camisola de su contrincante, mientras dejaba un hilo de sangre que empezó a gotear. Los reclusos gritaban, empujaban, querían ver más.

—¡Mátalo, Perro! ¡Que no quede ni el pellejo! —gritó uno.

—¡Vamos, Sapo! ¡Sácale los ojos a ese hijo de puta! —respondió otro.

El Perro gruñó como bestia. Se lanzó otra vez. Esta vez logró clavarle la navaja en el hombro izquierdo. La sangre brotó como manantial, tiñendo el uniforme de rojo. José Ortiz soltó un alarido, pero no se rindió. Giró el cuerpo y hundió su cuchillo en el muslo de su oponente. El metal chocó contra el hueso.

Ambos cayeron al suelo, enredados en golpes, sangre y maldiciones. El Perro intentó arrancarle la navaja del hombro, pero El Sapo le dio un cabezazo en la nariz. Se escuchó el crujido húmedo. La sangre salpicó, se mezcló con el polvo. José Ortiz quedó aturdido, se tambaleó, pero no soltó el arma. Lanzó un tajo ciego que cortó la mejilla del otro. Un colgajo de piel colgaba.

—¡Te voy a despellejar vivo, cabrón! —gritó El Perro, con la cara hecha una máscara de sangre.

—¡Primero te arranco el corazón, pinche perro mugroso! —gritó El Sapo, a la vez que escupía sangre en el suelo.

Ya no peleaban. Se masacraban. José Ortiz, con el brazo izquierdo inútil, usó su peso para derribarlo. Al tiempo que le clavaba su cuchillo en el pecho. Una vez. Otra. Y otra más. El Perro jadeaba, los ojos se le nublaban. Aún así, le arrancó su navaja del hombro y le rasgó el abdomen al Sapo. La sangre de ambos se mezcló formando un lodazal rojo que apestaba a hierro y muerte.

Los silbatos de los celadores rompieron el trance. Una docena llegó para repartir macanazos. Separaron a los dos a la fuerza. Pero ya era tarde para uno. El Perro yacía inmóvil, con los ojos abiertos al cielo gris de Lecumberri. Un charco oscuro crecía bajo su cuerpo.

El Sapo apenas se mantenía en pie. Presionaba la herida del abdomen con una mano. La otra colgaba inútil. La cara desfigurada por las heridas.

—¡Llévenselo a la enfermería, rápido! —ordenó el jefe de celadores.

Dos guardias lo arrastraron, a la vez que dejaba un rastro de sangre.

Los reclusos guardaron silencio. Miraban el cadáver como si fuera trofeo. Algunos murmuraban que José Ortiz era el diablo encarnado. Otros decían que su suerte se agotaba. Pero todos sabían una cosa: ese día, el patio de Lecumberri se tiñó de rojo otra vez, y el nombre de El Sapo retumbó más fuerte que nunca entre los muros del Palacio Negro.

Mientras lo arrastraban, José Ortiz giró la cabeza hacia el cuerpo de El Perro. Con voz rota, pero cargada de triunfo, murmuró:

—Te lo dije, cabrón... aquí el único que muerde soy yo.

CAPÍTULO 6 LA TRAICIÓN QUE NADIE VIO VENIR

La enfermería de Lecumberri apestaba a desinfectante rancio y a muerte agazapada. El Sapo yacía sobre una camilla desvencijada, con el abdomen vendado a medias y el hombro izquierdo envuelto en un trapo empapado de sangre seca. El rostro con heridas que ardían como si le hubieran echado sal, pero ni las sentía; su mente paladeaba el triunfo sobre El Perro. Había sobrevivido otra vez, aunque eso bastaba. Los celadores lo dejaron ahí, vigilado por un guardia joven que temblaba cada vez que él lo miraba con esos ojos saltones que parecían perforar el alma.

María de Jesús irrumpió con el rostro pálido y los ojos hinchados. Se arrodilló junto a la camilla, tomó la mano ensangrentada de su esposo con una mezcla de amor y desesperación.

—¡Mi vida, mira cómo estás! —sollozó, acariciándole la cara con dedos temblorosos—. ¿Por qué, José? ¿Por qué no paras? ¡Te van a matar, y yo no voy a poder vivir sin ti!

José Ortiz intentó sonreír, pero el dolor le torció el gesto. Con voz rasposa, respondió:

—No te preocupes, mi reina. Nadie me tumba. Ya viste cómo dejé al pinche Perro. Soy de hierro, y por ti sigo vivo. Nadie me va a separar de ti, ni estos cabrones ni las malditas Islas Marías.

María asintió, pero sus ojos decían otra cosa. Había un brillo extraño en su mirada que El Sapo no descifró, perdido en su arrogancia. Ella lo besó en la frente, sus labios fríos contra su piel

sudorosa. Luego se levantó, prometió volver con agua y comida, saliendo a paso veloz.

El guardia Ramírez se acercó con miedo, llavaba un jarro de agua turbia.

—Ten, Sapo, pa' que te refresques —dijo, con voz quebrada, sin atreverse a mirarlo.

José Ortiz lo fulminó con la mirada, pero tomó el jarro y bebió. El agua sabía a metal y tierra, pero le alivió la garganta. Ramírez se quedó ahí, inquieto, como si quisiera soltar algo. Al final, murmuró:

—Oye, Sapo... ten cuidado. Hay rumores. Dicen que el director ya está hasta la madre de ti, que te quiere desaparecer.

José Ortiz soltó una carcajada ronca que le arrancó un quejido.

—¿El director? Ese pendejo no se atreve. Sin mí, este lugar se cae. Soy su perro de presa, Ramírez. Que intente joderme, y verá lo que es bueno.

El guardia tragó saliva y se alejó con un gesto incómodo. El Sapo cerró los ojos, confiado en que su reinado seguía intacto. Pero el destino, como un cuchillo escondido, ya se preparaba para clavarse en su espalda.

Esa noche, el chirrido de la reja rompió el silencio de la enfermería. El Sapo abrió los ojos. Una figura se acercaba entre sombras. Era María de Jesús, envuelta en un rebozo oscuro, con una bandeja en las manos. Ramírez no estaba. Tal vez dormía o fumaba en el pasillo.

—Mi vida, te traje sopa y pan —susurró, mientras dejaba la bandeja en una mesa coja junto a la camilla—. Tienes que comer, estás flaco como muerto.

José Ortiz sonrió. Ella siempre fue su refugio, su única luz en ese infierno. Tomó la cuchara con dificultad y empezó a comer. María lo observaba en silencio, sentada a su lado. La sopa estaba caliente, con un sabor raro, pero él no le dio importancia. Tenía hambre.

—Eres lo único bueno que tengo, María —dijo entre cucharadas, con una ternura que rara vez mostraba—. Por ti mato, por ti vivo. Que se pudran todos estos cabrones.

María asintió, sin responder. Sus manos temblaban, sus ojos evitaban los de él. El Sapo frunció el ceño. Algo no cuadraba. Antes de decir algo, un dolor agudo le atravesó el estómago. Soltó la cuchara, que cayó al suelo con un golpe seco, y se llevó las manos al abdomen. La herida del Perro ardía como si se abriera de nuevo.

—¡Chingada madre! —rugió, doblándose—. ¿Qué me pasa? ¡Esto no es normal!

María retrocedió hacia la puerta. Sus ojos, llenos de lágrimas, lo miraban con miedo y culpa.

—Lo siento, José... lo siento tanto —balbuceó, con la voz rota—. No quería, te juro que no quería... pero no me dejaron opción.

José Ortiz la miró, incrédulo. El dolor se esparcía como fuego líquido por sus entrañas. Intentó levantarse, pero las piernas fallaron. Cayó de rodillas junto a la camilla, jadeaba.

—¿Qué... qué me hiciste, María? —gruñó, con la voz quebrada—. ¡Habla, chingada madre!

Ella sollozó, cubriéndose la boca.

—¡El director! —confesó entre lágrimas—. Me amenazó. Dijo que, si no lo hacía, me mandaría a las Islas Marías... o algo

peor. Me dio el veneno pa' la sopa. Dijo que ya eras un problema, que ya no te necesitaba. ¡Yo no quería, te amo, pero tenía miedo!

El mundo de El Sapo se derrumbó. La traición de María, la mujer por la que había matado, por la que había desafiado al mismísimo diablo, lo golpeó más duro que cualquier cuchillo. La vista se le nubló, la bilis le subió, y vomitó un chorro negro sobre el suelo. El veneno actuaba rápido. Demasiado rápido.

—¡Hija de... tu puta madre! —rugió, arrastrándose hacia ella con las últimas fuerzas—. ¡Te voy a matar! ¡A ti y al cabrón del director!

María gritó y corrió hacia la puerta. Pero antes de salir, José Ortiz la agarró del rebozo con una mano temblorosa. La jaló hacia él. Ambos cayeron al suelo, envueltos en gritos y forcejeos. Ella pateaba, lloraba, mientras él, con la cara deformada por el dolor y la rabia, buscaba su cuchillo. No lo encontró. Los celadores se lo habían quitado.

—¡No, José, por favor! —suplicó María, mientras él la aplastaba con su peso, sus manos buscaban su cuello.

—¡Me traicionaste, perra! —escupió, con espuma en la boca—. ¡Por ti hice todo, y me pagas así!

Las manos de El Sapo apretaron el cuello de María. Sus dedos se hundieron en la carne. Ella arañaba, pateaba, pero la fuerza de él, alimentada por la furia y el instinto, no cedía. Los ojos de María se desorbitaron, su rostro se tornó morado, y un gorgoteo escapó de su garganta.

Justo cuando la vida parecía escaparse, José Ortiz soltó un alarido inhumano y se desplomó a su lado, empezó a convulsionarse. El veneno lo había alcanzado.

María tosía y jadeaba. Se arrastró lejos de él, con los ojos desorbitados, mientras José Ortiz se retorció en el suelo, los ojos en blanco, la boca abierta en un grito que no salía. Los pasos de

los celadores retumbaron en el pasillo, alertados por el escándalo. Cuando entraron, se toparon con una escena de pesadilla: El Sapo agonizaba en un charco de vómito y sangre, su esposa, encogida contra la pared, lloraba con marcas rojas en el cuello.

—¡Qué chingados pasó aquí! —gritó el jefe de celadores, mientras Ramírez y otro guardia se paralizaban.

José Ortiz no respondió. Su cuerpo se sacudió una última vez y quedó inmóvil, los ojos fijos en el techo, como si aún buscara venganza desde el más allá. María, temblorosa, susurró:

—Lo maté... lo maté... perdóname, José...

La llevaron de inmediato a la enfermería.

El reinado de José Ortiz en Lecumberri se desplomó. No por cuchillo ni bala, sino por la mano de la única persona en quien confiaba. Mientras los celadores arrastraban su cadáver junto con María, los rumores ya corrían por el penal: el rey había caído, traicionado por su reina, en un final que ni el más sádico de los reclusos habría imaginado.

El cuerpo de El Sapo yacía en el suelo de la enfermería, los ojos en blanco, la boca abierta en un rictus de agonía. Espuma negra brotaba por sus labios, mezclada con vómito y sangre. María de Jesús, aún temblorosa, lo miraba desde la pared, convencida de haber matado al amor de su vida. Los celadores irrumpieron, el jefe gritó órdenes, y Ramírez, el guardia joven, se quedó petrificado en la puerta, pálido como muerto.

—¿Qué chingados hacen? —ladró el jefe, un tipo fornido apodado El Toro. Se agachó junto al cuerpo de José Ortiz—. ¡Ramírez, inútil, mueve el culo y trae al doctor! ¡Y tú, pinche vieja, quédate donde estás o te encadeno!

María soltó un sollozo y asintió. El Toro le puso dos dedos en el cuello a El Sapo. Frunció el ceño. Apenas perceptible, pero

ahí estaba: un latido débil, irregular, como el aleteo de un pájaro moribundo. José Ortiz no había muerto. No todavía.

—¡Sigue vivo, cabrones! —gritó El Toro—. ¡Llévenlo a la enfermería principal! ¡Y que alguien agarre a esta pinche loca!

Dos celadores levantaron el cuerpo flácido de El Sapo y lo arrastraron por el pasillo. Ramírez corrió delante, al tiempo que tropezaba con sus propios pies. María intentó levantarse, pero otro guardia la empujó contra el suelo. Sus gritos: «¡No lo maten, por favor!» no detuvieron a nadie. El penal se desbordó: los reclusos golpeaban las rejas, lanzaban alaridos. El olor a sangre flotaba en el aire.

En la enfermería principal, el doctor Morales, viejo y desganado, esperaba con cara de fastidio. Flaco, con gafas rajadas y un delantal manchado, soltó un suspiro teatral al ver llegar a José Ortiz.

—¿Qué chingados le pasó a este ahora? —preguntó, mientras los celadores lo arrojaban sobre una camilla oxidada.

—¡Lo envenenaron, doctor! —respondió El Toro, con el pecho agitado—. La vieja esa, su mujer, le dio algo en la sopa. ¡Haga algo, o el director nos corta los huevos!

Morales gruñó y se movió. Revisó los ojos vidriosos de El Sapo, le abrió la boca con dedos huesudos. El olor a veneno —químico, acre— le golpeó la nariz.

—Raticida, seguro —masculló—. Pinches reclusos, siempre inventan chingaderas. Traigan agua y una manguera. Vamos a hacerle un lavado de estómago antes de que se nos muera.

Los celadores corrieron. Morales preparó una solución improvisada con bicarbonato y agua sucia del grifo. José Ortiz apenas respiraba. El doctor le metió la manguera por la garganta sin contemplaciones. El gemido gutural que soltó retumbó en la

sala. Ramírez ayudó a bombear agua. El Toro lo sostuvo para que no se moviera.

—¡Aguanta, pinche Sapo! —gruñó El Toro—. ¡No te me mueras ahora, cabrón, que todavía tienes cuentas pendientes!

El agua salió negra y espumosa por la boca y la nariz de José Ortiz, mezclada con restos de sopa y bilis. Morales trabajó con precisión helada, como si destripara un pescado. Después de varios minutos, el líquido salió más claro. El cuerpo de El Sapo se estremeció. Tosió, escupió agua y veneno. Sus ojos se abrieron de golpe, inyectados de sangre y furia.

—¡Hijos... de... su... puta madre! —balbuceó con voz rota. Intentó incorporarse. Los celadores lo sujetaron, pero él forcejeó, con la mirada perdida entre el dolor y la rabia.

—¡Ya está vivo, carajo! —exclamó Morales, limpiándose las manos en el delantal—. Pero está débil como pollo mojado. Déjenlo con suero. Que no coma nada hasta mañana. Si sobrevive la noche, ya la libró.

El Toro asintió, aún incrédulo, y ordenó a Ramírez que se quedara para vigilarlo. Luego se volvió hacia el pasillo. María de Jesús era arrastrada hacia una celda de castigo, mientras gritaba entre sollozos el nombre de El Sapo. El jefe escupió al suelo y murmuró:

—Pinche vieja loca. Esto no se queda así.

Esa noche, José Ortiz flotó entre la vida y la muerte. Conectado a un suero que goteaba desde una botella rajada. El veneno había salido, pero su cuerpo quedó destrozado: el abdomen hinchado, el hombro sangrante, el rostro con heridas que supuraban, bajo una venda improvisada. Cada respiración dolía, pero sus ojos no se cerraban. Brillaban con una furia que ni el veneno logró apagar.

Al amanecer, soltó un rugido ronco. Se arrancó el suero del brazo. Ramírez, dormido en una silla, saltó como resorte y lo apuntó con la macana temblorosa.

—¡Quieto! —gritó—. ¡No te muevas o te abro la cabeza!

El Sapo lo ignoró. Se puso de pie con esfuerzo. Las piernas le temblaban, pero su voluntad no cedía.

—¿Dónde está María? —gruñó, con voz salida del infierno—. ¿Dónde está esa pinche traidora?

Ramírez tragó saliva y retrocedió.

—La tienen en el apando. El director ordenó que la encerraran por lo que te hizo. ¡Pero quédate aquí, por favor, estás muy mal!

El Sapo lo miró con desprecio. Tambaleó hacia la puerta. Cada paso dolía, pero no se detuvo. La traición de María ardía más que el veneno. No descansaría hasta verla.

Antes de salir, El Toro apareció en la entrada. Le bloqueó el paso con su mole.

—¿A dónde crees que vas, cabrón? —dijo, a la vez que cruzaba los brazos—. El director quiere verte. Dice que esto se salió de control. Si no te portas bien, te manda a las Islas Marías, aunque sea en pedazos.

José Ortiz escupió al suelo, un hilo de sangre y saliva. Lo encaró con una sonrisa torcida.

—Dile a ese pendejo que venga él mismo a decírmelo. Y que traiga a María. Esto no se acaba hasta que yo lo diga.

El Toro entrecerró los ojos. No respondió. En el fondo, sabía que El Sapo no se doblaba. Ni siquiera al borde de la muerte. El penal entero contenía el aliento, a la espera del siguiente movimiento de José Ortiz, que se negaba a caer.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Entretanto, en una celda oscura y húmeda, María de Jesús lloraba en silencio. Sabía que el hombre al que había intentado matar seguía vivo... y que su furia pronto vendría por ella.

CAPÍTULO 7 LA VENGANZA SILENCIOSA

Pasaron días desde el lavado de estómago que arrancó a El Sapo de las fauces de la muerte. Encerrado en la enfermería principal, bajo la vigilancia constante de Ramírez y las visitas esporádicas de El Toro, su cuerpo sanaba con lentitud. Las heridas del abdomen y del hombro aún dolían; las del rostro le dejaban marcas, que lo volvían aún más temido entre los reclusos. Pero lo que ardía no era la carne, sino la traición. María de Jesús lo había envenenado por orden del director. Esa doble puñalada en el alma lo mantenía despierto, trazando cada paso con la precisión de un cazador.

El doctor Morales lo dio de alta una mañana gris. Gruñó que ya no podía hacer más por él. José Ortiz salió con el torso vendado y el brazo izquierdo rígido, pero con una chispa en los ojos que anunciaba tormenta. El Toro lo escoltó de regreso a su celda en la circular 2. Le soltó una advertencia con voz grave:

—No hagas pendejadas, Sapo. El director está de malas. Si te pasas de listo, te mando a las Islas Marías en una caja.

El Sapo no respondió. Lo miró con esa sonrisa torcida que helaba la sangre. Ya solo en su celda, se sentó en el camastro y sacó de debajo del colchón un puñal improvisado que había escondido antes de su última pelea: una punta de metal afilada, envuelta en trapo. Lo acarició con los dedos, al imaginar la sangre del director corriendo por el filo. No habría ruido. No habría testigos. Esta vez, la venganza sería un susurro.

Sabía que el coronel Francisco Linares seguía una rutina estricta. Todas las noches, después de las diez, recorría el pasillo principal del polígono con un solo celador, revisaba las crujiás desde la torre. Arrogante, convencido de que su autoridad lo hacía intocable. Ese sería su error.

Días antes, José Ortiz sobornó a Celerino Sánchez, recién reincorporado tras la gonorrea. Le dio un par de carrujos de marihuana y prometió más. A cambio, Celerino le comentó:

—Esta noche, Linares estará solo unos minutos porque el celador de turno va por su café.

La oportunidad llegó como regalo del diablo. El penal se sumió en el silencio de la medianoche, roto por ronquidos y gemidos. El Sapo salió de su celda. Usó como ganzúas unos pedazos de metal que robó de la enfermería. Avanzó por los pasillos como sombra encorvada. Respiraba lento, a pesar del dolor que le punzaba el abdomen. María podía esperar. Primero iba por el cerebro detrás de la traición.

Llegó al pasillo principal justo cuando el celador se alejaba, silbaba una tonada. Linares estaba de pie, de espaldas. Observaba el patio por la ventana, con las manos cruzadas detrás de la cintura. Su uniforme impecable contrastaba con la mugre del penal. Su postura exudaba esa soberbia que José Ortiz despreciaba. No dudó. Se acercó como felino, el puñal firme en la mano.

—Esto es por mí, cabrón —susurró, y hundió la hoja en la espalda de Linares, justo debajo del omóplato.

El director soltó un grito ahogado, más por sorpresa que por dolor. Alcanzó a girarse a medias. El Sapo sacó el puñal y lo clavó otra vez, esta vez en el costado. Torció la hoja. La sangre brotó caliente, empapó el uniforme, manchó el suelo. Linares cayó de rodillas, con los ojos desorbitados, trataba de sostenerse en la pared.

—¿Quién... quién eres...? —balbuceó, con la voz rota.

José Ortiz no respondió. Le dio un golpe con la empuñadura en la nuca. Lo dejó inconsciente en un charco rojo. No lo mató. No quería un cadáver que levantara sospechas. Quería que sufriera, que despertara débil, humillado, sin saber quién lo atacó. Limpió

el puñal en la ropa del director, lo guardó en la cintura y se esfumó en las sombras.

Minutos después, el celador regresó con el café. Al ver a Linares tirado, soltó un grito que retumbó en todo el penal. El caos estalló: silbatos, pasos, órdenes. Los reclusos golpearon las rejas. Los celadores corrieron a auxiliar al director. Lo llevaron a la enfermería. Seguía vivo, pero malherido, con la espalda y el costado abiertos como carne de carnicería.

El Sapo ya estaba en su celda, acostado en el camastro como si nada. Respiraba tranquilo. Nadie lo vio. Los pasillos estaban demasiado oscuros. Celerino, bien pagado, juró que no sabía nada. Los rumores corrieron como pólvora: el director había sido atacado por un fantasma. Algunos culparon al Caballo o al Perro desde el más allá. Otros señalaron a un recluso nuevo. Nadie miró a José Ortiz, que fingía debilidad, cojeaba al caminar, como lobo disfrazado de oveja.

En la enfermería, Linares despertó horas después. Pálido, sudoroso, con Morales cosiéndole las heridas. Apenas podía hablar, pero sus ojos ardían.

—Encuentren... al que hizo esto —susurró—. Lo quiero muerto.

El Toro, a su lado, asintió. No tenía pistas. El ataque fue limpio, silencioso, perfecto. Mientras tanto, El Sapo sonreía en su celda. Había herido al hombre que lo quería fuera del juego. Nadie sospechaba. Pero sabía que esto apenas comenzaba. María seguía viva. Linares, aunque malherido, aún respiraba. La venganza no estaba completa.

Por ahora, se recostó en el camastro. Cerró los ojos. El puñal, escondido bajo el colchón, era su promesa: Lecumberri seguiría siendo su reino, aunque tuviera que teñirlo de sangre una y otra vez.

Al día siguiente, Linares yacía en una camilla, el cuerpo cosido como costal viejo, el rostro pálido. Cada respiración dolía, pero su mente no descansaba. Morales ajustaba las vendas. Linares clavaba la mirada en el techo, repasaba el ataque. No vio al agresor, pero el instinto, afilado por años de mando, le susurraba un nombre: José Ortiz Muñoz, El Sapo. El envenenamiento fallido, la traición de María, todo apuntaba a él. Linares apretó los puños. Ignoró el dolor.

—Toro —llamó con voz débil, cargada de veneno—. Acércate, cabrón.

El Toro se inclinó junto a la camilla, la cara tensa.

—¿Qué pasa, jefe?

—Ese pinche Sapo... —susurró Linares—. Fue él. Nadie más se atrevería. Quiero que lo maten, pero que no sepan que fui yo. Búscate a alguien discreto. Alguien que lo odie tanto como yo. Y que sea rápido.

El Toro asintió. Ya sabía a quién recurrir: El Tigre, recluso de la crujía «O», temido incluso entre los más bravos. Un gigante de casi dos metros, con brazos como troncos. Fama oscura: destrozó a un celador con sus propias manos en una prisión del norte. Rugía antes de matar. Sus víctimas terminaban irreconocibles. Odiaba a José Ortiz desde que este lo humilló en el patio, quitándole un negocio de contrabando con una amenaza de muerte. Era el arma perfecta.

Esa noche, El Toro se reunió con El Tigre en un rincón oscuro de la crujía «O». Le entregó un puñal nuevo, con filo de sierra, y un mensaje sin rodeos:

—El jefe quiere a El Sapo muerto. Hazlo como se te antoje, pero que parezca bronca de borrachos. Si lo logras, te sacamos de aquí en seis meses.

El Tigre sonrió. Mostró unos dientes torcidos, afilados como los de un animal salvaje.

—Con gusto —dijo, con voz baja—. Ese Sapo culero ya brincó demasiado. ¡Lo voy a reventar!

Al día siguiente, el patio amaneció tranquilo. El sol apenas tocaba las murallas. José Ortiz caminaba cerca de la reja de su crijía, con el puñal oculto en la cintura y la mirada afilada. Sabía que el ataque al director traería consecuencias, pero no esperaba que llegaran tan pronto. Un rugido gutural cortó el aire. Los reclusos se apartaron como si olieran sangre.

—¡Sapo, hijo de tu puta madre! —gritó El Tigre desde el otro extremo del patio, con el puñal en la mano—. ¡Hoy te arranco las tripas y me limpio el culo con ellas!

José Ortiz giró de inmediato. Entrecerró los ojos. Reconoció a El Tigre al instante. Esto no era casualidad. Alguien lo había mandado, y no hacía falta ser genio para saber quién. Sacó su puñal y adoptó esa postura encorvada que lo volvía un animal listo para saltar.

—¿Qué traes, pinche gato sarnoso? —respondió, con una risa seca—. ¿Vienes a llorar por lo de hace años? ¡Ven, pues, a ver si esta vez te salen más huevos!

Los reclusos formaron un círculo. Esperaban el espectáculo. El Tigre cargó como toro y lanzó el puñal en un arco mortal hacia el cuello de El Sapo. Este se agachó justo a tiempo. Sintió el aire cortado sobre la cabeza. Respondió con un tajo al muslo del gigante. La sangre brotó. El Tigre gruñó, pero no se detuvo. Giró con velocidad brutal y clavó su arma en el brazo izquierdo de José Ortiz, el mismo que aún no sanaba.

—¡Aaaaah, cabrón! —gritó El Sapo. Retrocedió con la sangre chorreando. El dolor lo cegaba, pero la furia lo mantenía de pie.

El Tigre sonrió. Lo acechó como depredador.

—Te voy a desollar vivo, rana de mierda —dijo, y se lanzó otra vez.

José Ortiz no esquivó. Se lanzó al choque. Ambos colisionaron con un impacto seco. Los puñales destellaron bajo el sol. El Tigre intentó apuñalarlo en el pecho. El Sapo giró el cuerpo y le clavó su arma en el costado, justo bajo las costillas. El gigante rugió. Soltó un puñetazo que lo mandó al suelo, aturdido, con la nariz rota.

Los reclusos gritaban. Algunos listos para atacar. Otros solo disfrutaban la carnicería. El Tigre se tambaleó, con el puñal aún clavado en su carne. Levantó su arma para rematarlo. José Ortiz, desde el suelo, rodó a un lado, arrancó el puñal y lo hundió con ambas manos en el vientre. Desgarró hacia arriba con un grito salvaje.

—¡Muere, pinche bestia! —escupió, mientras la sangre caliente le bañaba las manos.

El Tigre soltó un grito agónico. Sus ojos desorbitados se clavaron en El Sapo. Cayó de rodillas. Las entrañas se asomaban por la herida, palpitaban como si intentaran huir. Con una mano temblorosa, trató de sujetarlo. José Ortiz se apartó, jadeó con furia y lanzó una última estocada al cuello. La hoja cortó la yugular. La sangre brotó en chorros, tiñó el polvo del patio. El Tigre soltó un estertor y se desplomó. Ya estaba muerto antes de tocar el suelo.

El silencio se apoderó del patio. Solo la respiración entrecortada de El Sapo rompía la quietud. Se incorporó con dificultad. El cuerpo se tambaleaba. El brazo izquierdo colgaba inútil. La cara, cubierta de sangre. Los reclusos lo miraban con miedo y reverencia. A lo lejos, los silbatos de los celadores comenzaron a sonar.

—¡Fue él! —gritó José Ortiz, y apuntó al cadáver de El Tigre, mientras El Toro y los guardias se acercaban—. ¡Ese cabrón me atacó, yo solo me defendí! ¡Pregúntenle a todos, ellos lo vieron!

Los reclusos asintieron. Algunos susurraban apoyo. Nadie se atrevía a contradecir al hombre que acababa de destripar a El Tigre como si fuera un cerdo. El Toro frunció el ceño. No tenía pruebas de lo contrario. El puñal de El Tigre yacía en el suelo. La escena hablaba sola. Los celadores levantaron el cadáver. El Sapo fue arrastrado de nuevo a la enfermería. Una sonrisa torcida se dibujaba bajo la sangre que le cubría el rostro.

Desde su camilla, Linares escuchó el reporte de El Toro. El rostro crispado por la furia. El Tigre había fallado. José Ortiz seguía vivo. Y ahora era más peligroso que nunca. Golpeó la camilla con un puño débil. Soltó una maldición entre dientes.

—Esto no se queda así —susurró—. Ese hijo de puta va a pagar.

Pero en su celda, mientras le cosían el brazo, El Sapo sabía que había ganado otra ronda. El director podía mandar a quien quisiera. Él los mandaría al infierno uno por uno. Sus ojos saltones brillaban con una promesa silenciosa: Lecumberri era suyo, y ni el veneno, ni los puñales, ni el mismísimo diablo lo sacarían de ahí.

CAPÍTULO 8 EL SABOR DE LA TRAICIÓN

De nueva cuenta la enfermería había vuelto a ser un refugio temporal para El Sapo tras su pelea con El Tigre. Le cosieron el brazo izquierdo con hilo grueso y lo dejaron reposar, pero el descanso era lo último en su mente. Cada puntada en su carne avivaba el recuerdo de María de Jesús, sus lágrimas falsas y el veneno que había deslizado en su sopa. La mujer por la que había matado, por la que había desafiado al destino, lo había traicionado por órdenes del director. Y eso no se perdonaba. En su mundo el amor era un lujo que moría bajo el filo de la venganza.

Mientras permanecía en la camilla, con el brazo inmovilizado y el cuerpo aún adolorido, llamó a Celerino Sánchez, el celador de confianza que siempre estaba dispuesto a ensuciarse las manos a cambio de algo. Sin embargo, éste no llegó sino hasta la tarde, pues estaba de guardia y no podía abandonar su puesto.

—¿Qué te pasó, Sapo? —murmuró al acercarse, la voz rasposa—. Te vi con un pie en la tumba... y mírate, todavía en este mundo.

José Ortiz lo miró con esos ojos saltones que parecían perforar el alma, y sonrió, una mueca fría que no llegaba a su mirada.

—Necesito un favor, Celerino —dijo con la voz rasposa, como si le hubieran lijado la garganta—. Uno grande. Es arriesgado... pero te voy a pagar como se debe.

Celerino frunció el ceño, a la vez que apagaba el cigarro contra la pared.

—¿Qué tan grande, Sapo? Ya sabes que me juego el pescuezo cada vez que te ayudo.

José Ortiz se incorporó con esfuerzo, cada movimiento arrancándole una punzada que le cruzaba el torso como un hierro candente. El sudor le cubría la frente. Metió la mano debajo de la camilla, tanteaba entre polvo y óxido, hasta dar con el paquete: un trapo sucio que envolvía unos billetes arrugados y un par de carrujos de marihuana. No era mucho, pero en Lecumberri, esa miseria era oro. Su única moneda de cambio. Su única salida.

—Quiero que envenenes a María —susurró, con una calma que helaba la sangre—. Está en el apando, por lo que me hizo. Que sufra como yo sufrí, pero que no salga viva. Usa lo que sea, raticida, lo que tengas. Y que parezca que se enfermó sola, ¿me entiendes?

Celerino tragó saliva, al tiempo que retrocedía un paso. Había hecho cosas sucias por José Ortiz antes —pasar mensajes, conseguir armas—, pero esto era otro nivel.

—¿A tu vieja, Sapo? —balbuceó—. ¿De verdad? Eso es... es pesado, cabrón. Si me cachan, me chingan.

El Sapo lo sujetó del brazo con la única mano que aún le respondía. Le apretó con fuerza, los nudillos blancos, hasta que Celerino frunció el gesto en una mueca seca, más por sorpresa que por dolor.

—No te van a cachar si lo haces bien —gruñó—. Tú sabes cómo moverte, pinche Celerino. Mételo en el rancho que le dan, y que se lo trague. Nadie va a preguntar, no en el apando. Y si sale bien, te doy el doble después. ¿O qué, te vas a rajar ahora?

Celerino dudó. Pero la ambición por los billetes y la mirada amenazante de José Ortiz terminaron por doblegarlo. Asintió con un gesto contenido, casi mecánico, y extendió la mano para tomar el paquete.

—Está bien, Sapo. Pero si me hundo, te llevo conmigo —advirtió, antes de guardarse el pago y salir de la enfermería con paso rápido.

Esa noche, María de Jesús estaba sola en una celda de castigo, un cubículo de dos por dos, oscuro y húmedo como una tumba. Las marcas rojas en su cuello, donde El Sapo había intentado estrangularla, aún le dolían, pero más le pesaba la culpa. Lloraba en silencio, acurrucada contra la pared, susurraba el nombre de José entre sollozos. Lo amaba, a pesar de todo, y sabía que su traición lo había roto. Pero también sabía que él no la perdonaría; lo conocía demasiado bien.

Celerino descendió al apando con el rancho del día: un plato despostillado que temblaba en sus manos, la sopa aguada como agua de lluvia estancada, y un trozo de pan endurecido por los días, más piedra que alimento. Antes, había vertido raticida en polvo en el caldo, cuidó que se disolviera sin dejar huella. El veneno se ocultaba bien, disfrazado entre el olor rancio del sótano, ese tufo a humedad vieja y desesperanza que se pegaba a la piel como una segunda condena.

Golpeó la reja con la macana, un sonido seco que se abrió paso entre las sombras y arrancaba a María de su letargo. Ella se estremeció, no por el ruido, sino por lo que intuía detrás de él: la rutina disfrazada de sentencia, el gesto cotidiano que podía esconder la muerte.

—¡Órale, pinche vieja, come tu mierda antes de que se enfríe! —gruñó, a la vez que empujaba el plato por una rendija.

María levantó la vista, con los ojos hinchados y la cara sucia de lágrimas. Apenas tenía fuerzas, pero el hambre la obligó a arrastrarse hasta el plato. Tomó la cuchara torcida y empezó a comer, cucharada tras cucharada, sin notar el leve sabor metálico que se escondía en la sopa. Celerino la observó desde la reja, con el corazón latiéndole en la garganta, antes de dar media vuelta y desaparecer en el pasillo.

Horas después, los gritos de María rompieron el silencio del apando. Se retorció en el suelo, con las manos en el estómago, vomitaba espuma y sangre mientras el veneno le quemaba las

entrañas. Los celadores de guardia llegaron tarde, alertados por el escándalo, y la encontraron ya en un charco de su propia miseria, con los ojos abiertos y la boca torcida en una mueca de agonía. Uno de ellos, un novato, se tapó la nariz por el hedor y murmuró:

—Pinche comida podrida otra vez. Se enfermó sola, la pobre.

Nadie sospechó de envenenamiento; en Lecumberri, la muerte por comida en mal estado era tan común como las ratas. La sacaron en una camilla improvisada y se declaró que había sido un «accidente natural». Los reclusos apenas le dieron importancia; una mujer menos en el penal no cambiaba nada.

José Ortiz recibió la noticia al día siguiente, de boca de Celerino, que se acercó a su celda con cara de satisfacción.

—Ya está, Sapo —susurró, al tiempo que miraba con discreción a los lados—. Se fue anoche. Nadie sabe nada, como querías.

José Ortiz no mostró emoción. Se recostó en el camastro, a la vez que miraba el techo con esos ojos saltones que parecían ver más allá de las paredes. Una parte de él, enterrada bajo capas de odio, sintió un vacío que no podía nombrar. María había sido su luz, y ahora la había apagado. Pero no había lugar para arrepentimientos; en Lecumberri, la debilidad era la muerte.

—Bien hecho, Celerino —dijo al fin, con voz plana—. Ahí tienes tu pago. Y ni una palabra, o te pico el pescuezo.

Celerino asintió, agarró lo suyo y se alejó rápido. José Ortiz cerró los ojos, mientras el silencio lo envolvió. El director seguía vivo, malherido, pero respiraba, y ahora María estaba muerta. Su venganza avanzaba, pero no estaba completa. Linares sería el próximo, y esta vez no habría contemplaciones. Entretanto, El Palacio Negro giraba como un carrusel sin salida, ajeno al monstruo que planeaba su siguiente golpe desde las sombras.

La muerte de María de Jesús había dejado un eco hueco en el pecho de El Sapo, pero no había tiempo para lamentos. Su mente estaba fija en un solo objetivo: el coronel Francisco Linares, el hombre que había orquestado su envenenamiento y convertido a su esposa en traidora. Mientras María yacía fría en una fosa sin nombre, el director seguía vivo en la enfermería, recuperándose de las heridas que éste le había infligido en el pasillo. Pero no por mucho tiempo. Pues José Ortiz Muñoz había jurado que Lecumberri sería su reino y ningún rey tolera a un enemigo que respira.

Desde su celda en la circular 2, con el brazo aún vendado y el cuerpo maltrecho, El Sapo planeó su golpe final. Sabía que Linares estaba débil, conectado a un suero que lo mantenía con vida, vigilado por celadores que cambiaban turnos a las pocas horas. Era vulnerable, pero no podía atacarlo en forma directa sin exponerse. Necesitaba a alguien más, alguien con acceso y sin escrúpulos. Celerino Sánchez, su perro fiel, era la clave.

Esa tarde, El Sapo lo llamó con un silbido discreto mientras el celador pasaba por su crujía. El hombre se acercó, con el sudor pegándole el uniforme al cuerpo y una mirada nerviosa tras el éxito del envenenamiento de María.

—¿Qué quieres ahora, Sapo? —susurró, a la vez que miraba a los lados—. Ya hice lo de tu vieja, no me jales más al abismo.

José Ortiz lo miró con esos ojos saltones que parecían atravesar la carne, y sacó de debajo del camastro un paquete más grande que el anterior: billetes robados a otros reclusos y un paquete de marihuana, el último tesoro de su tiendita en el penal.

—Uno más, Celerino —dijo, con una voz baja y helada—. El grande. Quiero al director muerto. Esta noche, en la enfermería. Le metes veneno al suero, algo rápido, que no despierte. Y que parezca que se fue solo, como María.

Celerino palideció, retrocedió un paso.

—¡Estás loco, Sapo! —balbuceó—. ¿Al director? Si me agarran, me fusilan, cabrón. ¡Eso no es un juego!

El Sapo se levantó del camastro con un gruñido de dolor, agarró a Celerino por el cuello del uniforme con la mano buena.

—No es un juego, pinche Celerino —dijo—. Es mi vida o la tuya. Tú ya estás metido hasta el culo conmigo. Hazlo, y te hago rico aquí adentro. Fállame, y te juro que te encuentro hasta en el infierno y te arranco la lengua.

Celerino tragó saliva, sentía el peso de la amenaza. Los billetes y la marihuana brillaban en sus ojos, y el miedo a José Ortiz pesaba más que el riesgo. Asintió, tembloroso.

—Está bien... está bien, Sapo. Pero esto es lo último. Me das el doble después, como prometiste.

José Ortiz soltó una risa seca y le entregó el paquete.

—A lo macho, Celerino. Hazlo bien, y no tendrás que preocuparte por nada.

Esa noche, el penal estaba sumido en un silencio pesado, roto solo por el eco de las rejas y los ronquidos de los reclusos. Celerino esperó hasta el cambio de turno, cuando el celador de la enfermería, Ramírez, se alejó para un descanso. Había conseguido un frasco de cianuro líquido de un recluso de la crujía «F», un traficante que lo usaba para ajustar cuentas. Con las manos temblorosas, lo guardó en su bolsillo y se dirigió a la enfermería principal, mientras fingía una ronda rutinaria.

El coronel Linares dormía en una camilla al fondo, el pecho que subía y bajaba con dificultad cubierto con una sábana sucia. El suero goteaba desde una botella colgada en un gancho oxidado, conectada a su brazo por una aguja. Celerino se acercó, sudaba frío, y revisó el pasillo: nadie. Tomó el frasco y lo agitó

para mezclarlo bien; luego, con una jeringa, extrajo lo suficiente como para matar a un elefante e inyectó el contenido en la manguera del suero. El líquido se volvió un poco turbio, pero en la penumbra nadie lo notaría. Guardó el frasco vacío y salió rápido, con el corazón latiéndole en las sienas.

Minutos después, Linares empezó a convulsionar. Sus ojos se abrieron de golpe, inyectados de sangre, mientras un jadeo ahogado escapaba de su garganta. Sus manos arañaron el aire, buscaba ayuda, pero el veneno era implacable. En menos de un minuto, su cuerpo se arqueó por última vez y cayó inmóvil, con la boca abierta y la piel azulada. El silencio volvió a la enfermería, como si nada hubiera pasado.

Al amanecer, Ramírez encontró el cadáver y soltó un grito que despertó a medio penal. Los celadores corrieron a la escena, y el doctor Morales llegó poco después, gruñendo mientras revisaba el cuerpo.

—Paro cardíaco —masculló, encogiéndose de hombros—. Este cabrón estaba débil, no me extraña. Que lo saquen de aquí.

Nadie sospechó del suero; en Lecumberri, la muerte era tan común que no se investigaba a fondo. El Toro frunció el ceño, miraba el cadáver con una mezcla de alivio y desconfianza, pero no había pistas. El director estaba muerto, y el orden del penal se tambaleaba.

El Sapo recibió la noticia esa mañana, cuando Celerino pasó por su celda con una bandeja de rancho y un susurro rápido:

—Ya está, Sapo. Amaneció tieso. Nadie sabe nada.

José Ortiz asintió, recostándose en el camastro con una calma escalofriante. No sonrió, no celebró. Solo cerró los ojos y dejó que el peso de su venganza se asentara. María y Linares, los dos que lo habían traicionado, estaban muertos. Se había cobrado con sangre y astucia, nadie en Lecumberri podía probar que había

sido él. Los reclusos murmuraban sobre fantasmas y maldiciones, pero él sabía la verdad: el Palacio Negro seguía siendo suyo.

—Buen trabajo, Celerino —dijo al fin, sin abrir los ojos—. Ahí tienes tu pago. Ahora lárgate.

Celerino se alejó, aliviado, pero tembloroso, sabía que había vendido su alma al diablo encorvado de la celda 1. Entretanto, El Sapo respiraba profundo, con el puñal aún escondido bajo el colchón. Su reinado estaba asegurado, pero en el fondo de su mente, un eco oscuro le recordaba que en Lecumberri, la paz nunca duraba. Alguien, tarde o temprano, vendría por él. Y estaría listo.

CAPÍTULO 9 LA SOMBRA DEL CUERVO

La muerte del coronel Linares dejó un vacío en Lecumberri, un silencio inquietante que se llenó pronto con rumores y ambiciones. José Ortiz había consolidado su poder, luego de haber eliminado a María y al director con una precisión que lo convirtió en leyenda entre los reclusos. Los celadores, encabezados por El Toro, mantenían el orden a regañadientes, pero sin un director presente, el penal era una olla a presión lista para estallar. El Sapo lo sabía, y desde su celda en la circular 2 vigilaba cada movimiento, con el puñal siempre cerca y los ojos saltones atentos a cualquier amenaza.

Pero en Lecumberri, el trono de sangre nunca estaba seguro. Una semana después de la muerte de Linares, un nuevo recluso llegó al Palacio Negro, trasladado desde una prisión en Tamaulipas tras un motín que dejó seis muertos. Lo llamaban El Cuervo, y su fama lo precedía como un viento negro. Era un hombre flaco, de piel curtida y ojos hundidos que parecían absorber la luz. Su cabello largo y grasoso le caía sobre la cara, además de una cicatriz en forma de garra que le cruzaba el pecho, visible bajo la camisola rota. Decían que había liderado el motín con un pico de minero, al tiempo que mataba guardias como si fueran gallinas, y que su apodo venía de cómo dejaba a sus enemigos: picoteados y sin vida.

El Cuervo no tardó en hacer ruido. El primer día en el patio, se plantó en el centro con una calma escalofriante, a la vez que miraba a su alrededor como si midiera a cada hombre. Los reclusos, acostumbrados al dominio de El Sapo, lo observaban con curiosidad y cautela. Pero él no buscaba pleitesía; buscaba guerra. Cuando un grupo de la crujía «F» intentó darle la bienvenida con burlas, El Cuervo sacó un clavo afilado de su manga y lo clavó en la mano del líder, un tal Panzas, quien cayó

al suelo y comenzó a gritar. El mensaje fue claro: no era un hombre que se doblegara.

José Ortiz supo de El Cuervo esa misma tarde, cuando Celerino pasó por su celda con el rancho y una advertencia susurrada.

—Oye, Sapo, ten cuidado —dijo, nervioso—. El nuevo, el que llaman El Cuervo, ha estado preguntando por ti. Dice que Lecumberri necesita un rey de verdad, no una rana coja. Ya comenzó a reunir gente, y no parece de los que se asustan fácil.

José Ortiz frunció el ceño, apretando el puñal bajo el trapo que lo escondía.

—¿Un rey de verdad? —gruñó, con una risa seca—. Que venga a probarlo, pinche pendejo. Aquí solo hay un rey, y no es un pajarraco mugroso.

Pero en el fondo, sabía que El Cuervo no era un enemigo cualquiera. Esa noche, desde su celda, escuchó los murmullos que corrían por las crujías: El Cuervo ofrecía protección y contrabando a cambio de lealtad, y le arrebatava el terreno que El Sapo había ganado con sangre. Algunos reclusos, cansados del yugo brutal de éste, empezaban a mirarlo con ojos de desprecio. El equilibrio del penal se tambaleaba, y José Ortiz no iba a permitirlo.

Al día siguiente, el enfrentamiento llegó sin aviso. El Sapo estaba en el patio, recostado contra una pared con su postura encorvada, cuando El Cuervo se acercó, flanqueado por dos reclusos de la crujía «O» que habían cambiado de bando. El aire se cargó de tensión, y los demás presos se apartaron, formaron un círculo como buitres a la espera de carroña.

—José Ortiz —dijo El Cuervo, con una voz grave y rasposa que parecía salir de una tumba—. Me han hablado de ti. Dicen que mandas aquí, que mataste al director y a tu propia vieja. Pero

mírate, cabrón: estás viejo, roto. Este lugar necesita sangre fresca, no un sapo que apenas brinca.

El Sapo se incorporó con lentitud, a la vez que ignoraba el dolor que le atravesaba el brazo y el abdomen. Sus ojos brillaron con una furia contenida, y sacó el puñal de la cintura, para mostrárselo, sin atacarlo aún.

—¿Sangre fresca? —respondió, con una sonrisa torcida—. Ven a sacármela, pinche cuervo. Aquí todos hablan, pero pocos duran. Pregúntale a El Tigre... ah, no, no puedes, porque lo mandé al infierno.

El Cuervo no se inmutó. Sacó su propio clavo afilado, girándolo entre los dedos con una destreza que hablaba de práctica. Los reclusos murmuraron, algunos lo apoyaban en voz baja, otros retrocedían más. El Toro y los celadores observaban desde la torre, pero no intervenían; en Lecumberri, estas peleas eran ley.

—No vine a hablar, rana —dijo El Cuervo—. Vine a quitarte el trono. Y cuando acabe contigo, voy a colgar tu pellejo en la reja pa' que todos vean quién manda ahora.

Sin más palabras, El Cuervo se lanzó, rápido como un relámpago. El clavo buscó el cuello de José Ortiz, pero este lo esquivó por un pelo, al tiempo que respondía con un tajo del puñal que rasgó la camisola de su rival y dejó una línea roja en su pecho. Los dos se lanzaron en un torbellino de golpes: el clavo contra el puñal, el metal chocaba con un estruendo que retumbaba en todo el patio.

El Cuervo era ágil, más joven, y sus ataques eran precisos, pero El Sapo tenía la furia de un animal acorralado. Recibió un corte en el antebrazo, gruñendo de dolor, pero aprovechó el movimiento para clavar su puñal en el muslo de El Cuervo. La sangre brotó, y el nuevo enemigo retrocedió, cojeaba, con los ojos encendidos de rabia.

—¡Te voy a desollar, cabrón! —rugió El Cuervo, lanzándose otra vez.

Esta vez, José Ortiz no esquivó; dejó que el clavo le rozara el hombro y usó el impulso para embestir a El Cuervo contra la pared. Los reclusos gritaron, el impacto resonó, y José Ortiz hundió el puñal en el estómago de su rival, torciendo la hoja con saña. El pajarraco soltó un gemido ahogado, mientras intentaba apuñalarlo en la espalda, pero años de experiencia dominaron, lo agarró del cuello con la mano libre y apretó hasta que los ojos del otro se nublaron.

—No hay trono pa' ti, pinche pajarraco —susurró El Sapo, antes de sacar el puñal y clavarlo una última vez en el pecho de El Cuervo, directo al corazón.

El cuerpo del nuevo enemigo cayó al suelo, con un charco rojo creciente bajo él. José Ortiz se tambaleó hacia atrás, a la vez que jadeaba, con el brazo que brotaba sangre y el hombro ardiendo. Los reclusos lo miraron en silencio, algunos con miedo, otros con admiración. Los celadores llegaron tarde, para dispersar al gentío con macanazos, mientras El Toro se acercaba, a la vez que fruncía el ceño.

—¡Otra vez tú, Sapo! —gruñó—. Ya ni la chingas ¿Otro muerto?

El Sapo escupió sangre al suelo y lo encaró con una sonrisa torcida.

—Él vino por mí, Toro. Yo solo me defendí. Pregunta a quien quieras.

Nadie lo contradijo. El Cuervo había sido un relámpago, pero José Ortiz seguía siendo el trueno. Mientras lo llevaban a la enfermería otra vez, sabía que había aplastado a su nuevo enemigo, pero también que Lecumberri nunca dejaba de parir rivales. Su reinado seguía en pie, bañado en sangre, y él estaría listo para el próximo que se atreviera a desafiarlo.

La muerte de El Cuervo dejó un reguero de sangre en el patio y un eco de miedo entre los reclusos, pero también encendió una chispa de furia entre los celadores. El Sapo había sobrevivido demasiadas veces, matado a demasiados, y su reinado en Lecumberri empezaba a ser un problema que ni El Toro ni sus hombres podían ignorar. Con el director Linares muerto y el penal sin un mando claro, los celadores se reunieron en una oficina improvisada esa noche, bajo la luz titubeante de una lámpara de queroseno, para decidir qué hacer con el monstruo encorvado que parecía inmortal.

El Toro encabezaba la reunión, con su cara de bulldog más arrugada que nunca por la frustración. A su lado estaban Ramírez, el joven nervioso que siempre temblaba cerca de José Ortiz, y otros tres celadores curtidos: El Chato, un tipo bajito con mala leche, y los hermanos Morales, apodados Los Gemelos por su parecido y su gusto por el castigo. Celerino Sánchez no estaba; su lealtad a El Sapo lo mantenía al margen, aunque ninguno lo mencionó en voz alta.

—Esto ya no puede seguir, cabrones —gruñó El Toro, al tiempo que golpeaba la mesa con un puño—. Ese pinche Sapo se está comiendo el penal. Primero el director, ahora El Cuervo. ¿Qué sigue? ¿Nos va a matar a nosotros también?

Ramírez tragó saliva, mientras agachaba la mirada.

—Dicen que es el diablo, jefe —murmuró—. Nadie lo tumba. Lo envenenan, lo apuñalan, y sigue vivito y coleando.

—¡No es el diablo, es un hijo de puta con suerte! —dijo, El Chato, después de escupir al suelo—. Pero mientras siga mate y mate, los reclusos lo van a ver como rey. Y nosotros quedamos como pendejos.

Los Gemelos asintieron al unísono, uno de ellos, el mayor, habló con voz grave:

—Hay que pararlo, Toro. Pero no podemos matarlo así nomás, o los presos se nos echan encima. Tiene que parecer un accidente, o que se lo buscó él solo.

El Toro se rascó la barbilla, pensativo. Sabía que José Ortiz era intocable en una pelea justa, y que cualquier ataque directo lo convertiría en mártir. Pero también sabía que el penal no podía seguir bajo su sombra. Pero al final, asintió.

—Vamos a presionarlo —dijo—. Nada de sangre directa. Lo aislamos, lo jodemos despacio. Que se quiebre solo. Y si no, encontramos la manera de que caiga sin que nos vean las manos.

Esa misma noche, el plan empezó. El Sapo fue sacado de la enfermería y devuelto a su celda, pero las cosas cambiaron. Los celadores triplicaron las rondas por la circular 2, golpeaban las rejas con sus macanas cada hora para mantenerlo despierto. Su rancho llegó frío y escaso, apenas un caldo aguado sin sustancia, y cuando pidió agua, Ramírez le arrojó un jarro sucio con una sonrisa tensa.

—Toma lo que hay, Sapo —dijo el joven, con un valor fingido—. Ya no mandas tanto como crees.

José Ortiz lo miró desde el camastro, con los ojos saltones que brillaban en la penumbra. No respondió, pero la amenaza estaba en el aire. Al día siguiente, El Chato y Los Gemelos lo sacaron al patio a empujones, sin motivo, solo para humillarlo frente a los reclusos. Lo obligaron a limpiar el suelo con un trapo viejo, bajo las risas forzadas de los guardias y las miradas confundidas de los presos.

—¡Órale, rana, a brincar pa' limpiar! —se burló El Chato, dándole un macanazo en las piernas cuando intentó levantarse.

El Sapo apretó los dientes, al sentir el dolor subir por sus heridas aún frescas, pero no se quebró. Sabía lo que querían: verlo doblegarse, que perdiera el respeto del penal. Pero él no era

hombre de rendirse. Esa noche, llamó a Celerino en secreto, para deslizar un mensaje por la reja.

—Diles a tus amigos que le bajen de huevos —susurró, con voz helada—. Y tráeme algo pa' defenderme. Esto no se queda así.

Celerino asintió, nervioso, y le pasó un clavo afilado envuelto en trapo al día siguiente, por lo que recibió un carrujo de marihuana como pago. Pero los celadores no aflojaban. El Toro ordenó que lo pusieran en el apando por desacato, una celda solitaria en el sótano, húmeda y sin luz. Ahí, José Ortiz pasó tres días, con ratas royéndole las vendas y el frío calándole los huesos. Los celadores esperaban que saliera débil, roto, pero subestimaron su voluntad.

Cuando lo sacaron, El Sapo emergió más flaco, con la cara hundida y los ojos inyectados de sangre, pero con una furia que ardía como nunca. En el patio, El Toro lo recibió con una sonrisa cruel.

—¿Qué, Sapo? ¿Ya se te acabó el brinco? —dijo, cruzándose de brazos.

José Ortiz no respondió con palabras. En un movimiento rápido, sacó el clavo de su cintura y lo clavó en la mano de El Toro, atravesándola contra la pared. El jefe de celadores rugió de dolor, mientras Ramírez y El Chato corrían a someterlo. Los reclusos gritaron, algunos vitoreando, otros retrocedían. El Sapo fue reducido a golpes, pero la chispa ya estaba encendida: los presos vieron que seguía siendo un peligro, incluso contra los celadores.

Esa noche, en la oficina, El Toro se vendaba la mano, al tiempo que maldecía entre dientes.

—¡Ese cabrón no se rinde! —gruñó—. Lo vamos a tener que matar, accidente o no.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Los Gemelos asintieron, pero Ramírez, tembloroso, susurró:

—¿Y si no podemos? ¿Y si él nos mata primero?

El silencio pesó como plomo. José Ortiz estaba en una celda de castigo, encadenado y golpeado, pero su leyenda crecía. Los celadores habían querido quebrarlo, pero solo lo habían hecho más fuerte ante los ojos del penal. Y mientras lamía sus heridas en la oscuridad, sonreía, a la vez que planeaba su próximo movimiento. Los perros del penal podían ladrar, pero él seguía siendo el rey, y pronto les enseñaría a morderse la lengua.

CAPÍTULO 10 LA MUERTE SALE DEL APANDO

El apando era un agujero negro en las entrañas de Lecumberri, un castigo diseñado para quebrar a los hombres. El Sapo estaba encadenado a la pared de una celda diminuta, con las muñecas en carne viva por los grilletes y el cuerpo magullado por los macanazos de El Toro y sus hombres. Los celadores lo habían dejado ahí, convencidos de que el aislamiento y el hambre lo doblegarían por fin. Pero José Ortiz no era un hombre que se rindiera; era una alimaña que prosperaba en la oscuridad, y desde ese pozo planeó su contraataque más letal.

Sabía que El Toro, El Chato, Los Gemelos y Ramírez querían verlo muerto. Lo habían dejado claro con sus golpes y sus burlas. Pero también sabía que tenían un punto débil: la arrogancia. Creían que, encerrado en el apando, estaba fuera de juego. Ahí entraba Celerino Sánchez, el celador corrupto que había sido su sombra en cada golpe. El Sapo lo llamó al día siguiente, cuando éste pasó con una bandeja de agua sucia, fingiendo una ronda.

—Acércate, pinche Celerino —susurró José Ortiz, con la voz ronca pero firme—. Tengo negocio pa' ti.

Celerino se acercó, nervioso, al mirar por encima del hombro.

—¿Qué traes ahora, Sapo? —dijo, con voz baja—. Ya me metiste en suficientes problemas.

José Ortiz sonrió, al tiempo que mostraba los dientes amarillentos bajo la luz tenue.

—Quiero salir de aquí por las noches —dijo—. Tú me abres la puerta del apando, me dejas moverme, y yo me encargo de unos cabrones. Nadie va a saber que fui yo, porque todos creen

que estoy aquí encadenado. Te pago lo que tengo: billetes, mota, un joto, lo que quieras.

Celerino palideció y retrocedió un paso.

—¿Salir? ¿Pa' qué, Sapo? —balbuceó—. Si te cachan, nos chingan a los dos.

El Sapo lo miró con esos ojos saltones que parecían arder en la penumbra.

—No me van a cachar, pendejo —replicó—. Y si no lo haces, le cuento a El Toro cómo envenenaste al director y a María. ¿Qué crees que te hace primero, te fusila o te rompe el culo?

Celerino tragó saliva, atrapado entre el miedo y la codicia. Pero al fin, asintió.

—Está bien, Sapo. Pero me das el doble, y si te agarran, yo no sé nada.

José Ortiz asintió, satisfecho.

—Hecho. Empieza esta noche.

Esa medianoche, cuando el penal se sumió en el silencio, Celerino llegó al apando con una linterna y un manojo de llaves. Sus manos temblaban mientras abría los grilletes de El Sapo y le pasaba un clavo afilado, el mismo que había usado antes.

—Ten cuidado, cabrón —susurró Celerino—. Los turnos cambian a las tres. Tienes poco tiempo.

José Ortiz se frotó las muñecas mientras sentía la sangre volver a fluir. Luego salió al pasillo como una sombra encorvada. Su primer objetivo era Ramírez, el más débil del grupo, el que temblaba cada vez que lo veía. Sabía que estaría de guardia en la crujía «C», solo y desprevenido.

Se deslizó por los pasillos oscuros, con el clavo en la mano y el corazón que latía con una calma helada. Lo encontró dormido

en una silla, con la macana en el regazo y un cigarro apagado en la boca. El Sapo no dudó: se acercó por detrás, le tapó la boca con una mano y le enterró el clavo en la nuca, directo a la base del cráneo. Ramírez se sacudió una vez, un espasmo breve, y quedó inmóvil, con los ojos abiertos en shock. José Ortiz lo dejó caer al suelo, limpió el clavo en su uniforme y regresó al apando antes de que Celerino cerrara la puerta.

Al amanecer, el grito de un recluso despertó al penal. Encontraron a Ramírez tirado, con un charco de sangre seca bajo la cabeza. El Toro llegó furioso para inspeccionar el cuerpo.

—¡Qué chingados pasó aquí! —bramó—. ¡Esto no fue un accidente!

Pero nadie sospechó de José Ortiz, él seguía en el apando, encadenado y callado, con una coartada perfecta. Mientras que los reclusos murmuraron sobre venganzas internas, y El Chato sugirió que algún preso había aprovechado el caos tras la muerte del director.

La noche siguiente, El Sapo fue por El Chato. Celerino lo liberó otra vez, y él rastreó al celador hasta el baño de los guardias, donde estaba orinando solo. José Ortiz lo emboscó por detrás, hundiéndole el clavo en el riñón y luego en la garganta antes de que pudiera gritar. Lo dejó tirado en un charco de orina y sangre, se deslizó de nuevo al apando, con la silueta espectral de un fantasma.

El tercer golpe fue contra Los Gemelos. José Ortiz esperó dos noches, para dejar que la incertidumbre y el pánico creciera entre los celadores. La cuarta noche, Celerino lo soltó de nuevo, y él los encontró juntos en la torre de vigilancia, mientras jugaban cartas para mantenerse despiertos. Con una piedra que había recogido del patio, golpeó al menor en la cabeza, dejándolo aturdido, y apuñaló al mayor en el pecho tres veces. El menor intentó levantarse, pero El Sapo le cortó la garganta de un tajo

certero. Luego los dejó apilados como sacos, tras limpiar el cuchillo antes de volver.

El Toro fue el último. La quinta noche, José Ortiz lo encontró solo en la oficina, mientras revisaba reportes con la mano aún vendada por el ataque anterior. Entró sigiloso, y antes de que éste pudiera reaccionar, le hundió el clavo en el ojo izquierdo, empujándolo hasta el cerebro. El jefe de celadores cayó con un gemido sordo, y José Ortiz lo remató con un golpe en la nuca.

Cada muerte fue un misterio. Los reclusos hablaban de un asesino invisible, un castigo divino por los abusos de los celadores. Nadie miraba al apando, donde José Ortiz fingía debilidad, encadenado y silencioso. Celerino, temblaba cada vez que lo liberaba, pero gustoso recibía su pago en marihuana y billetes.

Al amanecer del sexto día, Lecumberri estaba en caos. Cinco celadores muertos en una semana, sin pistas, sin sospechosos. Los guardias restantes vivían con miedo, y los reclusos susurraban que El Sapo, incluso encerrado, seguía siendo el rey. Desde su celda, él sonreía en la oscuridad, sabiendo que cortó las cabezas de sus enemigos sin mover un dedo a la vista de todos. El penal era suyo, y ahora los perros estaban muertos.

Los celadores restantes estaban al borde del colapso. Sin El Toro, El Chato, Los Gemelos ni Ramírez, el orden se desmoronaba. Los turnos se reducían a un puñado de guardias exhaustos, que patrullaban con los ojos abiertos y las macanas que temblaban en las manos. Celerino Sánchez, el único que sabía la verdad, se movía como rata asustada, evitaba las miradas y rezaba para que El Sapo no lo delatara. Pero el miedo lo mantenía leal; cada noche, al abrir la puerta del apando y liberar al asesino.

El caos llegó a oídos de las autoridades fuera del penal. La noticia de un director apuñalado y cinco celadores asesinados en

menos de un mes saltó como pólvora hasta la Ciudad de México. El gobierno, presionado por el escándalo, envió a un nuevo director interino, el capitán Miguel Arriaga, un militar de rostro curtido y mano dura que había limpiado cárceles en el norte. Llegó al Palacio Negro una mañana nublada, escoltado por un pelotón de soldados armados con rifles, y su primera orden fue clara: restaurar el control, costara lo que costara.

Arriaga reunió a los celadores sobrevivientes en el patio, bajo la mirada curiosa de los reclusos. Su voz cortaba como un cuchillo:

—Este lugar es un muladar —dijo mientras recorría con la mirada las caras pálidas de los guardias—. Cinco de los suyos muertos, y ustedes cagándose de miedo. Se acabó el desmadre. Vamos a encontrar al hijo de su puta madre que está detrás de esto, y lo vamos a colgar de los huevos si es necesario. Nadie sale ni entra hasta que esto se arregle.

Los reclusos, desde las ventanas y las rejas, escuchaban en silencio. Algunos vitorearon en voz baja, otros se miraron con nerviosismo. José Ortiz seguía en el apando, pero el rumor de su nombre ya flotaba en el aire como un mal presagio. Arriaga, sin saberlo, acababa de declararle la guerra al rey invisible.

Esa noche, el nuevo director ordenó un registro masivo. Soldados y celadores revisaron cada celda, confiscaron armas improvisadas, marihuana y cualquier cosa que oliera a contrabando. Los presos fueron puestos en fila, golpeados por cualquier resistencia. Cuando llegaron al apando, Arriaga se plantó frente a El Sapo, mirándolo de arriba abajo. El recluso estaba encadenado, flaco y sucio, con las vendas podridas y los ojos saltones fijos en el suelo.

—Tú eres Ortiz Muñoz, ¿verdad? —dijo Arriaga, con desprecio—. El famoso Sapo. He oído de ti. Dicen que mataste a medio mundo aquí adentro.

El Sapo levantó la vista con dificultad y con una sonrisa torcida.

—Dicen muchas cosas, jefe —respondió, con voz rasposa—. Pero aquí estoy, encadenado como perro. ¿Qué le puedo hacer a alguien así?

Arriaga entrecerró los ojos, oliendo la mentira, pero sin pruebas. Dio una orden seca:

—Que no salga de aquí hasta que averigüemos qué pasa. Y si se mueve, le rompen las piernas.

El registro no encontró nada que lo inculpara. El cuchillo y el clavo afilado estaban escondidos en una grieta del apando, y Celerino había cubierto sus huellas. Pero las medidas de Arriaga encendieron una chispa entre los reclusos. El encierro constante, la comida escasa y los castigos brutales avivaron el descontento. Una noche, un grupo de la cruzía «F» intentó un motín, atacaron a un soldado con un pico. La respuesta fue feroz: disparos al aire, macanazos y tres presos muertos. El penal se convirtió en un polvorín.

José Ortiz, desde el apando, escuchaba todo. Celerino le llevaba noticias a escondidas, que susurraba entre las rejas.

—Esto está del carajo, Sapo —dijo, tembloroso—. Arriaga tiene al penal en jaque, pero los presos están hasta la madre. Si sigues matando, esto va a explotar.

El Sapo asintió, pensativo. El caos le convenía, pero Arriaga era un hueso duro. No podía salir esa noche; los soldados vigilaban el apando con rifles listos. Pero su mente ya trabajaba en un nuevo plan. Si no podía moverse, usaría a otros. Llamó a Celerino más cerca.

—Escucha, pinche Celerino —susurró—. No voy a salir por ahora. Pero quiero que hables con El Flaco de la «F» y con El Piojo de la «O». Diles que les doy mota y protección si arman

ruido. Que ataquen a los soldados, que prendan el desmadre. Y que digan que es por el nuevo jefe, no por mí.

Celerino dudó, pero el brillo de los ojos de José Ortiz lo convenció. Asintió y se fue, llevaba consigo un mensaje importante. Dos noches después, el plan estalló. El Flaco y El Piojo, con un puñado de reclusos armados con clavos y piedras, emboscaron a un grupo de soldados en el patio. Gritos, sangre y disparos llenaron la noche. Dos soldados cayeron heridos, y cuatro presos murieron antes de que Arriaga sofocara el motín con refuerzos.

El nuevo director, furioso, culpó a la anarquía del penal, no a El Sapo. Ordenó más encierros y castigos, pero el daño estaba hecho: los reclusos lo odiaban, y los celadores temían por sus vidas. José Ortiz, encadenado en el apando, sonreía en la oscuridad. El caos era su arma, y mientras Arriaga luchaba por controlar el fuego, él avivaba las brasas desde las sombras. Su reinado no solo seguía vivo; crecía día con día.

CAPÍTULO 11 EL RASTRO DEL TRAIADOR

Lecumberri se desangraba día tras día. Los motines, pequeños pero constantes, estallaban como llagas en un cuerpo enfermo. Reclusos armados con clavos y trozos de reja atacaban a los soldados en emboscadas rápidas; tras cada ataque, quedaban cuerpos y sangre antes de dispersarse. Los disparos resonaban por las noches, y el hedor a pólvora se mezclaba con el de la mugre y el miedo. El capitán Miguel Arriaga, el nuevo director interino, apretaba el puño de hierro, pero cada castigo —encierros, golpizas, raciones cortadas— solo avivaba la furia de los presos. El Palacio Negro estaba al borde de una guerra, y nadie sabía quién encendía la mecha.

El Sapo seguía en el apando, encadenado y silencioso, pero su influencia se sentía en cada rincón. El Flaco y El Piojo, sobornados por Celerino con marihuana y promesas, lideraban las revueltas, gritaban contra Arriaga mientras mantenían el nombre de José Ortiz fuera del fuego. Los reclusos lo veían como un dios intocable, un rey que, incluso encerrado, seguía al mando. Pero Arriaga no era un hombre de suposiciones; era un cazador, y el caos le olía a estrategia.

Una mañana, tras otro ataque que dejó a un soldado con la cara desfigurada por un pico, Arriaga reunió a los celadores en la oficina. Su rostro estaba tenso, con ojeras profundas y una vena palpitándole en la frente. Los guardias, apenas una docena tras las bajas, lo miraban con nerviosismo. Celerino estaba entre ellos, sudaba bajo el uniforme, con las manos metidas en los bolsillos para ocultar el temblor.

—Esto no es casualidad —dijo Arriaga, al pasearse como león enjaulado—. Alguien mueve los hilos. Los presos no se

organizan solos, no así. Hay un cabrón detrás, y alguien de aquí que lo ayuda.

Los celadores se miraron entre sí, incómodos. Uno de ellos, un veterano apodado El Mudo por su costumbre de callar, señaló al apando con un gesto.

—¿Y si es el Sapo? —gruñó—. Todos dicen que manda, aunque esté encadenado.

Arriaga asintió, pero sus ojos se estrecharon.

—Ortiz Muñoz no sale de ahí. Lo revisé yo mismo. Si está detrás, alguien le lleva los mensajes. Y yo sé quiénes entran y salen del apando.

Su mirada se posó en Celerino, breve pero afilada, como un cuchillo que roza la piel. Celerino sintió un nudo en el estómago, pero mantuvo la cara de tonto, al tiempo que fingía revisar una mancha en su bota. Arriaga no dijo más, pero la semilla de la sospecha ya estaba plantada.

Esa noche, Celerino llegó al apando con el corazón en la garganta. Abrió la puerta con manos temblorosas y soltó los grilletes de El Sapo como si quemaran. El recluso se levantó, frotándose las muñecas, y lo miró con esos ojos saltones que parecían leerle el alma.

—¿Qué traes, pinche Celerino? —preguntó, con voz baja—. Estás más callado que de costumbre.

Celerino tragó saliva, tras mirar por encima del hombro.

—Arriaga, Sapo —susurró—. Creo que se las huele. Hoy me miró raro, como si supiera algo. Si me pisan los talones, estamos jodidos los dos. ¡Te dije que esto iba a salir mal!

José Ortiz lo agarró del cuello del uniforme, acercándolo hasta que sus narices casi se tocaron.

—Cálmate, pendejo —bramó—. Si te doblas ahora, nos hundén. Arriaga no tiene nada, solo sospechas. Tú sigue como si nada, y si te pregunta, dices que solo haces tu ronda. Nadie te vio sacarme, ¿verdad?

Celerino negó con la cabeza; el sudor frío le recorría la frente.

—No, Sapo, pero... pero si me presionan, no sé si aguante. ¡Este cabrón es militar, no como Linares! Si me agarran, me quiebran.

José Ortiz lo soltó, pensativo. Sabía que Celerino era su eslabón débil, pero también su única salida del apando. Le dio una palmada en el hombro, más amenaza que consuelo.

—No te van a agarrar, Celerino. Tú sigue con El Flaco y El Piojo, diles que ataquen más duro. Que Arriaga se ahogue en el desmadre. Y si te sigue chingando, me avisas. Yo me encargo de él.

Celerino asintió, pero el miedo no lo soltaba. Salió del apando y cerró la puerta con un chirrido, alejándose por el pasillo, sentía que el agua le llegaba al cuello.

Al día siguiente, Arriaga empezó a mover piezas. Ordenó que un soldado vigilara a Celerino en cada ronda, checaba cada paso. Cuando Celerino llegó al apando con el rancho, el soldado estaba ahí, rifle en mano, lo miraba con ojos de halcón. Celerino dejó la bandeja y salió rápido, sin atreverse a abrir los grilletes de El Sapo esa noche. El recluso lo notó, masculló en la oscuridad, pero no dijo nada. Sabía que el cerco se cerraba.

Esa tarde, otro motín estalló en la crujía «O». Piojo lideró un ataque contra dos soldados, logró herir a uno con un clavo antes de ser reducido a balazos. Arriaga, furioso, interrogó a los celadores uno por uno. Cuando llegó el turno de Celerino, lo sentó en una silla bajo una lámpara que le quemaba la cara.

—¿Qué sabes de esto, Sánchez? —preguntó Arriaga, con voz fría—. Estás muy callado pa' alguien que ronda el apando todos los días. ¿Qué le llevas al Sapo? ¿Mensajes? ¿Armas?

Celerino sudaba a chorros, con las manos temblorosas sobre las rodillas.

—Nada, jefe —balbuceó—. Solo le doy el rancho, lo juro. ¡Yo no sé nada de motines!

Arriaga lo miró directo a los ojos, como si quisiera arrancarle la verdad con la mirada. No tenía pruebas, pero el instinto le gritaba que Celerino escondía algo. Lo dejó ir con una advertencia:

—Te observo, Sánchez. Un paso en falso, y te cuelgo yo mismo.

Celerino salió asustado, con el corazón en la boca. Esa noche, arriesgándose, susurró a José Ortiz desde la reja, sin abrirla porque un soldado lo seguía.

—Arriaga me tiene en la mira, Sapo —dijo, al borde del llanto—. No puedo sacarte más, me van a cachar. ¡Haz algo, cabrón, o me hundo y te llevo conmigo!

José Ortiz lo miró desde las sombras, con una calma que helaba la sangre.

—No te rajes, Celerino —respondió—. Sigue como si nada. Yo arreglo esto. Arriaga va a caer, y tú vas a estar vivo pa' verlo.

Pero en el fondo, El Sapo sabía que el juego se complicaba. Sin salir del apando, su poder dependía de Celerino, y éste estaba a punto de quebrarse. El caos crecía, pero ahora el cazador estaba cerca, y José Ortiz tendría que jugar sus últimas cartas para mantenerse en el trono.

El Palacio Negro hervía en un desorden que ya no se podía contener. Los motines estallaban armándose trifulcas, los

soldados de Arriaga respondían con balas y macanazos; tras ellos quedaba un rastro de sangre, además cuerpos maltrechos. Los reclusos gritaban desde las crujías, y los celadores, cada vez menos, patrullaban con los nervios a flor de piel. En el apando, El Sapo seguía encadenado, pero su mente no descansaba. El cerco de Arriaga se cerraba sobre Celerino, y sin su aliado libre para abrirle la puerta, sus movimientos estaban trabados. Necesitaba un nuevo golpe, uno que tumbara al director sin ensuciarse las manos.

Esa noche, Celerino llegó al apando más nervioso que nunca. El soldado que lo seguía se había quedado en el pasillo, con un cigarro en la boca, dándole apenas unos minutos para hablar. El celador se acercó a la reja, con el sudor corriéndole por la cara y los ojos desorbitados.

—Sapo, estoy hasta el cuello —susurró, con voz temblorosa—. Arriaga no me suelta, me tiene vigilado todo el día. Pero eso no es lo peor. La Chiquis... mi Chiquis... ese cabrón de Arriaga la está jodiendo.

El Sapo levantó la vista y entrecerró los ojos saltones. La Chiquis era un homosexual amante de Celerino, un recluso flaco y afeminado de la crujía «J», conocido por su voz chillona y su manera de contonearse. Era un secreto a voces que el celador lo protegía a cambio de favores, una relación que el penal toleraba con burlas y silencio.

—¿Qué pasa con tu joto? —preguntó José Ortiz, con una mezcla de curiosidad y desprecio.

Celerino tragó saliva y apretó los barrotes.

—Arriaga, Sapo. El pinche capitán tiene un vicio. Todas las noches manda sacar a los jotos de la crujía «J»: a La Chiquis, a Perlita, a todos, y se los lleva a la dirección. Los soldados los escoltan, y... y el cabrón se los coge. La Chiquis me lo contó ayer, con lágrimas en los ojos. Dice que Arriaga los amenaza con

matarlos si hablan, pero están muertos de miedo. ¡Es mi Chiquis, cabrón! ¡No puedo dejar que ese hijo de la chingada siga!

José Ortiz guardó silencio, trataba de asimilar la información. Una sonrisa torcida empezó a dibujarse en su cara y dejó ver los dientes amarillentos. El vicio de Arriaga era un regalo, una grieta en su armadura de militar duro. Si el director tenía esa debilidad, podía usarla para hundirlo sin moverse del apando.

—Tranquilo, pinche Celerino —dijo al fin, con voz helada—. Esto me sirve. Escucha bien: no vas a hacer nada todavía. Deja que Arriaga siga con su juego. Pero habla con La Chiquis. Dile que se gane su confianza, que le saque algo útil: información, un secreto, un horario, lo que sea. Y luego me la traes.

Celerino frunció el ceño, confundido.

—¿Pa' qué, Sapo? ¿Qué vas a hacer con eso?

José Ortiz soltó una risa seca que resonó en el sótano.

—Voy a hacer que Arriaga se ahorque solo, pendejo. Si le gustan los jotos, que se los coma... pero uno va a ser su veneno. Tú solo haz lo que te digo, y no te rajes. ¿O quieres que La Chiquis termine con el culo roto pa' siempre?

Celerino asintió, aunque el miedo no lo soltaba. Se alejó rápido cuando el soldado terminó su cigarro y volvió al pasillo; El Sapo quedó solo con sus pensamientos. En la oscuridad del apando, el recluso empezó a tejer su plan. Arriaga era un perro con hambre, y La Chiquis sería el anzuelo. Si el joto podía acercarse lo suficiente, sacarle algo al director: una confesión, un momento de descuido, José Ortiz lo usaría para prenderle fuego al penal desde adentro.

Al día siguiente, Celerino fue a buscar a La Chiquis a la crujía «J», se lo llevó a un rincón para susurrarle con urgencia.

—Chiquis, mi vida, tienes que ayudarme —dijo, tomándole la cara—. El Sapo tiene un plan. Dice que te hagas amiga de Arriaga, que le saques algo cuando te lleve. Información, algo que lo joda. ¿Puedes hacerlo?

La Chiquis tembló, con la voz quebrada.

—Mi vida ¡Ese cabrón me usa como trapo! —dijo—. Me da miedo, pero... pero si es pa' ti, lo intento. ¿Qué quiere el Sapo?

—Algo que lo queme —respondió Celerino—. Una palabra, un descuido. Tú eres lista, Chiquis. Hazlo por nosotros.

La Chiquis asintió, abrazándolo y dándole un beso con pasión. Esa noche, cuando los soldados la sacaron de la crujía junto con La Perlita, no se resistió. En la dirección, Arriaga lo esperaba, con una botella de mezcal y una sonrisa torcida. El homosexual se aguantó el asco y le siguió el juego, bailaron y cantaron coqueteándole más de lo usual, para dejar que el director se confiara. Entre jadeos y groserías, Arriaga soltó algo que no debió: Mañana traigo a un teniente pa' revisar el apando. Ese Sapo no va a durar mucho.

La Chiquis guardó las palabras como oro, y al amanecer, se las dijo a Celerino con un susurro tembloroso. El celador corrió al apando esa tarde, tras aprovechar un descuido del soldado.

—Sapo, La Chiquis lo hizo —susurró—. Arriaga dijo que mañana viene un teniente pa' revisarte. Creo que te quieren mover... o matarte.

José Ortiz sonrió, con los ojos que brillaban en la penumbra.

—Perfecto, pinche Celerino —dijo—. Ahora escucha: dile a El Flaco y al Piojo que ataquen mañana en el patio, justo cuando llegue el teniente. Que sea grande, que Arriaga tenga que salir. Y tú, dile a La Chiquis que no salga de su crujía, porque se va a armar en grande el desmadre. Esto se acaba pronto.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Celerino asintió, con el corazón en la garganta, y se fue. El Sapo se recostó contra la pared, con las cadenas que rechinaban. Arriaga había mostrado su mano, y ahora él tenía la suya lista. El caos sería su escudo, y el vicio del director, su tumba. Mañana, Lecumberri ardería, y José Ortiz seguiría siendo el rey.

CAPÍTULO 12 EL MOTÍN DEL REY

El amanecer en Lecumberri trajo un cielo gris y un aire pesado, como si el penal supiera lo que estaba por venir. El Sapo pasó la noche encadenado en el apando; sus muñecas sangraban, y sus ojos permanecían fijos en la nada, saboreaban el plan que había puesto en marcha. Celerino había llevado el mensaje a El Flaco y al Piojo, y La Chiquis estaba a salvo, escondido en una celda de la crujía «D» bajo la protección de unos reclusos leales. Todo estaba listo. El motín sería su arma, y el teniente de Arriaga, su próxima pieza en el tablero.

A media mañana, el patio hervía con una calma tensa. Los reclusos paseaban en grupos, murmuraban entre dientes, al tiempo que los soldados de Arriaga patrullaban con rifles al hombro. El capitán estaba en la torre de vigilancia, con los brazos cruzados y la mirada dura, a la espera del teniente Raúl Mendoza, un hombre flaco y serio que llegó en un camión militar con cuatro soldados más. Tenía fama de implacable; había sofocado revueltas en prisiones del norte con balas y fuego, y Arriaga lo había llamado para «limpiar» el apando, es decir, encargarse de El Sapo.

Celerino sudó bajo el uniforme al ver al teniente entrar al penal, y sintió el estómago retorcerse. Aprovechó un descuido y corrió al apando; se acercó a la reja y le susurró a José Ortiz:

—Llegó, Sapo. El teniente está con Arriaga. Van por ti hoy. ¡Espero que El Flaco y Piojo cumplan!

José Ortiz asintió, con una sonrisa torcida.

—Cumplirán, pinche Celerino. Tú quédate quieto y mira. Esto se pone bueno.

Minutos después, el motín estalló como un trueno. El Flaco, un recluso alto y huesudo de la crujía «F», lanzó un grito salvaje desde el centro del patio, mientras alzaba un clavo afilado. Piojo, pequeño pero feroz, lo siguió, blandiendo un trozo de reja roto. Una docena de presos se unieron, armados con piedras y armas improvisadas, y cargaron contra los soldados que custodiaban la entrada al polígono. Gritos, insultos y el choque del metal llenaron el aire.

—¡Mueran, hijos de su puta madre! —rugió El Flaco mientras clavaba su arma en el muslo de un soldado, justo antes de que otro le disparara en el hombro.

Piojo saltó sobre un guardia, arrancándole el rifle de las manos y golpeándolo con la culata hasta dejarlo en el suelo. Los reclusos avanzaban como una marea, empujados por el hambre, el odio y las promesas de El Sapo. Los soldados dispararon al aire, pero la turba no se detuvo. Arriaga bajó de la torre a gritos y dio la orden de pedir refuerzos, mientras el teniente Mendoza desenfundó su pistola y se unió al combate.

En el caos, Celerino aprovechó para abrir el apando. Corrió al sótano, con el soldado que lo vigilaba distraído por los disparos, y soltó los grilletos de José Ortiz con manos temblorosas.

—¡Muévete, Sapo! —jadeó—. ¡Esto está del carajo!

José Ortiz se levantó, frotándose las muñecas, y tomó el clavo afilado que guardaba en la grieta. Salió al pasillo como una sombra, con el cuerpo adolorido pero la mente afilada. El patio era una carnicería: reclusos y soldados chocaban, la sangre salpicaba el polvo, y los gritos se mezclaban con el humo de los disparos. El Flaco cayó con un balazo en el pecho, pero Piojo seguía en la lucha, lideraba a los suyos contra la línea de soldados.

Arriaga y Mendoza estaban en el centro, espalda con espalda; daban órdenes y abrían fuego. El Sapo se acercó por los flancos, usaba el caos como escudo. Sabía que no podía atacar

a Arriaga directo; el teniente era el objetivo inmediato, el que venía por él. Se deslizó tras una pila de escombros, esperaba el momento.

Mendoza, con la pistola humeante, gritó a un soldado:

—¡Aseguren el apando! ¡José Ortiz no sale vivo hoy!

Pero no vio venir a El Sapo. El recluso saltó desde las sombras, con el clavo en alto, y lo hundió en el cuello del teniente con un golpe seco. Mendoza soltó un gorgoteo, llevándose las manos a la herida mientras la sangre brotaba a chorros. José Ortiz lo empujó al suelo y lo remató con un tajo en el pecho, arrancándole la pistola de la mano antes de perderse entre la turba.

Arriaga giró justo a tiempo para ver al teniente caer, pero el caos lo cegó. Los reclusos lo rodeaban, y los soldados apenas podían contenerlos. Piojo cargó contra el director, golpeándolo con el trozo de reja en la pierna, antes de ser abatido por un disparo en la cabeza. El motín seguía, pero la balanza se inclinaba; los soldados, más armados y entrenados, empezaban a ganar terreno.

El Sapo no se quedó a pelear. Con la pistola de Mendoza en la cintura, corrió al apando, donde Celerino lo esperaba, pálido como muerto.

—¡Vuelve adentro, cabrón! —gritó Celerino—. ¡Si te ven, estamos jodidos!

José Ortiz asintió, dejándose encadenar de nuevo. El motín había cumplido su propósito: el teniente estaba muerto, Arriaga estaba herido y furioso, pero sin pruebas contra él. Cuando los soldados llegaron al apando minutos después, lo encontraron encadenado, con la cara sucia y una expresión de falsa sorpresa.

Arriaga irrumpió poco después, cojeaba y con la camisa manchada de sangre. Miró a El Sapo con ojos de fuego.

—¡Tú, hijo de puta! —rugió—. ¡Sé que esto es obra tuya!

El Sapo levantó la vista, con una sonrisa torcida.

—¿Yo, jefe? —dijo, con voz rasposa—. Aquí estoy, encadenado como perro. ¿Qué le puedo hacer a alguien así?

Arriaga temblaba de rabia, pero no tenía nada. El motín había sido obra de El Flaco y Piojo, ambos muertos, y El Sapo estaba «encerrado». Los soldados revisaron el apando, pero el clavo estaba escondido otra vez, y la pistola, enterrada bajo un montón de tierra en el pasillo. El director dio un puñetazo a la pared, gruñendo:

—¡Te voy a quebrar, Ortiz! ¡Te juro que te quiebro!

Pero El Sapo solo lo miró, callado, sabiendo que había ganado otra ronda. El motín había dejado el patio lleno de cuerpos —diez reclusos y tres soldados muertos, incluido Mendoza—, y Arriaga estaba más débil que nunca. Los presos, aunque derrotados, susurraban su nombre con temor y respeto. El caos había sido su espada, y el teniente, su trofeo.

Celerino, tembloroso en un rincón, cerró la puerta del apando cuando Arriaga se fue. El Sapo se recostó contra la pared, mientras las cadenas rechinaban, y cerró los ojos. El penal seguía en llamas, y él seguía siendo el rey. Pero sabía que Arriaga no se rendiría. La guerra apenas comenzaba.

En el recuento de los daños: el motín había dejado a Lecumberri como un campo de batalla. El patio estaba manchado de sangre seca, los cuerpos de los reclusos y soldados muertos apilados en un rincón, y el aire cargado de un silencio que apestaba a derrota y miedo. El capitán Miguel Arriaga salió del apando con una herida sangrante en la pierna y el orgullo hecho trizas. El teniente Mendoza, su hombre de confianza, yacía frío en una camilla, con el cuello abierto por un clavo que nadie encontraba. Arriaga sabía, en cada fibra de su ser, que El Sapo estaba detrás, aunque no tuviera pruebas. Esa certeza lo

consumía, y su paciencia, ya desgastada, se rompió como un hilo podrido.

Esa misma tarde, Arriaga reunió a los soldados y celadores en la torre de vigilancia. Su rostro estaba pálido, con una vena palpitándole en la sien, y su voz temblaba de rabia contenida.

—Se acabó el juego —dijo, al tiempo que golpeaba la mesa con el puño—. Este penal es un nido de ratas, y Ortiz Muñoz es la reina. No me importa si está encadenado, si no tengo su pinche clavo en la mano. Ese cabrón paga, y todos los que lo siguen también. Vamos a quebrar este lugar hasta que no quede nada.

Un soldado, joven y con la cara salpicada de sangre del motín, levantó la voz con miedo:

—¿Y si se amotinan otra vez, capitán? Ya perdimos hombres...

Arriaga lo cortó con una mirada que podía partir piedras.

—Que lo intenten —dijo—. Si se levantan, disparamos a matar. No más avisos, no más mierda. Y al Sapo lo quiero vivo... por ahora. Voy a arrancarle la piel a pedazos hasta que confiese.

El plan de venganza empezó esa noche. Arriaga ordenó un encierro total: nadie salía de las crujías, ni al patio, ni a los baños. Los soldados cortaron el agua y redujeron el rancho a un puñado de tortilla seca por día. Los celadores, liderados por un Celerino pálido y callado, patrullaban con rifles y macanas, golpeaban rejas y cabezas por cualquier queja. Pero el verdadero golpe vino al amanecer.

Arriaga cojeaba, pero firme, bajó al apando con cuatro soldados armados. Abrió la puerta de José Ortiz de una patada y lo encaró, con la pistola desenfundada.

—Levántate, hijo de de la chingada —ordenó, apuntándole a la cabeza.

El Sapo se incorporó con lentitud, mientras las cadenas rechinaban y sus ojos saltones brillaban en la penumbra. No dijo nada, solo lo miró con esa sonrisa torcida que sacaba a Arriaga de quicio.

—Crees que me ganaste, ¿verdad? —siseó el capitán—. Mataste a Mendoza, armaste ese desmadre, y te crees rey. Pero aquí mando yo, cabrón. Y vas a aprenderlo.

Arriaga hizo una señal, y dos soldados agarraron a José Ortiz por los brazos, arrancándolo de las cadenas con un tirón que le desgarró la piel. Lo arrastraron al patio, donde los reclusos, asomados a las rejas, miraban en silencio. Allí, bajo un sol que quemaba como plomo, lo ataron a un poste oxidado, con las manos atrás y el torso desnudo. Arriaga sacó un látigo de cuero, uno que había traído de sus días en el norte, y lo blandió frente a los presos.

—¡Esto es lo que pasa cuando me desafían! —gritó, antes de azotar a El Sapo en la espalda.

El primer golpe arrancó un gruñido del recluso, y dejó una línea roja que sangró al instante. El segundo cortó más profundo, y el tercero le arrancó un pedazo de piel. José Ortiz apretó los dientes, con la cara retorcida de dolor, pero no gritó. Los reclusos murmuraban, algunos golpeaban las rejas, otros apartaban la vista. Arriaga siguió, golpe tras golpe, hasta que la espalda de El Sapo era un mapa de carne viva. Después de veinte latigazos, lo dejó caer al suelo, jadeante y empapado en sudor.

—Llévenlo al apando otra vez —ordenó, limpiándose las manos en el uniforme—. Y que no coma ni beba hasta que yo diga.

Los soldados obedecieron, arrastraron a José Ortiz de vuelta al sótano. Pero la venganza de Arriaga no terminó ahí. Esa noche, mandó a sus hombres a la crujía «F», donde El Flaco había liderado el motín. Sacaron a un recluso al azar, lo llevaron al patio

y le ordenaron que corriera, para después dispararle por la espalda, aplicándole la ley fuga frente a las demás crujías. Los disparos resonaron como truenos, y el cuerpo cayó como saco, tiñendo el piso de rojo. Los presos que lo habían presenciado, gritaron y golpearon las rejas, pero los rifles de los soldados los callaron.

Celerino, obligado a mirar desde un rincón, temblaba como hoja. Sabía que Arriaga estaba perdiendo el control, y que su furia pronto lo alcanzaría. Corrió al apando al amanecer, para susurrarle a José Ortiz desde la reja mientras un soldado patrullaba cerca.

—Sapo, esto es una masacre —balbuceó—. Te azotó como perro, mató a uno de la «F». ¡Arriaga está loco! Me va a encontrar, lo sé. ¿Qué hago?

José Ortiz, tirado en el suelo con la espalda en carne viva, levantó la cabeza con esfuerzo. La sangre le corría por el torso, pero sus ojos aún ardían.

—Calma, pinche Celerino —jadeó, con voz rota pero firme—. Esto no me tumba. Es Arriaga quien cava su propia tumba. Dile a La Chiquis que hable con los jotos de su crujía. Que les cuenten a los presos de las demás crujías lo que hace Arriaga por las noches. Que corra la voz. Y tú, busca a El Mudo. Ofrécele mota pa' que hable conmigo. Necesito un celador adentro.

Celerino asintió, con el miedo comiéndoselo vivo, y se fue. Los días siguientes, la venganza de Arriaga continuó: más ejecuciones, más hambre, más sangre. Pero el plan de El Sapo empezó a moverse. La Chiquis desde su crujía, comenzó a contarles a los reclusos de todo el penal, sobre las noches del director, y el rumor se extendió como fuego. Los presos, ya al límite, comenzaron a gritar desde las celdas: «¡Arriaga maricón! ¡Arriaga joto!». La humillación golpeó al capitán como un puñetazo, y su furia creció.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

El Mudo, sobornado por Celerino con un carrujo, llegó al apando en la noche, callado pero curioso. José Ortiz lo miró desde el suelo, con la voz débil pero afilada.

—Arriaga se hunde, Mudo —susurró—. Ayúdame, y te hago rico aquí adentro. Necesito salir una noche. Solo una.

El Mudo asintió, sin decir palabra, y se fue. Arriaga, cegado por su venganza, no vio la red que se tejía. Había herido a El Sapo, pero no lo había quebrado. Y en Lecumberri, un rey herido era más peligroso que nunca.

CAPÍTULO 13 EL INFIERNO DESATADO

Lecumberri había sido un polvorín durante días, y la venganza de Arriaga fue la chispa que lo hizo estallar. Los reclusos, hambrientos y furiosos tras la ejecución, los latigazos y el encierro, rugían desde las crujías como bestias enjauladas. El rumor sobre las noches de Arriaga con La Chiquis y los jotos de la crujía «J» corrió como gasolina, encendieron el odio contra el director. Los soldados, agotados y superados en número, apenas mantenían el control, mientras los celadores restantes temblaban ante la tormenta que se avecinaba. El Sapo, herido pero vivo en el apando, sabía que este era su momento. El infierno estaba listo para desatarse, y él sería el demonio en el centro.

El Mudo llegó al apando esa noche, con su cara de piedra y un manojo de llaves robadas. No dijo nada, solo miró a José Ortiz y asintió, soltándole los grilletes con manos firmes. El recluso se levantó con la espalda aún sangrante, bajo las vendas rotas, y el cuerpo tembloroso por el dolor, pero sus ojos saltones brillaban con una furia inhumana. El celador le pasó un clavo envuelto en un trapo y un pedazo de metal filoso como puñal, después de susurrarle una sola palabra:

—Ahora.

El Sapo sonrió, una mueca torcida que prometía sangre.

—Gracias, Mudo. Esto no lo olvido.

El celador salió rápido, dirigiéndose a la crujía «O». Allí, con un silbido discreto, dio la señal a un grupo de reclusos leales a José Ortiz. En minutos, el caos estalló. Los presos rompieron las rejas con trozos de metal y piedras, gritaban como posesos.

—¡Abajo Arriaga! ¡Muerte al joto! —rugían, mientras corrían al patio, armados con cualquier cosa que pudieran encontrar: clavos, rejas rotas, hasta pedazos de madera arrancados de las mesas.

Celerino, alertado por el estruendo, corrió al apando con el corazón en la garganta. El soldado que lo vigilaba estaba distraído, peleaba con un recluso que lo había emboscado en el pasillo. Celerino abrió la puerta y encontró a José Ortiz ya libre, de pie y listo.

—¡Vamos, Sapo ya puedes salir! —jadeó—. ¡El penal está en llamas! Arriaga está en la torre, pero no por mucho. ¡Tienes que matarlo ya!

José Ortiz lo agarró del brazo, con una fuerza que no parecía posible en su estado.

—Llévame al patio, pinche Celerino —gruñó—. Y quédate cerca. Esto se acaba hoy.

El patio era un campo de batalla. Reclusos y soldados chocaban en una gresca brutal, todos contra todos. Un preso apuñaló a un guardia en el estómago con un clavo, mientras otro era abatido por un disparo en la cabeza. El Mudo lideraba un grupo de la cruzía «O», al tiempo que golpeaba a un soldado con una reja hasta dejarlo inmóvil. Los gritos, el metal y la sangre llenaban el aire, el polvo se alzaba como una niebla roja. Los celadores intentaban huir, pero los presos los cazaban como perros, vengándose de años de abusos.

El Sapo salió al caos, con Celerino detrás, moviéndose como una sombra entre los cuerpos. Con el pedazo de metal y el clavo, buscaba a Arriaga. El director estaba en la torre, disparaba desde arriba con una pistola, mientras ordenaba a sus soldados:

—¡Mátenlos a todos! ¡No dejen a nadie vivo!

Pero el número lo superaba. Los reclusos trepaban por las paredes, tiraban piedras y armas improvisadas. Un soldado cayó desde la torre, con el cráneo abierto por un golpe. Arriaga, con una cojera evidente y furioso, bajó al patio, pistola en mano, dispuesto a enfrentar la marea él mismo.

El Sapo lo vio y corrió hacia él, esquivó un disparo que le rozó el hombro. La adrenalina lo mantenía en pie, ignoraba el dolor de su espalda destrozada. Arriaga lo encaró, con los ojos desorbitados de odio.

—¡Tú, maldito! —rugió el capitán, apuntándole al pecho—. ¡Esto es tuyo, y vas a morir por ello!

Disparó, pero José Ortiz se lanzó al suelo y rodó entre el polvo. El tiro falló, y antes de que Arriaga pudiera ajustar la mira, El Sapo saltó sobre él como un animal. Clavó el pedazo de metal en la mano del director, obligándolo a soltar la pistola con un grito, y luego hundió el clavo en su pierna herida, torciéndolo con saña. El dolor lo hizo caer de rodillas, jadeante, mientras El Sapo lo sujetaba del cuello.

—¡Te dije que este lugar es mío, Arriaga! —gruñó, con la voz rota por el esfuerzo—. ¡Mueres hoy, perro!

El director intentó resistir, golpeándolo con un puño débil, pero José Ortiz era imparable. Le sacó el clavo de la pierna y se lo clavó en el pecho una, dos, tres veces, hasta que la sangre brotó como un río. Arriaga soltó un gorgoteo, con los ojos en blanco, y cayó al suelo, muerto entre el polvo y los gritos del motín.

El caos seguía a su alrededor. Los reclusos, al ver a Arriaga caer, rugieron con una mezcla de triunfo y locura. Los soldados, superados, empezaban a retroceder, algunos huían hacia las puertas del penal. El Mudo peleaba con un guardia, rompiéndole el brazo con una reja, mientras Celerino, escondido tras un muro, miraba con los ojos desorbitados.

El Sapo se levantó, tambaleándose, con el cuerpo cubierto de sangre —suya y de Arriaga—. Alzó el clavo al cielo y rugió con una voz que cortó el estruendo:

—¡Este es mi reino, cabrones! ¡Nadie me tumba!

Los reclusos respondieron con gritos, algunos levantaban los brazos en señal de victoria, otros uniéndose al combate contra los últimos soldados. El motín se convirtió en una batalla campal sin fin, con cuerpos cayendo por todos lados. Celerino corrió a su lado, tembloroso pero vivo.

—¡Lo hiciste, Sapo! —jadeó—. ¡Arriaga está muerto! ¿Qué sigue?

José Ortiz lo miró, agotado, con la cara retorcida de dolor y triunfo.

—¡Que siga el desmadre, pinche Celerino! —dijo—. Que sepan quién manda. Y tú, no te me rajes ahora.

El penal era un infierno desatado, todos contra todos donde el orden había muerto con Arriaga. El Sapo se mantuvo en pie, rey de las ruinas, mientras el fuego y la sangre consumían Lecumberri. Su venganza estaba completa, pero el costo era un caos que nadie podía controlar.

En el recuento de los daños: el motín que destrozó Lecumberri dejó un rastro imborrable. El patio estaba sembrado de cadáveres —reclusos, soldados, celadores—, y las paredes del Palacio Negro tenían marcas de sangre y balas que contaban una historia de caos absoluto. Arriaga yacía muerto, su cuerpo pisoteado por la turba, y El Sapo se alzaba como un rey entre las ruinas, con el clavo ensangrentado en la mano y los ojos saltones que brillaban de triunfo. Los presos lo vitoreaban, algunos hasta gritaban su nombre, mientras los pocos soldados y celadores que quedaban huían o se rendían. Pero la victoria de José Ortiz duró lo que tarda un grito en apagarse.

La noticia del infierno desatado llegó rápido a las autoridades. Los periódicos hablaron de una masacre sin precedentes: un director muerto, decenas de bajas, y un penal fuera de control. El presidente, furioso por el escándalo que manchaba su gobierno, convocó una reunión de emergencia. No podían permitir que Lecumberri siguiera siendo un símbolo de anarquía. Esa misma noche, se firmó una orden: un nuevo director sería enviado con mano de hierro, y José Ortiz Muñoz, El Sapo, sería sacado del Palacio Negro y enviado a las Islas Marías, el infierno insular donde los presos iban a pudrirse bajo el sol y el mar.

Al amanecer del tercer día tras el motín, un convoy militar irrumpió en Lecumberri. Camiones blindados y un centenar de soldados armados con rifles y bayonetas tomaron el penal, aplastaban cualquier resistencia. El nuevo director, el general Ignacio Valdés, bajó del primer vehículo. Era un hombre corpulento, de pelo gris y ojos fríos como el acero, con una reputación de haber quebrado rebeliones en el sur con tácticas brutales. No venía a negociar; venía a limpiar.

Valdés ordenó un despliegue inmediato. Los soldados rodearon las crujías, disparaban al aire para someter a los reclusos, mientras un pelotón especial bajó al apando. El Sapo estaba ahí, encadenado otra vez por Celerino tras el motín, con la espalda en carne viva y el cuerpo débil por la pérdida de sangre. Cuando la puerta se abrió de golpe, levantó la vista y enfrentó a los soldados con una sonrisa torcida.

—Vaya, hasta mandaron al ejército por mí —gruñó, con voz reposa—. ¿O fue por el desmadre?

El sargento al mando, un tipo joven con cara de piedra, no respondió. Dos soldados lo agarraron por los brazos, arrancándolo del suelo, mientras un tercero le puso grilletes nuevos, más pesados. Valdés entró al apando minutos después, miró a El Sapo como quien observa una rata en una trampa.

—Tú eres Ortiz Muñoz —dijo, con voz grave—. El famoso Sapo. Hiciste de este lugar tu circo, pero se acabó. Por orden presidencial, te vas a las Islas Marías. Y aquí, voy a barrer tu mierda hasta que no quede nada.

José Ortiz escupió al suelo, con un hilo de sangre que brotaba de su boca.

—Limpia lo que quieras, cabrón —respondió—. Este lugar es mío. Siempre lo será.

Valdés no se inmutó. Hizo una señal, y los soldados arrastraron a El Sapo fuera del apando, a través del patio donde los reclusos, ahora encerrados tras las rejas, lo miraban en silencio. Algunos gritaron su nombre, otros golpearon los barrotes, pero los rifles de los soldados los callaron rápido. Celerino, escondido entre los celadores, vio pasar a José Ortiz con los ojos llorosos, sabía que su protector se iba. El Mudo observaba desde un rincón, con la cara impassible, mientras La Chiquis sollozaba en la crujía «J».

Lo subieron a un camión blindado, encadenado al suelo como animal. El convoy salió de Lecumberri entre el rugido de los motores y el polvo, al tiempo que dejaba atrás un penal que aún temblaba por el caos. El Sapo miró por una rendija, veía el Palacio Negro alejarse, y una risa seca escapó de su garganta. Había perdido el trono, pero lo había bañado en sangre antes de caer.

Mientras tanto, Valdés tomó el control con mano de acero. Ordenó que apandaran a los líderes del motín que aún vivían, incluyendo a varios de la crujía «O» que habían seguido a El Mudo. Al resto de los presos se les redujo el rancho a migajas. Los celadores, Celerino entre ellos, fueron interrogados bajo amenaza de muerte, pero nadie habló de José Ortiz; el miedo a su leyenda seguía vivo, incluso con él rumbo al exilio.

Días después, El Sapo llegó a las Islas Marías, un infierno de roca y sal en medio del Pacífico. El barco lo dejó en una playa

abrasada por el sol, donde guardias con fusiles lo recibieron con macanazos. Lo encerraron en una celda de piedra, más pequeña que el apando, con el mar que rugía afuera como un eco de su furia contenida. Los otros presos, curtidos por el sol y el trabajo forzado, lo miraron con recelo cuando lo vieron llegar.

—¿Quién eres tú, viejo? —preguntó uno, un tipo flaco con tatuajes en el cuello.

El Sapo lo encaró, con los ojos saltones que brillaban bajo la luz cruel.

—Soy el que mandaba en Lecumberri —respondió, con voz ronca—. Y aquí voy a mandar también.

El preso rio, pero la risa se le cortó cuando José Ortiz lo agarró del cuello con una mano temblorosa pero firme, lo apretó hasta que el otro jadeó. Los guardias lo separaron a golpes, pero el mensaje quedó claro: incluso en las Islas Marías, El Sapo no se rendiría.

En Lecumberri, Valdés seguía su purga, pero los reclusos susurraban el nombre de José Ortiz como un mito. Había sido destronado, enviado al exilio, pero su reinado de sangre seguía vivo en las paredes del Palacio Negro. Las Islas Marías podían ser su tumba, pero él las convertiría en su nuevo reino, o moriría intentándolo.

CAPÍTULO 14 EL REY SIN CORONA

Las Islas Marías eran un purgatorio abrasado por el sol, un pedazo de roca y sal en medio del océano donde el tiempo se pudría bajo el calor y el trabajo forzado. El Sapo pasó sus primeros días en una celda de castigo, un agujero de piedra sin luz donde el sudor y las ratas eran su única compañía. Los guardias lo habían recibido con macanazos y cadenas, asegurándose de que sintiera el peso de su nuevo destino. Pero él no se quebró; encorvado en la oscuridad, con la espalda que aún sangraba por los latigazos de Arriaga, planeaba cada paso, mientras esos ojos saltones brillaban como brasas en la penumbra.

Tras cinco días, la puerta de la celda se abrió con un chirrido. Dos guardias, quemados por el sol y con fusiles al hombro, lo sacaron a rastras. El jefe de la guardia, un hombre corpulento apodado El Gavilán por su nariz ganchuda y su mirada afilada, lo esperaba afuera, con los brazos cruzados y un puro apagado en la boca.

—Ortiz Muñoz, El Sapo —dijo, al tiempo que escupía al suelo—. Me llegaron tus antecedentes. En Lecumberri eras el diablo, ¿verdad? Aquí no hay tronos, cabrón. Te sacamos del castigo, vas a estar con los colonos, pero te advierto: te portas bien o te pudres en un hoyo hasta que el mar te lleve. ¿Entendiste?

José Ortiz lo miró, con una sonrisa torcida que apenas escondía el desprecio.

—Entendido, jefe —respondió, con voz ronca—. Soy un perro obediente.

El Gavilán gruñó, oliendo la mentira, pero no dijo más. Hizo una señal, y los guardias lo soltaron, empujándolo hacia el

campamento principal. Las Islas Marías no eran un penal común; los colonos, como llamaban a los presos, vivían en barracas de madera y trabajaban la tierra o el salitre bajo un sol que rajaba la piel. Tenían cierta libertad para moverse dentro del perímetro, vigilados por guardias en torres y patrullas armadas. Pero no era paz, era una tregua tensa, y El Sapo lo sintió apenas puso un pie en el terreno.

Los colonos lo miraron al llegar, un grupo de hombres curtidos por el sol, con la piel como cuero y los ojos hundidos por el hambre y el cansancio. Algunos cortaban madera, otros cargaban sacos de sal, pero todos pararon un instante para evaluar al recién llegado. José Ortiz caminó entre ellos, encorvado y cojeaba por las heridas, pero con la cabeza alta, como si aún llevara una corona invisible.

Esa noche, en la barraca asignada, un grupo de colonos se acercó mientras comía un pedazo de tortilla seca en un camastro destartado. El líder era un hombre flaco y alto, con una cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la mandíbula. Lo llamaban El Zopilote, y su fama en las islas era tan oscura como la de El Sapo en Lecumberri. Había matado a tres guardias en una revuelta años atrás y gobernaba a los colonos con un puño de hierro disfrazado de calma.

—Tú eres el famoso Sapo, ¿no? —dijo El Zopilote, con una voz grave que cortaba el aire—. Nos llegaron los cuentos. Dicen que mandabas en Lecumberri, que mataste a directores y celadores como si fueran moscas. Pero aquí no es tu patio, viejo. Aquí ya hay quien manda, y ese soy yo.

José Ortiz levantó la vista, masticaba despacio, con los ojos saltones fijos en El Zopilote. Los otros colonos, cinco hombres armados con varas y piedras afiladas, lo flanqueaban, listos para saltar.

—¿Eso dicen? —respondió El Sapo, con una risa seca—. No vengo a pedir permiso, pinche Zopilote. Pero si mandas aquí, demuéstalo. No me asustan los cuentos.

El Zopilote entrecerró los ojos, y uno de sus hombres, un tipo gordo apodado El Chanco, dio un paso adelante, blandiendo una vara.

—No te hagas el vivo, rana —gruñó—. Aquí no eres nadie. Si quieres ser rey, te quebramos las patas y te mandamos a cavar sal hasta que te mueras.

José Ortiz se puso de pie, lento pero firme, ignoraba el dolor que le subía por la espalda. Miró a El Chanco como si fuera una cucaracha, y luego a El Zopilote.

—No quiero tu trono, pendejo —dijo, con voz helada—. Pero no me pises, o te arranco las alas, pinche pajarraco. Pregúntale a los que me enfrentaron en Lecumberri... ah, no, no puedes, están todos muertos.

El aire se cargó de tensión. Los colonos murmuraron, algunos retrocedieron, otros apretaban sus armas. El Zopilote sonrió, pero era una sonrisa fría, de depredador.

—Te doy un día pa' que te ubiques, Sapo —dijo—. Aquí no hay motines ni puñaladas por la espalda. Si te pasas, no son los guardias los que te matan; somos nosotros. Pórtate bien, como dijo El Gavilán, o te pudres en el mar.

El grupo se alejó, dejaban a José Ortiz solo en la barraca. Se sentó de nuevo, con el pedazo de tortilla en la mano, y masticó despacio, pensando. Las Islas Marías eran un terreno nuevo, más duro que Lecumberri, con reglas propias y un rey que no iba a ceder fácil. El Zopilote era un enemigo diferente, no un celador o un director, sino uno de los suyos, y eso lo hacía más peligroso.

Al día siguiente, lo mandaron a trabajar; cortaba madera en la costa, bajo un sol que quemaba como plomo fundido. Los

guardias vigilaban desde las torres, pero los colonos lo rodeaban, mirándolo con desconfianza. Uno, un viejo flaco apodado El Tuerto por su ojo ciego, se acercó mientras afilaban machetes.

—Ten cuidado, Sapo —susurró, sin mirarlo—. El Zopilote no bromea. Tiene a la mitad de los colonos en su bolsa, y los que no, están muertos o rotos. No eres el primero que llega queriendo mandar, y no vas a ser el último que cae.

José Ortiz gruñó, limpiándose el sudor de la frente.

—No vine a caer, viejo —respondió—. Vine a mandar. Si El Zopilote quiere guerra, la va a tener.

El Tuerto negó con la cabeza, pero no dijo más. Esa noche, en la barraca, El Sapo escondió una piedra afilada bajo su camastro, robada del trabajo. No iba a atacar aún; necesitaba tiempo, aliados, un plan. Las Islas Marías podían ser su tumba, pero él no se rendiría. El Zopilote tenía su reino, pero José Ortiz había construido el suyo en Lecumberri con sangre, y aquí haría lo mismo, aunque tuviera que arrancar cada pluma de ese pajarraco con sus propias manos.

Las Islas Marías no daban tregua. El sol castigaba sin piedad, el aire salado quemaba la piel, y el trabajo forzado doblegaba a los más fuertes. El Sapo llevaba dos días entre los colonos, cortaba madera y cargaba sal bajo las miradas hostiles de los hombres de El Zopilote. Su espalda seguía siendo una maraña de heridas abiertas, y cada movimiento le arrancaba un gruñido de dolor, pero no se quejaba. Sus ojos saltones vigilaban todo: los guardias en las torres, los colonos que susurraban a su paso, y sobre todo a su nuevo enemigo, el rey de este infierno que lo miraba como a una amenaza que había que aplastar.

El choque llegó al tercer día, en la costa donde los colonos cortaban troncos para las barracas. José Ortiz trabajaba solo, afilaba un machete con una piedra, cuando El Zopilote se acercó, flanqueado por El Chancho y otro colono flaco apodado Dientes

por su sonrisa torcida llena de huecos. Los tres llevaban varas afiladas, y sus pasos levantaban polvo en la arena.

—Sapo —dijo El Zopilote, con esa voz grave que resonaba como un tambor—. Te dije que te ubicaras. Pero aquí estás, miras como si esto fuera tuyo. ¿Qué traes, cabrón? ¿Crees que puedes brincar aquí como en Lecumberri?

José Ortiz dejó el machete en el suelo y se enderezó, con una lentitud que escondía su furia. Los colonos cercanos pararon de trabajar, formaron un semicírculo silencioso. Los guardias en las torres miraban, pero no intervenían; en las Islas Marías, las peleas entre presos eran tan comunes como las olas.

—No vine a brincar, pinche Zopilote —respondió El Sapo, con una sonrisa torcida—. Pero no me gusta que me pisen. Si quieres que me comporte, bájale a tus perros. O les arranco los dientes yo mismo.

El Chanco gruñó y dio un paso adelante con la vara en alto.

—¡Te voy a partir la madre, rana culera! —rugió, blandiendo el arma hacia la cabeza de José Ortiz.

Pero El Sapo era rápido, incluso herido. Se agachó para esquivar el golpe, y agarró el machete del suelo con un movimiento fluido. Antes de que El Chanco pudiera reaccionar, le cortó el muslo con un tajo profundo, arrancándole un grito que resonó en la playa. La sangre brotó, y el gordo cayó de rodillas, jadeaba con dificultad.

El Zopilote no se quedó quieto. Con un rugido, lanzó su vara como lanza, buscaba el pecho de El Sapo. Este giró a medias, y la punta le rozó el hombro, abriéndole una herida fresca sobre las cicatrices de los latigazos. El dolor lo cegó por un instante, pero la furia lo mantuvo en pie. Soltó el machete y se lanzó contra su atacante, embistiéndolo como toro hacia la pared.

Los dos cayeron al suelo y rodaron en la arena. El Zopilote era más alto y fuerte, pero José Ortiz peleaba con la rabia de un animal acorralado. Le dio un cabezazo en la nariz, rompiéndosela con un crujido, y luego intentó clavarle los dedos en los ojos. El pajarraco rugió, empujándolo con un golpe en el pecho que lo hizo retroceder, jadeante por falta de aire.

Dientes entró entonces y saltó sobre El Sapo con su vara. Le dio un golpe en la espalda, justo en las heridas abiertas, y el dolor lo hizo gritar por primera vez. Pero José Ortiz no se rindió; giró desde el suelo, agarró la pierna de su atacante y lo tiró con fuerza. Antes de que el flaco pudiera levantarse, El Sapo le arrancó la vara y se la clavó en su hombro, lo que hizo que chillara como cerdo.

El Zopilote se puso de pie, con la cara cubierta de sangre por la nariz rota, y sacó un clavo afilado de su cintura. Los colonos gritaban, algunos vitoreaban, otros retrocedían. Los guardias en las torres alzaron los rifles, pero El Gavilán gritó desde arriba:

—¡Déjenlos! ¡Que se maten solos!

El Sapo se levantó, tambaleándose, con la vara de Dientes en la mano. El Zopilote cargó, con el clavo en busca de su cuello. José Ortiz bloqueó el ataque con la vara, rompiéndola en dos, y respondió con un golpe en la rodilla del rival, haciéndolo trastabillar. Aprovechó el momento y le dio un puñetazo en la garganta, cortándole el aire.

El Zopilote cayó de rodillas, jadeante, pero no se rindió. Intentó apuñalarlo desde abajo, y el clavo rasgó el brazo de El Sapo, dejándole un corte rojo. José Ortiz gruñó, pateándole la mano para desarmarlo, y luego lo agarró del pelo, estrellándole la cara contra la arena con un golpe brutal.

—¡Aquí no hay rey pa' ti, pinche pajarraco! —rugió El Sapo, mientras El Zopilote gemía, con la cara hundida en el suelo.

Los guardias dispararon al aire entonces, y el tronido cortó la pelea. El Gavilán bajó con un pelotón, para apuntarle a El Sapo con un fusil.

—¡Basta, cabrones! —bramó—. ¡Al suelo, o los mato a los dos!

José Ortiz soltó a El Zopilote y levantó las manos, jadeaba, con la sangre corriéndole por el brazo y la espalda. El Chanco y Dientes yacían heridos, gemían en la arena, mientras El pajarraco se incorporaba con lentitud, con la cara destrozada y los ojos inyectados de odio.

El Gavilán lo miró a El Sapo, furioso, pero con un brillo de respeto involuntario.

—Te dije que te portaras bien, pinche Sapo —gruñó—. Vas al castigo otra vez. Y tú, Zopilote, limpia tu mierda. Esto no se queda así.

Los guardias separaron a los dos, arrastraban a José Ortiz de vuelta a la celda de castigo con macanazos. El Zopilote se quedó en la playa, escupía sangre, mientras sus hombres lo ayudaban a levantarse. Los colonos murmuraban, algunos con miedo, otros con admiración. El Sapo había perdido la pelea por ahora, pero había dejado claro que no era presa fácil.

Encadenado otra vez en la oscuridad, José Ortiz sonrió, con el dolor quemándole el cuerpo. El Zopilote podía mandar, pero él le había dado el primer zarpazo. Las Islas Marías no lo doblegarían; si no querían que él fuera el rey, tendrían que matarlo primero. Y él no iba a caer sin llevarse a ese pajarraco al infierno.

CAPÍTULO 15 EL REGRESO DE LA SOMBRA

El castigo en las Islas Marías era un tormento diseñado para quebrar el espíritu. El Sapo pasó siete días en la celda de piedra, encadenado a la pared con grilletes que le cortaban la carne de las muñecas. El sol se colaba por una rendija, quemándole la piel ya cubierta de heridas, mientras la poca agua que le daban apenas lo mantenía vivo. Los guardias, encabezados por El Gavilán, lo visitaban cada día, dándole macanazos en las piernas para recordarle su lugar. Pero José Ortiz no gritaba ni suplicaba; se limitaba a mirarlos con esos ojos saltones que brillaban como carbones, con una sonrisa torcida que ponía nervioso incluso a los más duros.

El octavo día, la puerta chirrió y El Gavilán entró con dos guardias. Soltaron los grilletes con un tirón brusco, dejándolo caer al suelo como un saco roto. El jefe de la guardia lo miró, con el puro apagado que colgaba de la boca.

—Te vamos asacar, Sapo —gruñó—. Pero no creas que esto es un premio. Te portas como hombre o te entierro aquí mismo. El Zopilote aún manda, y si vuelves a armar desmadre, no hay celda que te salve. ¿Entendiste?

José Ortiz se levantó con dificultad, con el cuerpo tembloroso por el hambre y el dolor, pero la cabeza alta. Escupió un hilo de sangre al suelo y asintió.

—Entendido, jefe —dijo, con voz rasposa—. Soy un santo ahora.

El Gavilán soltó una risa seca, pero sus ojos no se apartaron de él. Los guardias lo empujaron fuera, hacia el campamento de los colonos. El sol lo cegó al salir, y el aire salado le ardió en las heridas, pero El Sapo caminó con paso firme, como si el castigo no hubiera sido más que un mal sueño. Los colonos lo vieron

llegar desde las barracas y los campos de trabajo, parándose un instante para mirarlo. Algunos susurraban, otros apartaban la vista. Su pelea con El Zopilote había corrido como pólvora, y aunque había terminado en la celda de castigo, nadie lo veía como derrotado.

En la barraca, El Tuerto lo esperaba, sentado en un camastro con un machete a medio afilar en la mano. El viejo lo miró de arriba abajo, con su ojo bueno entrecerrado.

—Te ves como de la chingada, Sapo —dijo, con una media sonrisa—. Pero sigues vivo. Eso es más de lo que muchos esperaban después de meterte con El Zopilote.

José Ortiz se sentó a su lado, gruñía mientras se acomodaba. Agarró un pedazo de tortilla seca de una bandeja y lo masticó despacio.

—No me metí con él, viejo —respondió—. Él se metió conmigo. Y no terminé nada. Esto apenas empieza.

El Tuerto negó con la cabeza, pero no lo contradijo. Mientras El Sapo estaba en el castigo, las cosas habían cambiado. El Zopilote se había recuperado de la pelea, con la nariz torcida y un odio renovado. Había apretado su control, castigaba a los colonos que hablaran de José Ortiz con golpes y trabajos extra. El Chanco y Dientes, aún heridos, rondaban como perros fieles, asegurándose de que nadie olvidara quién mandaba. Pero el nombre de El Sapo seguía vivo, susurrante en las sombras como un eco de Lecumberri.

Esa tarde, lo mandaron de vuelta al trabajo, para cortar madera en la costa. Los colonos lo miraban de reojo, y El Zopilote apareció poco después, con su cicatriz brillante bajo el sol y una vara nueva en la mano. No dijo nada al principio, solo se plantó a unos metros, observándolo mientras cortaba un tronco. El Chanco y Dientes estaban detrás, con las heridas vendadas pero los ojos llenos de rencor.

Al final, El Zopilote habló, con voz baja pero cortante.

—Volviste, rana —dijo—. Pensé que El Gavilán te iba a dejar pudrirte. Pero aquí estás, cojeas como perro pateado. ¿Todavía traes ganas de brincar?

José Ortiz dejó el machete en el suelo y lo encaró, con la espalda recta a pesar del dolor.

—No busco pleito, pinche Zopilote —respondió, con una calma helada—. Pero si me pisas, te pico. Ya lo probaste una vez.

Los colonos se tensaron, esperaban otro choque. El Zopilote apretó la vara, pero no se movió. Los guardias en las torres alzaron los rifles, y El Gavilán gritó desde lejos:

—¡Nada de desmadre, cabrones! ¡A trabajar o los encierro a los dos!

El Zopilote escupió al suelo, con los ojos fijos en El Sapo.

—Te observo, José Ortiz —dijo—. Un paso en falso, y te arranco la lengua. Aquí mando yo, y no hay lugar pa' dos reyes.

Se alejó con sus hombres, mientras dejaba a El Sapo solo con el machete y el tronco. Pero el mensaje estaba claro: la guerra no había terminado, solo estaba en pausa. Esa noche, en la barraca, El Tuerto se acercó otra vez, susurraba mientras los demás dormían.

—El Zopilote está nervioso, Sapo —dijo—. No lo admite, pero tu pelea lo sacudió. Algunos colonos hablan de ti, dicen que no te doblas. Si quieres moverte, ahora es cuando. Pero ten cuidado; él tiene más ojos que un zopilote de verdad.

José Ortiz asintió, al tiempo que miraba la piedra afilada que había escondido bajo el camastro.

—No voy a correr, viejo —respondió—. Pero no voy a pelear como idiota tampoco. Si El Zopilote quiere mi cabeza, que venga por ella. Yo voy a buscar la suya primero.

Al día siguiente, el trabajo siguió, pero el ambiente era diferente. Los colonos empezaban a dividirse: algunos seguían a El Zopilote por miedo, otros miraban a El Sapo con curiosidad, incluso respeto. Un joven flaco apodado El Ratón, que cargaba sal al lado de José Ortiz, se atrevió a hablar mientras los guardias no miraban.

—Oí lo que hiciste en Lecumberri, Sapo —susurró—. Si es verdad, aquí podrías mandar. El Zopilote es duro, pero tú... tú eres otra cosa.

José Ortiz lo miró, con una chispa en los ojos.

—Guarda tus palabras, pinche Ratón —dijo—. Pero si quieres apostar por mí, estate listo. Esto se va a poner feo.

El regreso del castigo no fue un regreso a la paz. El Sapo estaba débil, herido, pero vivo, y eso bastaba para que su sombra creciera. El Zopilote lo sabía, y los colonos lo sentían. Las Islas Marías eran un tablero nuevo, y el primer choque había sido solo el comienzo. La guerra por el trono estaba en marcha, y José Ortiz no iba a detenerse hasta que la corona fuera suya o la sangre lo ahogara.

Las Islas Marías eran un horno de sal y sudor, pero también un terreno fértil para el descontento. El Zopilote había gobernado a los colonos con mano dura durante años, usaba el miedo y las palizas para mantener su trono. Pero no todos estaban conformes. Algunos recordaban días antes de su reinado, cuando el trabajo se compartía y los guardias no eran tan crueles por su influencia. El Sapo lo olió en el aire desde su regreso del castigo: el rencor contra El Zopilote era una grieta que podía abrirse con las palabras correctas y un poco de sangre. Y él sabía cómo jugar ese juego.

Cada día, mientras cortaba madera o cargaba sal bajo el sol abrasador, José Ortiz observaba. Sus ojos saltones captaban las miradas furtivas, los murmullos apagados, los gestos de cansancio entre los colonos. No atacaría a El Zopilote de frente otra vez; había aprendido en Lecumberri que un rey no solo pelea, también manipula. Su espalda seguía siendo un mapa de cicatrices, y su cuerpo estaba débil, pero su mente estaba afilada como un machete recién limado.

El primer paso fue El Ratón, el joven flaco que había hablado con él días antes. Durante una pausa en el trabajo, mientras los guardias fumaban a la sombra, El Sapo se acercó, fingía ajustar un saco de sal a su lado.

—Oíste bien, Ratón —susurró, sin mirarlo—. En Lecumberri mandé porque supe mover a los míos. Aquí puedo hacer lo mismo. ¿Qué te tiene hartado de El Zopilote?

El Ratón dudó, al tiempo que miraba alrededor, pero el hambre en sus ojos lo delató.

—Nos chinga a todos, Sapo—respondió, bajando la voz—. Se queda con lo mejor del rancho, nos manda a los peores trabajos y si alguien se queja, El Chanco lo rompe. Antes no era así. Yo quiero algo mejor, pero... tengo miedo.

El Sapo sonrió, una mueca torcida que prometía más que palabras.

—No tengas miedo, pinche Ratón —dijo—. Quédate cerca de mí. Si me sigues, te doy comida y protección. El Zopilote no va a durar pa' siempre.

El Ratón asintió, con un brillo de esperanza, y ese fue el primer hilo de la red. El siguiente fue El Tuerto, el viejo que ya le había advertido sobre El Zopilote. Esa noche, en la barraca, José Ortiz le ofreció la mitad de su tortilla seca, un gesto pequeño pero poderoso en un lugar donde el hambre mandaba.

—Pa' que veas que no soy como él, viejo —dijo, pasándole el pedazo—. En Lecumberri, los míos comían primero. Si me das tu palabra, aquí será igual.

El Tuerto tomó la tortilla, masticándola despacio, a la vez que lo miraba con su ojo bueno.

—El Zopilote me debe una, Sapo —confesó—. Hace un año me quebró el brazo por pedir agua pa' mi hermano. Murió de sed por su culpa. Si vas por él, cuentas conmigo. Pero no soy pendejo; necesito algo más que migajas.

José Ortiz asintió, al tiempo que sacaba la piedra afilada de debajo del camastro y se la pasaba con discreción.

—Guarda eso, Tuerto —susurró—. Cuando llegue el momento, te doy un arma de verdad. Por ahora, habla con los que confías. Diles que El Sapo no olvida a los suyos.

El Tuerto guardó la piedra, con una chispa de respeto en la mirada, y se fue a su rincón. El tercer aliado vino sin buscarlo. Una tarde, cuando cargaba troncos, un colono corpulento apodado El Búfalo se acercó, con la cara roja de sudor y rabia. Había sido castigado por El Chanco esa mañana, obligado a trabajar doble por derramar un saco de sal.

— José Ortiz, te vi pelear con El Zopilote —dijo, con voz baja pero firme—. No te doblaste. Yo estoy harto de que me pisen. Si tienes un plan, dime qué hago. Quiero ver a ese cabrón en el suelo.

El Sapo lo miró, evaluándolo. El Búfalo era fuerte, un toro que podía ser útil en una pelea.

—Quédate conmigo, Búfalo —respondió—. Cuando sea tiempo, te digo dónde pegar. Por ahora, abre los ojos. Si El Chanco o Dientes se pasan contigo, me avisas.

La red crecía despacio, pero firme. El Ratón hablaba con los jóvenes, El Tuerto con los viejos, y El Búfalo con los fuertes. El Sapo no prometía marihuana ni billetes como en Lecumberri; aquí ofrecía comida, protección y venganza, monedas más valiosas en este infierno. Los colonos descontentos empezaban a mirarlo diferente, susurraban su nombre en las sombras, mientras El Zopilote seguía al mando desde su barraca, ajeno al murmullo que se alzaba contra él.

Una noche, mientras afilaban machetes para el trabajo, El Zopilote pasó con El Chanco y Dientes, deteniéndose frente a José Ortiz. Su nariz torcida y sus ojos oscuros lo estudiaron, olía algo que no podía nombrar.

—Estás muy callado, rana —dijo, con una sonrisa fría—. ¿Ya te cansaste de brincar, o traes algo entre manos?”

El Sapo levantó la vista, con el machete en la mano y una calma helada en la cara.

—Solo trabajo, pinche Zopilote —respondió—. No hay pleito si no me buscas.

El Zopilote gruñó, pero no insistió. Los guardias estaban cerca, y no quería otro castigo. Se alejó con sus hombres, pero El Chanco se quedó un segundo más, mirándolo con rencor por la herida en el muslo que aún lo hacía cojear.

Cuando se fueron, El Ratón se acercó, nervioso.

—Te olfatea, Sapo —susurró—. Si se entera de que hablas con nosotros, nos mata.

José Ortiz puso una mano en su hombro y apretó fuerte.

—Que huelo lo que quiera, pinche Ratón —dijo—. No va a encontrar nada hasta que sea tarde. Tú sigue con los tuyos. Esto se pone bueno pronto.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Los días pasaron, y la estrategia de El Sapo tomaba forma. Los colonos descontentos —El Ratón, El Tuerto, El Búfalo y unos pocos más— se reunían en secreto, compartiendo migajas y palabras. No eran un ejército, pero eran una chispa. José Ortiz sabía que no podía tumbar a El Zopilote solo con puños; necesitaba que los colonos lo hicieran por él, que el reinado del pajarraco se quebrara desde adentro. Cada mirada, cada susurro, era un paso hacia ese momento. Las Islas Marías serían su nuevo Lecumberri, y El Zopilote no lo vería venir hasta que el trono estuviera en llamas.

CAPÍTULO 16 LA RAÍZ DEL REINO

En las Islas Marías, el poder no se medía en armas ni en sangre derramada, sino en lealtad y comida. El Sapo lo entendió rápido. El Zopilote mandaba porque controlaba el rancho extra que robaba a los guardias y lo repartía entre sus fieles, dejaba a los demás con migajas. Pero esa avaricia era su debilidad, y José Ortiz la explotaría como un minero cava oro. Con El Ratón, El Tuerto y El Búfalo como base, empezó a tejer una red más amplia, ganándose a los colonos uno por uno con promesas, gestos y la sombra de su leyenda de Lecumberri.

El primer crecimiento vino por necesidad. Una mañana, mientras cargaban sacos de sal en la playa, El Sapo vio a un colono joven, un muchacho flaco apodado El Pájaro por su costumbre de silbar, quien se desplomó al suelo deshidratado por las altas temperaturas y la inclemencia de sol. El Chanco, el perro de El Zopilote, se acercó con una vara, listo para golpearlo por «flojo». José Ortiz actuó sin pensarlo: dejó su saco, se puso entre los dos y encaró al gordo.

—Déjalo, pinche Chanco —gruñó, con los ojos saltones y brillosos—. No ves que se está muriendo. ¿Qué ganas pegándole a un muerto?

El Chanco levantó la vara, furioso, pero los guardias en la torre alzaron los rifles, y El Gavilán gritó desde arriba:

—¡Nada de pleito, cabrones! ¡A trabajar!

El Chanco escupió al suelo y se alejó, cojeaba por la herida que El Sapo le había dejado días antes. José Ortiz ayudó a El Pájaro a levantarse, dándole un trago de su propia agua, un lujo que nadie compartía en las islas.

—Gracias, Sapo —jadeó El Pájaro, con la voz temblorosa—. Nadie se mete por mí. El Zopilote me tiene en la mierda desde que llegué.

José Ortiz lo miró, con una sonrisa torcida.

—No estás solo, pinche Pájaro —dijo—. Quédate conmigo, y no te pisan más. Yo cuido a los míos.

El Pájaro asintió, con los ojos brillantes de gratitud, y esa noche se unió a la barraca de El Sapo, sentándose cerca de El Ratón y El Tuerto. El gesto corrió entre los colonos: José Ortiz no solo peleaba, también protegía. Era un contraste con El Zopilote, que castigaba por placer y guardaba lo mejor para él.

El siguiente en caer fue La Chiva, un colono bajito y barbudo que había sido herrero antes de caer preso. Lo encontraron robando un pedazo de tortilla de la reserva de El Zopilote, y lo arrastraron al centro del campamento para una paliza pública. Dientes le dio un macanazo en las costillas, dejándolo retorciéndose en la arena, mientras el ave carroñera de su jefe miraba con una sonrisa fría.

El Sapo no intervino directo; sabía que los guardias lo vigilaban tras el castigo. Pero esa noche, mandó a El Ratón con un mensaje. El joven se acercó a La Chiva, que yacía en su camastro con el torso vendado con trapos sucios.

—José Ortiz dice que no te rindas, Chiva —susurró—. Dice que, si te unes a él, te da comida y te saca de esa mierda. Quiere saber si estás dentro.

La Chiva gruñó, con el dolor crispándole la cara, pero asintió.

—Dile que sí, Ratón —respondió—. Estoy harto de que me chinguen. Si El Sapo cumple, voy con él.

Al día siguiente, José Ortiz compartió su tortilla con La Chiva frente a todos, un acto pequeño pero cargado de significado. Los colonos lo vieron, y el murmullo creció: El Sapo no solo hablaba, actuaba. El Zopilote lo notó, y esa tarde mandó a El Chancho a rondar la barraca de El Sapo, tenía que buscar cualquier excusa para atacarlo. Pero El Búfalo se plantó en la entrada, con su cuerpo de toro para bloquear el paso, no quedándole más remedio que retirarse sin pelear, sabía que los guardias estaban atentos.

El grupo crecía, pero José Ortiz sabía que necesitaba más que lealtad; requería de un golpe que mostrara su poder. Una noche, cuando los colonos dormían, robó un pedazo de pescado seco de la reserva de los guardias, un riesgo que podía costarle la vida. Lo partió en trozos pequeños y lo repartió entre El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, El Pájaro y La Chiva, a la vez que susurraba en la oscuridad:

—Esto es lo que consigo pa' los míos —dijo—. Conmigo comen, no se mueren de hambre. Hablen con los que confían. Digan que El Sapo no se raja, que aquí hay pa' todos si me siguen.

El pescado, un lujo imposible en las islas, fue como oro. El Ratón habló con dos jóvenes más, El Flaco y El Perico, que odiaban a El Zopilote por haberlos traicionado en un trueque de sal. El Tuerto convenció a El Viejo Juan, un colono canoso que había perdido un dedo por orden del líder. El Búfalo trajo a El Toro, un gigante silencioso que solo quería vengarse de Dientes por una paliza pasada. Cada uno recibió una migaja del pescado y una promesa: con José Ortiz, tendrían más.

En una semana, el grupo pasó de cinco a diez, un círculo pequeño pero sólido. Se reunían en susurros, compartían comida robada y planeaban en las sombras. El Sapo los guiaba con calma, tejía su red sin levantar la voz. Una tarde, mientras afilaban machetes, El Zopilote pasó de nuevo, con El Chancho y Dientes a su lado, enseguida notó las miradas furtivas de sus seguidores de José Ortiz.

—Estás juntando ratas, rana —dijo, con voz cortante—. No creas que no lo veo. Esto te va a costar caro.

El Sapo siguió dándole filo al machete, sin alzar la vista.

—No sé de qué hablas, pinche ave carroñera —respondió—. Solo trabajo y como mi mierda. Si ves ratas, será porque tú las criaste.

El Zopilote apretó los puños, pero los guardias estaban cerca, y no podía arriesgarse a otro castigo. Se alejó, pero mandó a Dientes a vigilar la barraca esa noche. José Ortiz lo supo por El Pájaro, que silbó una advertencia desde el tejado. No dijo nada a su grupo, solo les dio una orden en voz baja:

—Sigan como si nada. Que crean que estoy solo. Cuando peguemos, no sabrán de dónde vino.

El grupo crecía, no en número masivo, sino en fuerza callada. El Sapo no buscaba un motín como en Lecumberri; aquí, el poder venía de la paciencia y la traición. Cada colono que se unía era un clavo en el ataúd de El Zopilote, y él lo clavaba con migajas, protección y la promesa de un reino donde no los pisaran. Las Islas Marías empezaban a susurrar su nombre otra vez, y pronto, ese susurro sería un grito.

El aire en las Islas Marías estaba cargado de sal y tensión. José Ortiz había pasado semanas para tejer su red, El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, El Pájaro, La Chiva y los demás —diez en total— eran su pequeño ejército, una fuerza callada que crecía en las sombras; entretanto, El Zopilote aún mandaba con su vara y su arrogancia. Pero El Sapo sabía que las palabras no bastaban; necesitaba un golpe, uno que mostrara a los colonos quién podía ser rey y a El Zopilote que su trono no era intocable.

La oportunidad llegó una tarde en la costa, donde los colonos cortaban madera bajo un sol que rajaba la piel. El Zopilote había conseguido un trueque con los guardias: a cambio de trabajo extra, les dieron una ración de pescado seco, un tesoro en

las islas. Pero como siempre, él y sus perros —El Chanco y Dientes— se quedaron con todo, dejando a los demás con tortillas rancias. Los colonos murmuraban, y José Ortiz lo vio en sus ojos: el hambre y el rencor eran el combustible que necesitaba.

Esa noche, en la barraca, reunió a su grupo en un rincón oscuro, susurraba mientras los demás dormían.

—Escuchen, cabrones —dijo, con voz baja pero firme—. El Zopilote se cree intocable con su pescado. Vamos a quitárselo y se lo repartimos a todos. Que vean quién cuida a los suyos. Pero tiene que ser rápido, sin que El Gavilán nos cache.

El Búfalo frunció el ceño, cruzándose de brazos.

—¿Cómo, Sapo? —preguntó—. Si nos cachan robando, nos fusilan.

José Ortiz sonrió, con los ojos saltones que brillaban en la penumbra.

—No vamos a robar como pendejos —respondió—. Vamos a hacer que El Chanco lo pierda. Pájaro, tú silbas pa' distraer a los guardias. Ratón y Chiva, ustedes jalan a Dientes pa' que no estorbe. Búfalo y Toro, conmigo por El Chanco. Tuerto, tú vigilas y avisas si viene El Zopilote. El resto, reparten el pescado cuando lo tengamos.

El Tuerto asintió, con la piedra afilada en la mano.

—Es arriesgado, Sapo —dijo—. Pero si sale bien, los colonos se van a dar cuenta de que no eres puro cuento.

—Va a salir bien, viejo —respondió José Ortiz—. Porque aquí no manda un pajarraco, manda un rey.

El plan se puso en marcha al amanecer, cuando El Zopilote y sus hombres comían su pescado en el patio, frente a los colonos hambrientos. El Pájaro empezó a silbar desde un tejado, un sonido agudo que llamó la atención de los guardias en la torre. El

Ratón y La Chiva se acercaron a Dientes, fingían pedirle un favor, y lo llevaron detrás de una barraca con charlas y empujones. El Zopilote miró a su alrededor, presentía algo raro, pero no vio venir el golpe.

El Sapo, El Búfalo y El Toro se movieron rápido. El Chanco estaba sentado, con un pedazo de pescado en la boca, cuando El Búfalo lo embistió por un lado, tirándolo al suelo con un rugido. El gordo gritó, al tiempo que soltaba la comida, y El Toro le dio un puñetazo en la cara que lo dejó aturdido. José Ortiz agarró el saco de pescado seco —tres piezas enteras— y lo alzó, mientras gritaba en el patio:

—¡Esto es pa' todos, cabrones! ¡No pa' un pinche gordo y su amo!

Los colonos rugieron, algunos corrieron hacia él, otros miraban con asombro. El Zopilote se levantó de un salto, con la vara en la mano y la cara roja de furia.

—¡Hijo de puta! —bramó, y cargó contra El Sapo.

Pero El Tuerto dio un grito desde la barraca:

—¡Guardias, Sapo!

El Gavilán y tres guardias bajaron de la torre, a la vez que disparaban al aire. José Ortiz tiró el saco a El Flaco y El Perico, que lo agarraron y corrieron a repartirlo entre los colonos hambrientos. La turba se lanzó sobre el pescado, rompiéndolo en pedazos mientras los guardias llegaban con macanas y gritos.

—¡Al suelo, cabrones! —rugió El Gavilán, apuntándoles con el fusil.

El Sapo levantó las manos, dejándose golpear en las piernas y tirándose al suelo. El Zopilote lo alcanzó, dándole un varazo en la espalda que abrió una herida vieja, pero los guardias lo detuvieron antes de que siguiera.

—¡Basta, Zopilote! —gritó El Gavilán—. ¡Esto lo arreglo yo!

José Ortiz fue arrastrado al castigo otra vez, con El Búfalo y El Toro a su lado, pero el golpe ya estaba dado. Mientras lo llevaban, vio a los colonos que comía el pescado, algunos gritaban su nombre, otros miraban a El Zopilote con desprecio. El Chancho se levantó con dificultad, cojeaba y tenía la cara hinchada, Dientes corrió a ayudar, pero el daño estaba hecho. El saco estaba vacío, y la autoridad del líder se tambaleaba.

En la celda de castigo, encadenado otra vez, El Sapo sonrió entre jadeos de dolor. El Ratón había escapado a la captura, y esa noche susurró a los colonos desde las barracas:

—José Ortiz nos dio comida, cabrones. El Zopilote nos mata de hambre. ¿Quién manda pa' ustedes?

La pregunta quedó en el aire, pero las respuestas empezaron a cambiar. El Viejo Juan se unió al grupo, traía a dos más, El Manco y El Sordo, que odiaban a El Zopilote por castigos pasados. Otros, sin unirse aún, hablaban de El Sapo con respeto. El golpe no había tumbado al líder, pero le había arrancado una pluma, y los colonos lo notaron.

El Zopilote pasó la noche en su barraca, furioso, mientras golpeaba a Dientes por no haberlo advertido. Mandó a El Chancho a vigilar a los colonos, pero el gordo estaba débil, y su miedo se notaba. José Ortiz estaba en el castigo, pero su sombra crecía. El primer mordisco había sido pequeño, pero profundo, y la guerra por las Islas Marías estaba más viva que nunca.

CAPÍTULO 17 EL SAPO SE CRECE COMO LÍDER

El castigo en las Islas Marías era un infierno diseñado para doblegar, pero El Sapo lo soportó como si fuera un desafío más. Cinco días pasó encadenado en la celda de piedra, con El Búfalo y El Toro a su lado, soportaban el calor, el hambre y los macanazos de los guardias. El Gavilán los visitaba cada mañana, golpeándolos con una vara para recordarles el precio de su rebelión. Pero José Ortiz no se quebró; sus ojos saltones brillaban en la oscuridad, y cada golpe parecía alimentar su furia en lugar de apagarla. Sabía que afuera, el golpe al pescado de El Zopilote había cambiado las cosas, y eso era lo que importaba.

El sexto día, la puerta se abrió con un chirrido, y El Gavilán entró con dos guardias armados. Soltaron los grilletes de los tres, dejándolos caer al suelo como trapos rotos. El jefe de la guardia los miró, con el puro apagado en la boca y una mueca de disgusto.

—Otra vez afuera, Sapo —gruñó—. Tú y tus perros. Pero te lo advierto por última vez: un desmadre más, y no sales vivo de aquí. El Zopilote está que echa chispas, y yo no voy a limpiar tu desastre eternamente.

José Ortiz se levantó despacio, con las muñecas en carne viva y la espalda sangrante bajo las vendas sucias. Escupió al suelo, con un hilo de sangre en los labios, y sonrió torcido.

—No hay desmadre, jefe —dijo, con voz rasposa—. Solo hago lo que puedo con lo que me dan.

El Gavilán lo miró de manera fija, olfateaba la mentira, pero no dijo más. Los guardias los empujaron fuera, hacia el campamento de los colonos. El sol los golpeó como un martillo, y el aire salado les ardió en las heridas, pero El Sapo caminó con la cabeza alta, flanqueado por El Búfalo y El Toro, que cojeaban,

pero seguían firmes. Los colonos pararon de trabajar al verlos, y un murmullo recorrió el aire como una ola.

En la barraca, El Ratón y El Tuerto los esperaban, con El Pájaro que silbaba desde un tejado para avisar que no había guardias cerca. El Ratón corrió hacia José Ortiz, con los ojos brillantes de nervios y admiración.

—Sapo, lo hiciste, cabrón —susurró—. El pescado... todos hablaron de eso. Los que no están con nosotros ahora te miran diferente. El Zopilote está furioso, pero los colonos empiezan a dudar de él.

José Ortiz se sentó en un camastro, gruñía mientras se acomodaba, y miraba a su grupo. El Tuerto le pasó un pedazo de tortilla rancia, el único lujo que habían guardado.

—El Ratón tiene razón —dijo el viejo, con su ojo bueno fijo en él—. El Viejo Juan, El Manco y El Sordo están con nosotros. Y hay más: El Flaco y El Perico trajeron a dos más, El Pelón y La Rata. Dicen que si consigues comida, te siguen hasta el final. Pero El Zopilote no se va a quedar cruzado de brazos.

El Sapo masticó la tortilla despacio, mientras dejaba que las palabras se asentaran. El golpe al pescado había sido un riesgo, pero valió la pena. Su grupo creció de diez a quince, y los murmullos entre los colonos eran un eco de Lecumberri: José Ortiz cuida a los suyos, El Zopilote solo se cuida a sí mismo.

Esa tarde, lo mandaron de vuelta al trabajo, cortaba madera en la costa. Los colonos lo observaban diferente; algunos apartaban la vista con miedo, otros le hacían gestos discretos de respeto. El Pelón, un tipo calvo con tatuajes en los brazos, se acercó mientras afilaban machetes.

—Sapo, lo del pescado fue chingón —susurró—. Yo estaba antes con El Zopilote, pero me harté de que me pisara. Si vas por más, cuenta conmigo.

José Ortiz lo miró, evaluándolo, y asintió.

—Quédate cerca, Pelón —respondió—. Pronto va a haber más pa' repartir.

El ambiente había cambiado, pero El Zopilote no estaba ciego. Esa misma tarde, apareció en la costa, con El Chanco y Dientes a su lado, y una vara nueva en la mano. Su nariz torcida estaba hinchada, y sus ojos oscuros brillaban de rabia. Se plantó frente a El Sapo, con los colonos que miraban en silencio.

—Te crees muy listo, rana —dijo, con voz cortante—. Me robaste el pescado, armaste tu desmadre, y ahora sales del castigo como si nada. Pero esto no se queda así. Aquí mando yo, y voy a partirte la madre pa' que lo entiendas.

El Sapo dejó el machete en el suelo y lo encaró, con las manos a los lados, pero los músculos tensos.

—No robé nada, pinche Zopilote —respondió, con calma helada—. Solo tomé lo que no supiste cuidar. Si mandas, demuéstalo. Pero no llores por un pescado.

El Chanco dio un paso adelante, con la vara alzada, pero El Búfalo y El Toro se pusieron al lado de José Ortiz, El Pelón se unió desde atrás, con un machete en la mano. Los colonos murmuraron, y El Zopilote vio el cambio: no estaba solo contra El Sapo, estaba contra un grupo. Los guardias en las torres alzaron los rifles, y El Gavilán gritó:

—¡Sin pleito, cabrones! ¡A trabajar o los encierro otra vez!

El Zopilote apretó los dientes, pero retrocedió, llevándose a El Chanco y Dientes con él. No atacó, pero su mirada prometía sangre. José Ortiz lo vio irse, sabía que el pájaro carroñero estaba herido en su orgullo, y eso lo hacía más peligroso.

Esa noche, en la barraca, el grupo se reunió otra vez. El Pájaro silbó desde afuera para avisar que estaba despejado, y El Tuerto habló primero.

—El Zopilote te quiere muerto, Sapo —dijo—. Pero ahora somos más. El Pelón trajo a La Rata, y La Chiva convenció a El Cojo, un amigo que Dientes dejó cojo hace meses. Somos dieciséis. Si seguimos así, los colonos van a empezar a brincar pa' nuestro lado.

José Ortiz asintió, con una chispa en los ojos.

—Bien, cabrones —dijo—. No vamos a pelear todavía. Que El Zopilote se queme solo. Hablen con los demás, traigan más gente. Porque la próxima vez que peguemos, no va a ser un pescado; va a ser su cabeza.

El regreso del castigo no fue un regreso a la derrota. José Ortiz estaba más débil que nunca, pero su grupo crecía, y su nombre resonaba entre los colonos como un tambor. El Zopilote aún mandaba, pero el trono empezaba a tambalearse. El primer golpe había sido un mordisco; el próximo sería un zarpazo, y El Sapo estaría listo para darlo.

A los pocos días, dieciséis hombres en total lo seguían —El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, El Pájaro, La Chiva, El Toro, El Viejo Juan, El Manco, El Sordo, El Flaco, El Perico, El Pelón, La Rata, El Cojo y dos más que se unieron esa semana, El Diablo y El Cuervo—, todos hartos del reinado de El Zopilote. Preparándose para el próximo golpe que sería un incendio, y José Ortiz lo planeaba con la precisión de un cazador.

Pero el Zopilote no se había cruzado de brazos tras el robo del pescado. Ahora reforzaba su reinado, mandaba a El Chanco y Dientes a castigar a cualquiera que hablara de El Sapo, y sobornaba a los guardias con sal robada para que vigilaran más de cerca. Pero su arrogancia lo cegaba; creía que unos golpes y amenazas bastaban para mantener su trono. José Ortiz sabía que

el miedo solo duraba hasta que el hambre y el rencor lo superaban, y los colonos estaban al límite.

La oportunidad llegó una noche sin luna, cuando El Zopilote y sus hombres dormían en su barraca con una reserva de tortilla y pescado seco que habían arrancado a los guardias a cambio de trabajo extra. Era un tesoro pequeño, pero suficiente para alimentar a sus fieles y mantenerlos leales. El Sapo lo vio como el blanco perfecto: quitarles la comida y algo más, algo que doliera.

Reunió a su grupo en la oscuridad, detrás de una pila de troncos cerca de la costa, susurraba mientras el mar rugía a lo lejos.

—Escuchen, cabrones —dijo, con voz baja y afilada—. Esta noche pegamos duro. No solo les quitamos el rancho, les quitamos a uno de sus perros. El Chancho es el blanco. Pájaro, silbas pa' despistar a los guardias. Ratón, Flaco y Perico, arman ruido en el otro lado del campamento pa' jalar a Dientes. Búfalo, Toro y Pelón, conmigo a la barraca. Tuerto y Viejo Juan, vigilan. El resto, reparten lo que saquemos y esconden a El Chancho cuando lo tengamos.

El Búfalo gruñó, ajustándose un trapo en la mano como venda.

—¿Y si El Zopilote despierta, Sapo? —preguntó—. Nos van a querer matar.

José Ortiz sonrió, con los ojos saltones que brillaban en la penumbra.

—Que despierte, pinche Búfalo —respondió—. Quiero que vea cómo le arranco una pluma. Si sale bien, los colonos no van a dudar más. Somos el futuro aquí.

El plan arrancó con el silbido de El Pájaro, un sonido agudo que resonó desde el tejado de una barraca lejana. Los guardias en las torres giraron, al tiempo que apuntaban las linternas hacia

el ruido, mientras El Ratón, El Flaco y El Perico corrían al otro lado del campamento, tiraban piedras y gritaban como locos. Dientes salió de la barraca de El Zopilote, vara en mano, y corrió tras ellos, a la vez que maldecía en la oscuridad.

El Sapo lideró el ataque. Con El Búfalo, El Toro y El Pelón a su espalda, se colaron en la barraca de El Zopilote como sombras. El Chanco dormía cerca de la entrada, roncaba con un pedazo de tortilla en la mano. El Búfalo lo agarró por el cuello, tapándole la boca, mientras El Toro le ataba las manos con una cuerda improvisada de trapos. José Ortiz tomó el saco de comida —dos pescados y un puñado de tortillas— y lo alzó con un gruñido.

El Zopilote despertó entonces, saltando del camastro con un clavo afilado en la mano.

—¡Hijos de su puta madre! —rugió, lanzándose contra El Sapo.

Pero El Pelón lo interceptó, dándole un golpe en la pierna con una vara que lo hizo trastabillar. José Ortiz no dudó; pateó a El Zopilote en la cara, rompiéndole un diente, y le dio un puñetazo en la garganta que lo dejó jadeante en el suelo.

—No mandas tanto como crees, pajarraco —gruñó, antes de salir con el saco.

El Búfalo y El Toro arrastraron a El Chanco afuera, con El Pelón que cubría la retirada. El Tuerto silbó desde la esquina, para avisar que los guardias volvían. El Sapo tiró el saco a La Chiva y El Cojo, que corrieron a repartirlo entre los colonos de las barracas cercanas, mientras El Viejo Juan y El Manco escondían a El Chanco en un pozo seco detrás del campamento, amordazándolo con un trapo.

El caos estalló rápido. Los colonos despertaron con el ruido, y al ver el pescado y las tortillas en manos de La Rata y El Diablo, se lanzaron a comer, al tiempo que gritaban el nombre de José

Ortiz. El Zopilote salió de la barraca, cojeaba y sangraba, pero los guardias ya estaban ahí, disparaban al aire.

—¡Al suelo, cabrones! —bramó El Gavilán, mientras corría con un fusil.

El Sapo y su grupo se dispersaron, mezclándose con la turba. El Chancho no apareció, y Dientes volvió tarde, jadeante y sin saber qué pasó. El Zopilote rugió de furia, buscaba a José Ortiz entre los colonos, pero los guardias lo detuvieron con macanazos, llevándose a El Pelón y El Cojo al castigo por estar cerca del saco vacío.

Al amanecer, el campamento era un hervidero de rumores. El Sapo estaba libre, escondido entre los suyos, con la espalda que ardía, pero con una sonrisa torcida en la cara. El Chancho seguía perdido, y los colonos comían lo que habían robado, susurraban su nombre con asombro. El Zopilote estaba herido, humillado, y sin uno de sus perros. El golpe había sido más que comida; había sido un mensaje: José Ortiz no solo robaba, también quebraba.

Esa noche, El Ratón se acercó, con los ojos brillantes.

—Sapo, los colonos hablan —susurró—. Dicen que, si sigues así, más se van a unir. El Zopilote está débil ahora.

José Ortiz asintió, limpiándose la sangre de un corte en el brazo.

—Que hablen, pinche Ratón —dijo—. Y que se preparen. Esto no para hasta que ese pajarraco caiga.

Ese golpe había sido un zarpazo en la noche, y las Islas Marías temblaban. El Sapo estaba más cerca del trono, y la sangre de El Zopilote ya manchaba el camino.

CAPÍTULO 18 EL REINADO DE EL ZOPILOTE

El golpe de El Sapo dejó las Islas Marías en un caos silencioso, como la turbulencia antes de una tormenta. El robo del pescado y las tortillas, junto con la desaparición de El Chancho, había sido un zarpazo directo al corazón del reinado de El Zopilote. Los colonos despertaron al amanecer con el sabor del pescado seco en la boca, un lujo que no habían probado en meses, y el nombre de José Ortiz en sus labios. Pero el campamento no era solo alegría; era un polvorín de miedo, rencor y susurros, con el pajarraco carroñero herido y furioso, y los guardias al borde de una purga.

El Gavilán reunió a los colonos en el patio esa mañana, con los rifles de sus guardias que apuntaban al aire y su cara roja de rabia. El Pelón y El Cojo, capturados tras el golpe, estaban de rodillas, con las manos atadas y la cara llena de moretones. El Zopilote estaba aun lado, con la nariz sangrante y un diente menos, miraba a la turba con ojos de fuego. Dientes cojeaba detrás, con la vara temblándole en la mano.

—¡Esto se acabó, cabrones! —bramó El Gavilán—. Me harté de sus desmadres. Robaron comida, secuestraron a uno de los suyos. ¡Hablen ahora, o fusilo a estos dos y sigo con el que se me cruce!

Los colonos se miraron, pero nadie dijo nada. El Sapo estaba entre ellos, con la cabeza baja y las heridas frescas escondidas bajo un trapo sucio, fingía ser uno más. El Ratón y El Tuerto estaban cerca, callados pero atentos. El Chancho seguía escondido en el pozo seco, amordazado y vigilado por El Viejo Juan y El Manco, el secreto pesaba como plomo en el grupo de José Ortiz.

El Zopilote dio un paso adelante, con la voz rota por la furia.

—¡Fue el pinche Sapo! —rugió, señalándolo entre la multitud—. ¡Ese hijo de puta me robó y se llevó a El Chanco! ¡Dame su cabeza, Gavilán, o lo mato yo!

El Sapo levantó la vista, con una sonrisa torcida que apenas se notaba.

—¿Yo, pinche Zopilote? —dijo, con voz rasposa—. No séde qué hablas. Estaba dormido cuando pasó tu desmadre. Pregúntale a tus perros dónde dejaron tu comida.

Los colonos murmuraron, algunos rieron a escondidas. El Gavilán lo miró de forma fija, olía la mentira, pero no tenía pruebas. Dientes balbuceó algo sobre haber corrido tras un ruido, y El Zopilote lo calló con un golpe en el pecho.

—¡Cállate, pendejo! —gruñó—. ¡Fallaste, y ahora El Chanco no está!

El Gavilán alzó una mano, para cortar la discusión.

—No me importa quién fue —dijo—. Pero esto para aquí. Pelón y Cojo, cinco días en el castigo. Y ustedes, si no aparece El Chanco pa' mañana, corto el rancho a la mitad pa' todos. ¡A trabajar, cabrones!

Los guardias arrastraron a El Pelón y El Cojo al sótano, mientras los colonos se dispersaban, y gruñían por el castigo colectivo. El Zopilote miraba a José Ortiz, con la promesa de sangre en los ojos, pero no pudo tocarlo con los rifles de El Gavilán listos para disparar.

El día pasó en una calma tensa. Los colonos trabajaban bajo el sol, cortaban madera y cargaban sal, pero el aire estaba cargado de rumores. El Ratón y El Pájaro se movieron entre las barracas, susurraban a los indecisos: Con El Sapo comemos, con El Zopilote nos matan de hambre. El Viejo Juan y El Manco vigilaban a El Chanco en el pozo, dándole agua para mantenerlo vivo pero débil. El grupo de José Ortiz se mantuvo callado, pero

su número creció: El Sombra, un colono flaco que había perdido un ojo por Dientes, y El Jarocho, un pescador curtido que odiaba a El Zopilote por un trueque fallido, se unieron esa tarde, atraídos por el eco del golpe.

El Zopilote estaba herido en más que el cuerpo. Sin El Chanco, su fuerza bruta, y con Dientes nervioso y torpe, su control se tambaleaba. Mandó a sus pocos fieles a rondar las barracas, en busca de El Chanco y que vigilaran a El Sapo, pero los colonos empezaban a mirar al pajarraco carroñero con desprecio. Esa noche, en su barraca, golpeó a un joven que le pidió comida, dejándolo sangrante en el suelo, y el acto solo avivó el rencor.

El Tuerto se acercó a José Ortiz en la oscuridad, con El Búfalo y El Toro a su lado.

—Zopilote está perdido, Sapo —susurró—. Los colonos ya no lo quieren. Pero si El Chanco aparece, nos chingan. ¿Qué hacemos con él? ¿Lo matamos?

José Ortiz se limpió el sudor de la frente, pensativo.

—Que no aparezca todavía, Tuerto —respondió—. Déjenlo en el pozo un día más. Si El Gavilán corta el rancho mañana, los colonos van a culpar a El Zopilote por no controlar a sus perros. Y si lo encuentran después, que parezca que se perdió solo. Esto lo está matando más que un clavo.

El Búfalo gruñó, cruzándose de brazos.

—¿Y si nos delata, Sapo? —preguntó—. El Chanco sabe quién lo agarró.

José Ortiz sonrió, con una chispa helada en los ojos.

—No va a hablar, pinche Búfalo —dijo—. Le damos un pescado cuando lo soltemos, y le decimos que, si abre la boca, lo próximo que pierde no es comida. Es la vida.

Al día siguiente, El Gavilán cumplió su amenaza: el rancho se redujo a una tortilla rancia por colono, sin agua extra. Los murmullos se convirtieron en gritos:

—¡Por culpa de El Zopilote nos jodieron! —Dientes intentó calmarlos con amenazas, pero un grupo liderado por El Jarocho lo empujó al suelo, y los guardias tuvieron que disparar al aire para parar una revuelta. El Zopilote salió de su barraca, cojeaba furioso, pero los colonos lo miraron con odio, no con miedo.

Esa noche, El Viejo Juan susurró a El Sapo desde la barraca:

— José Ortiz, tres más quieren entrar: El Hierro, El Loco y La Pulga. Dicen que si seguimos la lucha contra El Zopilote... te siguen. Somos veinte ahora.

El Sapo asintió, recostándose contra la pared: su cuerpo adolorido, pero el alma en llamas.

—Que vengan, Viejo —dijo—. Esto ya no para. El Zopilote sangra, y pronto lo vamos a rematar.

Las consecuencias del golpe eran claras: José Ortiz tenía comida en las manos y sangre en su nombre, mientras El Zopilote perdía el control. El trono temblaba, y las Islas Marías empezaban a oler a un nuevo rey.

El pozo seco donde El Chancho estaba escondido era un agujero olvidado en las afueras del campamento, cubierto por una lona vieja y rodeado de arbustos resecos. Durante dos días, el gordo había estado ahí, amordazado con un trapo sucio y atado con cuerdas de trapo, vigilado por El Viejo Juan y El Manco. El golpe de El Sapo lo había sacado del juego, lo que dejaba a El Zopilote sin uno de sus perros más fuertes, pero ahora el tiempo corría. El Gavilán había cortado el rancho por su ausencia, y los colonos empezaban a preguntar. José Ortiz sabía que su preso era una bomba: vivo, podía delatarlos; muerto, podía encender una guerra con los guardias. Su destino tenía que ser preciso.

La noche del segundo día, El Sapo reunió a su núcleo duro en la barraca: El Ratón, El Tuerto, El Búfalo, El Toro y El Viejo Juan. Entretanto El Pájaro silbó desde el tejado, avisaba que los guardias estaban lejos, y el grupo habló en susurros bajo la luz tenue de una lámpara rota.

—José Ortiz, El Chanco sigue vivo, pero no aguanta mucho más —dijo El Viejo Juan, con la voz grave—. Le dimos agua salada, pero está débil. Si lo dejamos ahí, se muere solo. ¿Qué hacemos?

El Tuerto frunció el ceño, con la piedra afilada en la mano.

—Podríamos cortarle el cuello y tirarlo al mar —sugirió—. Que parezca que se escapó y se ahogó. El Zopilote se queda sin su gordo, y nosotros sin riesgo.

El Búfalo gruñó, cruzándose de brazos.

—Demasiado peligroso, Tuerto —respondió—. Si los guardias lo encuentran, nos chingan a todos. Mejor soltarlo, pero quebrado, pa' que no hable.

El Sapo escuchó, limpiándose el sudor de la frente con un trapo sucio. Sus ojos saltones brillaban en la penumbra, calculaban cada posibilidad. Matar a El Chanco era tentador, pero arriesgado; soltarlo vivo podía ser un arma si lo manejaba bien.

—No lo matamos todavía, cabrones —dijo al fin, con voz helada—. Lo soltamos, pero con un mensaje. Ratón, ve con Viejo Juan al pozo. Sáquenlo y llévenlo a la costa. Búfalo y Toro, conmigo. Vamos a darle una bienvenida pa' que entienda.

El plan se movió rápido. El Ratón y El Viejo Juan fueron al pozo bajo la oscuridad, con El Pájaro que silbaba para cubrir cualquier ruido. Quitaron la lona y encontraron a El Chanco tirado, jadeaba, con la cara hinchada y los ojos vidriosos. Lo

desataron, arrancándole la mordaza, y lo arrastraron a la playa, donde el mar rugía contra las rocas.

José Ortiz llegó con El Búfalo y El Toro, caminaban como una sombra entre los arbustos. El Chancho los vio y gruñó, con la voz rota por la sed.

—¡Hijos de la chingada! —jadeó—. ¡El Zopilote se los va a chingar a todos!

El Sapo se agachó frente a él, con una sonrisa torcida que helaba la sangre.

—No tan rápido, pinche gordo —dijo—. Te fuimos a sacar del pozo pa' que vivas. Pero escucha bien: abres la boca de quién te agarró, y lo próximo que te sacamos no es de un hoyo, es del mar, pedazo por pedazo.

El Búfalo lo agarró del cuello, levantándolo como si fuera un saco, y El Toro le dio un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse y toser bilis. José Ortiz sacó un pedazo de pescado seco —guardado del robo— y se lo metió en la boca al gordo.

—Come, Chancho —gruñó—. Esto es pa' que te calles. Diles a El Zopilote y El Gavilán que te perdiste cuando corrías el día del pleito. Si cantas otra cosa, te encontramos, y no hay pozo que te salve.

El Chancho tragó el pescado, con los ojos llenos de miedo y odio, pero asintió, tembloroso. El Ratón y El Viejo Juan lo dejaron en la playa, cojeaba, pero vivo, mientras el grupo se perdía en la oscuridad.

Al amanecer, El Chancho apareció en el campamento, tambaleándose y sucio, con una historia torpe: Me perdí cuando corría el día del pleito y caí en un pozo, apenas pude salir. El Gavilán lo miró con desprecio, pero aceptó la mentira; no había pruebas de otra cosa y todo volvió a la normalidad. El Zopilote lo recibió con un macanazo en la cara, furioso por su ausencia, pero

no sospechó del golpe directo de El Sapo. Dientes lo ayudó a sentarse, y el gordo se quedó callado, con el sabor del pescado en la boca y el miedo en el alma.

El regreso de El Chancho tuvo un efecto doble. Para El Zopilote, fue una humillación más: su perro fuerte había vuelto débil y sin respuestas, y los colonos lo notaron. Para José Ortiz, fue una victoria silenciosa. Su grupo lo celebró en susurros esa noche, con El Tuerto que sonrió por primera vez en meses.

—El Chancho no va a hablar, Sapo —dijo—. Lo vi en sus ojos. Está muerto de miedo. Y los colonos hablan más de ti ahora.

El Ratón asintió, emocionado.

—Dos más quieren entrar, Sapo —susurró—. El Chino y El Zarco. Dicen que si El Chancho no pudo con nosotros, El Zopilote está acabado.

José Ortiz se recostó en el camastro, con el cuerpo que ardía de dolor, pero la mente clara.

—Que vengan, Ratón —respondió—. Somos veintidós ahora. El Chancho fue el mensaje: conmigo viven, con El Zopilote se pierden. El próximo golpe lo rematamos.

El destino de El Chancho fue un giro maestro. Vivo pero quebrado, su silencio fortaleció a El Sapo y debilitó a El Zopilote. Los colonos veían la diferencia: uno daba comida y protección, el otro solo golpes y hambre. El trono temblaba más que nunca, y José Ortiz estaba listo para el siguiente zarpazo.

CAPÍTULO 19 EL REY DE LAS ISLAS MARIÁS

Las Islas Mariás estaban al borde del estallido. El Sapo había convertido su grupo de veintidós colonos en una fuerza silenciosa pero letal, una red de hombres hambrientos de cambio que veían en él lo que El Zopilote ya no podía darles: comida, protección y venganza. El regreso de El Chanco, débil y callado, había sido un golpe al orgullo del líder reinante, y los colonos lo susurraban en cada barraca: José Ortiz no solo robaba, también quebraba a los fuertes. Era hora de dar el siguiente paso, un ataque que no solo hiriera a el pajarraco carroñero, sino que lo dejara sangrante frente a todos.

El blanco se presentó una tarde en el patio. El Zopilote había negociado con El Gavilán un nuevo trueque: a cambio de una semana de trabajo doble en la sal, los guardias le dieron una caja de latas de sardinas, un tesoro raro en las islas. Él y sus fieles — El Chanco, aún cojeaba, y Dientes, nervioso como rata— planeaban guardarlo en su barraca, para repartirlo solo entre los suyos. El Sapo lo supo por El Pájaro, que silbó la noticia desde un tejado, y vio la oportunidad: quitarles las sardinas y hacer que los colonos lo vieran caer.

Esa noche, reunió a su grupo detrás de una pila de madera, bajo un cielo negro sin estrellas. Los veintidós estaban ahí, armados con varas, piedras y machetes robados, con los ojos brillantes de hambre y furia. José Ortiz habló en susurros, con la voz rasposa que cortaba el silencio.

—Escuchen, cabrones —dijo—. En este momento las sardinas son de El Zopilote, pero esta noche serán nuestras. Vamos a quitárselas y dárselas a todos, pa' que vean quién manda de verdad. Pájaro, Ratón y Flaco, distraen a los guardias con ruido en la playa. Búfalo, Toro, Pelón y Jarocho, conmigo a la barraca. Tuerto, Viejo Juan y Manco, vigilan. El resto, reparten las

latas cuando las tengamos. Y esta vez, si El Zopilote se mete, lo quebramos.

El Tuerto asintió, con la piedra afilada en la mano.

—Es grande, Sapo —dijo—. Si sale bien, los colonos no lo van a seguir más. Pero si El Gavilán nos catcha, nos fusilan.

José Ortiz sonrió, con los ojos saltones que brillaban como brasas.

—No nos va a cachar, Tuerto —respondió—. Vamos rápido y duro. El Zopilote se queda sin nada esta noche.

El ataque arrancó con el silbido de El Pájaro, agudo y largo, desde la costa. El Ratón y El Flaco corrieron con piedras, al tiempo que gritaban y las tiraban al mar, mientras los guardias en las torres volteaban y apuntaban las linternas hacia el ruido. El Sapo lideró el asalto, con El Búfalo, El Toro, El Pelón y El Jarocho a su espalda, deslizándose como sombras hacia la barraca de El Zopilote.

Dentro, El Chancho montaba guardia, con una lata abierta en la mano, mientras Dientes dormía y El Zopilote revisaba las sardinas en un rincón. El Búfalo entró primero y embistió al gordo como toro, tirándolo al suelo con un golpe en el pecho. El Chancho gruñó, pero El Toro le dio un macanazo en la cabeza que lo dejó aturdido. José Ortiz agarró la caja de sardinas —diez latas brillantes— y la alzó, mientras El Pelón y El Jarocho cubrían la entrada.

El Zopilote volteó por el ruido y saltó con el clavo afilado en la mano.

—¡Pinche rana! —rugió, lanzándose contra El Sapo.

Pero esta vez, José Ortiz estaba listo. Esquivó el clavo y le dio un golpe en la rodilla con una vara, haciéndolo caer. El Jarocho lo pateó en las costillas, y El Pelón le arrancó el clavo de la mano

con un tajo que le cortó los dedos. El Zopilote gritó, con la sangre que brotaba, mientras Dientes despertaba y cargaba con su vara. El Toro lo interceptó, rompiéndole el brazo con un golpe seco que lo dejó revolcándose en el suelo.

El Sapo salió con la caja a toda velocidad, al tiempo que gritaba:

—¡Esto es pa' todos, cabrones! ¡El Zopilote no manda más!

La Chiva, El Cojo, El Diablo y El Cuervo corrieron a tomar las latas, repartiéndolas entre los colonos que despertaban con el estruendo. La turba se lanzó sobre las sardinas, rompían las latas con piedras y comían con las manos, mientras los gritos al unísono vitoreaban.

—¡Sapo! ¡Sapo! —llenaban el aire.

El Tuerto silbó desde la esquina, para avisar que los guardias venían.

El Gavilán llegó con un pelotón, que disparaba al aire y rugía:

—¡Al suelo, hijos de su puta madre! ¡Se acabó el desmadre!

José Ortiz y su grupo se dispersaron, mezclándose con la multitud. El Zopilote salió de la barraca maltrecho, cojeaba y sangraba, El Chancho y Dientes heridos le seguían. Los guardias los separaron, golpeándolos con macanas, pero las sardinas ya estaban en manos de los colonos, y el daño estaba hecho.

Al amanecer, El Gavilán reunió a todos otra vez, furioso, con El Zopilote vendado y humillado a un lado.

—¡Ya me harté de esta mierda! —bramó—. ¡Cinco días sin rancho pa' todos, y al que hable, lo fusilo! ¡Encuentren al cabrón que hizo esto!

El Zopilote señaló a El Sapo, con los ojos inyectados de sangre.

—¡Fue él, Gavilán! —gritó—. ¡Dame su cabeza!

Pero los colonos callaron. José Ortiz estaba entre ellos, con la cara sucia y una calma helada. El Chanco y Dientes no hablaron; el miedo y las heridas los tenían mudos. El Gavilán mandó a El Jarocho y El Diablo al castigo por estar cerca de las latas vacías, pero no pudo probar nada contra El Sapo.

El golpe tuvo eco. Los colonos, aunque hambrientos por el castigo, comieron sardinas esa noche, y el nombre de José Ortiz resonó más fuerte. El Hierro, El Loco y La Pulga se unieron al grupo, llevando a tres más: El Gato, El Rengo y El Muerto. Veintiocho hombres ahora, casi un tercio del campamento, miraban a El Sapo como líder. El Zopilote estaba herido, con sus perros rotos y su autoridad en ruinas.

Esa noche, El Ratón susurró a José Ortiz en la barraca:

—Zopilote está acabado, Sapo. Los colonos dicen que si pegas otra vez, se acaba.

José Ortiz asintió, con la espalda adolorida pero el alma en llamas.

—Una vez más, Ratón —dijo—. Y el trono es mío.

El golpe del rey había sido brutal. El Zopilote sangraba, y las Islas Marías olían a un nuevo amanecer.

El momento llegó una noche de tormenta, cuando el cielo se quebró con relámpagos y el viento aullaba sobre las barracas. El Gavilán había reducido el rancho a migajas tras el último ataque, y los colonos estaban al límite, con el estómago que rugía y el odio que hervía. El Zopilote se había encerrado en su barraca con El Chanco y Dientes, para custodiar un puñado de tortillas rancias que había robado a los guardias, su última moneda de poder. El

Sapo lo supo por El Pájaro, que silbó la noticia desde la costa, y decidió que era ahora o nunca.

Reunió a su grupo en la oscuridad, bajo la lluvia que golpeaba como piedras. Los veintiocho estaban ahí, armados con varas, piedras, machetes y clavos, sus ojos brillaban con una furia que la tormenta solo avivaba.

—Escuchen, cabrones —dijo José Ortiz, con la voz rasposa que cortaba el viento—. Esta noche acabamos con El Zopilote. No más robos, no más juegos. Lo tumbamos y tomamos el campamento. Pájaro, Ratón y Flaco, arman ruido en la playa pa' jalar a los guardias. Búfalo, Toro, Pelón, Jarocho y Hierro, conmigo a la barraca. Tuerto, Viejo Juan y Manco, vigilan. El resto, cuando caiga, gritan mi nombre y despiertan a todos. Esto es pa' siempre.

El Búfalo asintió, con una vara en la mano.

—Va a pelear, Sapo —dijo—. Pero lo quebramos juntos.

El Tuerto sonrió, con la piedra afilada lista.

—Acáballo, José Ortiz —susurró—. Los colonos están listos pa' ti.

El golpe final arrancó con el silbido de El Pájaro, un sonido agudo que se perdió en el rugido de la tormenta. El Ratón y El Flaco corrieron a la playa, tiraban piedras y gritaban bajo la lluvia, mientras los guardias en las torres volteaban, confundidos por el caos. El Sapo lideró el asalto, con El Búfalo, El Toro, El Pelón, El Jarocho y El Hierro a su espalda, avanzaron como una marea negra hacia la barraca de El Zopilote.

Dentro, El Chanco estaba en la entrada, con una vara temblándole en las manos. El Búfalo lo embistió, rompiéndole el brazo con un golpe que lo tiró al suelo y lo hizo gemir. El Toro lo pateó en la cara, dejándolo inmóvil. Dientes corrió con un clavo en la mano, pero El Pelón lo atrapó, clavándole una vara en la pierna

y tirándolo contra la pared. El Zopilote despertó al ruido, saltó del camastro con su clavo afilado y un grito de rabia.

—¡Pinche rana! —rugió—. ¡Te mato hoy!

Cargó contra José Ortiz, pero esta vez no estaba solo. El Jarocho lo flanqueó, dándole un golpe en la espalda con un machete que lo hizo tambalearse. El Hierro le dio un puñetazo en la cara, rompiéndole la nariz otra vez, y El Sapo aprovechó: clavó su vara en el estómago de El Zopilote, torciéndola con saña hasta que la sangre brotó como un río. El líder cayó de rodillas, jadeaba, con los ojos desorbitados.

No mandas más, pajarraco —gruñó El Sapo, antes de darle un golpe final en la cabeza con una piedra, dejándolo tirado en el suelo, inmóvil pero vivo.

El Búfalo y El Toro arrastraron a El Zopilote afuera, bajo la lluvia, mientras El Pelón y El Jarocho sacaban las tortillas y las alzaban al cielo. El Tuerto silbó desde la esquina, y el resto del grupo salió de las sombras, para gritar:

—¡Sapo! ¡Sapo! ¡El rey!

Los colonos despertaron con el ruido, corrieron al patio bajo la tormenta. La Chiva, El Cojo, El Diablo y El Cuervo repartieron las tortillas, mientras El Ratón y El Pájaro volvían de la playa, uniéndose al coro. La turba rodeó a José Ortiz, que estaba de pie sobre El Zopilote, con la sangre que corría por su cara y una sonrisa torcida.

El Gavilán llegó tarde, con los guardias empapados y los rifles alzados. Dispararon al aire, pero la tormenta ahogó el sonido, y los colonos no se movieron. El Zopilote yacía en el lodo, con El Chanco y Dientes heridos a su lado, mientras El Sapo alzaba una tortilla y gritaba:

—¡Esto es pa' todos, cabrones! ¡Aquí mando yo ahora!

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

El Gavilán rugió, pero no pudo detenerlo. Los colonos lo rodearon, comían bajo la lluvia, y el campamento estalló en vítores. El Zopilote fue arrastrado al castigo por los guardias, vivo pero quebrado, con sus perros fuera de juego. Al amanecer, José Ortiz estaba en el centro del patio, con veintiocho fieles y el resto de los colonos mirándolo como rey. El Gavilán lo encaró, con furia pero sin opciones.

—Ganaste esta vez, Sapo —gruñó—. Pero no te pases, o te entierro.

El Sapo lo miró, con los ojos saltones que brillaban bajo la lluvia.

—No me paso, jefe —respondió—. Solo cuido a los míos.

El golpe final había caído. El Zopilote estaba destronado, y José Ortiz reinaba en las Islas Marías. El campamento era suyo, y la sangre en el lodo marcaba su corona.

CAPÍTULO 20 EL PADRE TRAMPITAS

La caída de El Zopilote dejó un silencio nuevo en las Islas Marías, uno que olía a lluvia y sangre lavada. El Sapo se alzó como rey entre los colonos, con veintiocho fieles a su espalda y el resto del campamento mirándolo con una mezcla de miedo, respeto y hambre. El pajarraco carroñero estaba en el castigo, con El Chanco y Dientes lamiéndose las heridas bajo la vigilancia de El Gavilán, pero el trono ya no les pertenecía. La tormenta de la noche anterior había bautizado a El Sapo como líder, y ahora tenía que gobernar, no solo pelear.

El primer día como rey, José Ortiz reunió a sus hombres en el patio, bajo un sol que quemaba como plomo. Los colonos lo rodeaban, algunos aún masticaban las tortillas robadas, otros esperaban ver qué haría el nuevo amo. Estaba herido, con la espalda sangrante y el cuerpo tembloroso de agotamiento, pero su voz rasposa cortó el aire como un machete.

—Escuchen, cabrones —dijo, con los ojos saltones y brillantes—. Aquí no hay más Zopilote pa' pisarlos. Conmigo comen, conmigo viven. Pero no es gratis: trabajamos juntos, y lo que consigamos es pa' todos. ¿Entendieron?

El Búfalo gruñó, cruzándose de brazos.

—¿Y cómo, Sapo? —preguntó—. El Gavilán nos tiene con migajas. Sin comida, esto se cae.

José Ortiz sonrió, torcido pero firme.

—Nosotros la conseguimos, pinche Búfalo —respondió—. No esperamos a que nos den. Ratón, Pájaro y Flaco, busquen trueques con los guardias. Tuerto, Viejo Juan y Pelón, organicen a los nuevos. El resto, conmigo a la costa. Vamos a pescar, a

robar, a lo que sea. Nadie se muere de hambre mientras yo mande.

El grupo se movió rápido. El Ratón, El Pájaro y El Flaco se colaron entre las torres, ofrecían trabajo extra a los guardias a cambio de pescado seco o sal sobrante. Eran rápidos y discretos, usaban el caos del cambio de mando para negociar sin que El Gavilán lo notara. Esa tarde, trajeron dos pescados pequeños, un lujo que El Sapo partió en trozos y repartió entre los más débiles: El Cojo, El Manco y La Pulga, que apenas podían trabajar.

El Tuerto y El Viejo Juan organizaron a los nuevos —El Chino, El Zarco, El Sombra, El Gato, El Rengo y El Muerto— asignándoles tareas: vigilar las barracas, afilar machetes, o juntar madera para trueques. El Pelón caminó entre los colonos indecisos, con su voz grave y su machete al cinto, para convencer a tres más —El Tigre, El Lobo y La Serpiente— de unirse al grupo. Ahora eran treinta y uno, y el campamento empezaba a girar en torno a José Ortiz.

El rey mismo bajó a la costa con El Búfalo, El Toro, El Jarocho y El Hierro. Bajo el sol abrasador, usaron cuerdas viejas y anzuelos improvisados de clavos para pescar. El Jarocho, curtido en el mar antes de caer preso, lideró el esfuerzo, enseñaba a los demás cómo lanzar y esperar. Horas después, sacaron tres peces flacos, pero suficientes para alimentar a diez hombres. El Sapo los cocinó en una fogata clandestina, repartía la carne entre su grupo y los colonos que se acercaban, con hambre en los ojos.

—Coman, cabrones —dijo, pasándoles pedazos—. Esto es lo que hago pa' los míos. Con El Zopilote se morían; conmigo, viven.

El gesto corrió como pólvora. Al día siguiente, El Diablo y El Cuervo encontraron un saco de sal abandonado por un guardia descuidado y lo trajeron a El Sapo. Él lo usó para negociar con El Gavilán de forma directa, ofrecía trabajo doble en la sal a cambio de un rancho decente por una semana. El Gavilán gruñó, pero

aceptó; no podía ignorar que El Sapo mantenía el campamento bajo control, algo que El Zopilote nunca logró del todo.

—Te portas bien, José Ortiz—dijo el jefe de la guardia, con el puro apagado en la boca—. Pero no te pases. Esto sigue siendo mío.

El Sapo asintió, con una calma helada.

—No me paso, jefe —respondió—. Solo cuido lo que es mío.

La semana pasó, y el rancho llegó: tortillas frescas y un pescado seco por colono, el primero en meses que no eran migajas. José Ortiz se aseguró de que todos comieran, incluso los que no lo seguían, ganándose miradas de gratitud y susurros de lealtad. El Lobo y La Serpiente convencieron a dos más, El Águila y El Grillo, el grupo creció a treinta y tres. Los colonos empezaban a arrodillarse ante él, no por miedo, sino por necesidad.

Pero El Sapo no se durmió. Mandó a El Pájaro y El Sombra a vigilar el castigo, donde El Zopilote seguía encerrado. Sabía que el pajarraco no estaba muerto, y un rey herido podía ser peligroso. El Tuerto le trajo noticias una noche, susurraba en la barraca:

—Sapo, El Zopilote sale en dos días —dijo—. El Chanco y Dientes están rotos, pero él sigue vivo. Si vuelve, va a querer sangre.

José Ortiz asintió, limpiándose el sudor de la frente.

—Que venga, Tuerto —respondió—. Lo espero con comida en la mano y un clavo en la otra. Este reino es mío ahora.

Bajo su mando, las Islas Marías cambiaron. No era paz, pero era orden. El Sapo cuidaba a su gente, conseguía pescado, sal y tortillas con trueques, robos y trabajo duro. Los colonos comían más, trabajaban juntos, y su nombre resonaba en cada barraca. Era un rey despiadado, pero justo, y su corona estaba

forjada en hambre y lealtad. El Zopilote podía volver, pero tendría que enfrentar un campamento que ya no lo quería, y a José Ortiz que no soltaba lo que era suyo.

El reinado de El Sapo en las Islas Marías había traído estabilidad, además prosperidad al campamento. Con treinta y tres colonos leales y el resto bajo su sombra, conseguía comida con trueques, robos y trabajo duro, manteniendo a su gente viva en un lugar diseñado para matarlos. Las barracas ya no temblaban de hambre, y su nombre se susurraba con respeto, incluso por los que antes lo temían. Pero no todo era controlable, y una mañana, bajo un sol incandescente, llegó una figura que nadie esperaba: el padre Trampitas, el sacerdote de las islas.

El padre Trampitas era una leyenda entre los colonos, un hombre de edad avanzada y curtido por el sol, con una sotana raída y un sombrero de paja que apenas le cubría la cara arrugada. Tenía fama de meterse en líos con los guardias para ayudar a los presos, ya fuera con una palabra o un pedazo de pan robado. Llegó escoltado por dos guardias, y bajó a la costa con una cruz de madera en la mano y una Biblia gastada bajo el brazo. El Gavilán lo recibió con un gruñido, pero no lo detuvo; el sacerdote era la única presencia que los mandos toleraban, un eco de piedad en el infierno.

El Sapo estaba en el patio, repartía un puñado de sal entre El Ratón y El Pájaro, cuando vio al padre acercarse. Los colonos se apartaron, algunos arrodillándose por costumbre, otros miraban con recelo. Trampitas caminó directo hacia él, con pasos lentos pero firmes, y se detuvo frente al rey, mirándolo con sus ojos cafés que parecían ver más allá de la piel.

—Tú eres José Ortiz Muñoz, El Sapo —dijo, con una voz ronca pero suave—. El que manda aquí ahora. Me hablaron mucho de ti, y veo que no exageraron.

El Sapo lo encaró, con los ojos saltones entrecerrados y una sonrisa torcida.

—¿Y tú quién eres, viejo? —respondió—. No necesito curas aquí. Mi gente come, y eso es lo que importa.

El padre Trampitas no se inmutó. Clavó su cruz en la arena y se sentó en una piedra, como si el sol no lo tocara.

—Soy el padre Trampitas —dijo—. Vengo a traer algo más que comida, hijo. Tú das pan, pero yo traigo paz. He visto hombres como tú: reyes de sangre que terminan solos o muertos. Quiero que camines conmigo por el buen camino, el de Dios.

El Búfalo, a un lado, soltó una risa seca.

—Este no es lugar pa' Dios, padre —gruñó—. Aquí manda El Sapo, y con él comemos. ¿Qué hace su Dios por nosotros?

Trampitas lo miró, con una calma que cortaba.

—Dios no llena el estómago, es cierto —respondió—. Pero llena el alma. José Ortiz puede ser rey, pero sin fe, su reino es polvo. Sapo, escucha: has matado, has robado, has gobernado con puños. Eso te trajo aquí, pero no te sacará. Arrepiéntete, hijo, y encuentra algo más grande.

El Sapo escupió al suelo, con un hilo de saliva que brillaba en la arena.

—No necesito arrepentirme, padre —dijo—. En Lecumberri maté pa' vivir, y aquí mato pa' que vivan los míos. Su Dios no me dio nada; yo lo tomé. Si quiere paz, que me dé comida pa' mi gente.

El sacerdote negó con la cabeza, al tiempo que sacaba la Biblia y la abría en una página marcada.

—No te pido que dejes de cuidar a los tuyos —dijo—. Te pido que lo hagas con luz. Mira a tu alrededor: estos hombres te siguen porque les das pan, pero ¿cuánto dura eso? Sin algo más, se te van a voltear. Ven conmigo a la capilla mañana. Reza, habla, y te ayudo a conseguir más comida, pero con las manos limpias.

El Tuerto se acercó, para susurrarle a José Ortiz:

—No le hagas caso, Sapo —dijo—. Es un viejo loco. Nos va a joder con sus cuentos.

Pero El Sapo no respondió de inmediato. Miró al padre, luego a su gente —El Ratón flaco pero vivo, El Cojo caminaba con un palo, La Chiva comía sal con las manos— y sintió algo raro, un eco que no entendía. En Lecumberri no había Dios, solo sangre; aquí, con comida en las manos, el cura le hablaba de algo que no podía tocar. No lo creía, pero la oferta de más comida lo tentaba.

—Hablas bonito, padre —dijo al fin—. Pero no me trago sus rezos. Si me consigues comida, voy a su capilla. Si no, quédese con su Dios y déjeme con mi reino.

Trampitas sonrió, con una chispa en los ojos.

—Hecho, hijo —respondió—. Mañana traigo algo pa' tus hombres. Pero vienes conmigo, y escuchas. El camino de Dios no es fácil, pero es más fuerte que cualquier trono.

El sacerdote se levantó, a la vez que clavaba la cruz más hondo en la arena, y se alejó a su iglesia, dejaba a José Ortiz con un nudo en el pecho. Esa noche, en la barraca, El Ratón y El Pájaro preguntaron, nerviosos:

—¿Vas a ir con él, Sapo? —dijo El Ratón—. ¿Y si es una trampa?

El Sapo gruñó, recostándose contra la pared.

—Voy por la comida, Ratón —respondió—. Si el viejo cumple, bien. Si no, lo echo al mar. Pero este reino no se cae por un cura.

Al día siguiente, Trampitas volvió con un saco pequeño de tortillas frescas, robadas de los guardias con su astucia de años. Lo dejó frente a José Ortiz, que lo tomó y lo repartió entre El Cojo y La Pulga, mientras los colonos miraban con hambre. Luego,

siguió al sacerdote a la capilla, una choza de madera al borde del campamento, con una cruz torcida en el techo.

Ahí, bajo el sol y el eco del mar, Trampitas habló de redención, de pecados y de un Dios que perdonaba. El Sapo escuchó, con las manos sucias y el corazón duro, pero algo en las palabras del cura se le quedó clavado. No era fe, no aún; era duda. Reinaba con sangre y pan, pero ¿y si el viejo tenía razón? ¿Y si su reino necesitaba más?

El padre Trampitas lo miraba, con esperanza y paciencia, mientras José Ortiz apretaba una tortilla en la mano, pensaba en su gente y en un camino que nunca había pisado.

CAPÍTULO 21 EL PAN Y LA CRUZ

El Sapo era un hombre desconfiado. En Lecumberri había aprendido que una mano abierta podía esconder un cuchillo, y en las Islas Marías cada migaja tenía un precio. Pero el padre Trampitas era diferente: un hombre de edad avanzada con una sotana rota que no pedía nada a cambio, solo que escuchara. Las tortillas frescas que trajo esa mañana habían sido un anzuelo, y José Ortiz lo mordió, no por fe, sino por hambre. Lo que no esperaba era que el cura volviera, día tras día, con más que comida: palabras, gestos, y una paciencia que lo desarmaba.

El segundo encuentro fue en la iglesia, al día siguiente. El Sapo llegó con El Ratón y El Tuerto a su lado, más por protección que por curiosidad. Trampitas estaba ahí, arrodillado frente a un altar improvisado de madera y piedras, rezaba en voz baja. Cuando los vio, se levantó con una sonrisa arrugada y sacó un paquete envuelto en trapo: tres pescados secos, pequeños pero enteros.

—Pa' tus hombres, José —dijo, tendiéndoselos—. Los conseguí de un guardia que le debe favores a la iglesia. Siéntate conmigo un rato.

El Sapo tomó los pescados, pasándoselos a El Ratón con un gesto para que los repartiera. Miró al cura, con los ojos saltones entrecerrados.

—¿Qué quiere de mí, padre? —gruñó—. Ya fui a su iglesia ayer. No me trago sus cuentos de Dios todavía.

Trampitas rio, una risa seca que retumbó en las paredes.

—No quiero que te los tragues, hijo —respondió—. Quiero que escuches. Siéntate, no muerdo. Y llámame Trampitas, como todos.

El Sapo dudó, pero se sentó en una banca rota, con El Tuerto que vigilaba la puerta. El cura habló de cosas simples: el mar, la sal, los hombres que había visto romperse en las islas. No predicó, solo contó, y El Sapo lo dejó hablar, con la mente en su gente pero los oídos abiertos. Cuando terminó, Trampitas le dio una palmada en el hombro, un gesto que nadie se atrevía a hacerle.

—Eres duro, José —dijo—. Pero cuidas a los tuyos. Eso es un comienzo. Vuelve mañana, y te tendré más comida.

Y volvió. Día tras día, el padre Trampitas aparecía con algo: un puñado de sal, una tortilla extra, una lata de sardinas vieja pero buena. Lo conseguía con astucia, como él decía: favores a guardias, sobornos con rezos, o robos discretos que El Gavilán no notaba. José Ortiz lo recibía, repartía la comida entre El Cojo, La Pulga, El Manco y los nuevos —El Tigre, El Lobo, La Serpiente, El Águila y El Grillo—, y se quedaba un rato con el cura. No rezaba, pero escuchaba.

Una tarde, mientras partían un pescado seco en la capilla, Trampitas lo miró de forma fija.

—¿Por qué peleas tanto, José? —preguntó—. Tienes el campamento, comida, hombres. ¿Qué buscas?

El Sapo masticó despacio, con el sabor salado en la lengua.

—Pa' que no me pisen, padre —respondió—. En Lecumberri me pisaron, y juré que nunca más lo harían. Aquí, si no peleo, mi gente se muere. No hay Dios que me saque de eso.

Trampitas asintió, sin juzgar.

—No te saca, José —dijo—. Te guía. Pelea por los tuyos, pero no solo con sangre. Mira lo que hago: consigo comida sin matar. Tú puedes hacer lo mismo, y más.

José Ortiz gruñó, pero no lo contradijo. Al día siguiente, cuando Trampitas trajo dos latas de sardinas, lo llevó a la costa con El Jarocho y El Búfalo. Le mostró cómo pescaban con anzuelos de clavo, y el cura, con manos torpes pero firmes, intentó ayudar. Falló, enredándose en la cuerda, y El Sapo soltó una risa ronca pero sincera, la primera en meses.

—Eres un desastre, Trampitas —dijo—. Pero no te rindes. Eso me gusta.

El sacerdote sonrió, limpiándose el sudor.

—Dios no me dio manos pa' pescar —respondió—. Me dio cabeza pa' intentarlo. Tú tienes las dos, José. Úsalas conmigo.

La amistad creció en gestos pequeños. El Sapo empezó a llamarlo «padre», con respeto, y Trampitas lo llamó «hijo» sin forzarlo a rezar. Una noche, el cura llegó con una botella de agua dulce, un milagro en las islas, y la compartieron en la capilla, solos. José Ortiz habló por primera vez de Lecumberri: los motines, la sangre, Arriaga muerto bajo su clavo. Trampitas escuchó, con la Biblia cerrada, y solo dijo:

—Hiciste lo que sabías, José. Pero ahora sabes más. No eres el mismo.

El Sapo no respondió, pero el nudo en su pecho volvió. No era fe, no todavía; era algo raro, como un espejo que no quería ver. Al día siguiente, mandó a El Ratón y El Pájaro a ayudar al cura con un trueque: sal por pescado. Trajeron tres piezas, y José Ortiz las repartió, pero también guardó un trozo para Trampitas.

—Pa' ti, padre —dijo, pasándoselo—. No rezo, pero como contigo.

Trampitas tomó el pescado, con una chispa en los ojos.

—Es un buen comienzo, hijo —respondió—. El pan une más que la cruz a veces.

El Gavilán notó las visitas del cura, pero no intervino; el campamento estaba tranquilo bajo El Sapo, y eso le bastaba. El Zopilote seguía en el castigo, y los colonos, ahora treinta y cinco con la llegada de El Cuete y El Zorro, comían mejor que nunca. El Sapo reinaba con puños y comida, pero la sombra de Trampitas lo seguía, ofrecía algo que no podía agarrar: un camino que no entendía, pero que empezaba a respetar.

Esa noche, en la barraca, El Tuerto gruñó:

—¿Qué traes con el cura, Sapo? —preguntó—. Nos va a ablandar.

El Sapo lo miró, con una calma nueva.

—No me ablanda, Tuerto —dijo—. Me da comida, y eso nos hace fuertes. Si quiere rezar, que rece. Yo sigo mandando.

La amistad con Trampitas no era fe, no era rendición; era un pacto raro entre un rey de sangre y un hombre de Dios, unido por el pan y la sal. Y en las Islas Marías, eso era más fuerte que cualquier motín.

El reinado de José Ortiz en las Islas Marías era un hecho sólido, tallado en comida, lealtad y sangre seca. Con treinta y cinco colonos a su mando y el resto del campamento comiendo de su mano, el Palacio Negro del Pacífico tenía un nuevo rey. El padre Trampitas rondaba como una sombra tranquila, traía pescado y palabras que El Sapo aceptaba por conveniencia, no por fe. Pero bajo esa calma, un eco del pasado seguía vivo: El Zopilote estaba a punto de salir del castigo, y con él venía la promesa de una venganza que no había muerto.

La mañana de su regreso, el campamento estaba en movimiento. José Ortiz repartía un puñado de sal entre El Ratón y El Pájaro en el patio, mientras El Jarocho y El Búfalo vigilaban la costa, listos para pescar. El Tuerto llegó presuroso, con su ojo bueno brillante de alerta.

—Sapo, El Zopilote sale hoy —susurró—. El Gavilán lo trae al patio en un rato. El Chancho y Dientes vienen con él, pero están rotos. ¿Qué hacemos?

José Ortiz escupió al suelo, con una sonrisa torcida.

—Que venga, Tuerto —respondió—. Lo espero con mi gente. Si quiere pleito, lo recibe. Este reino no es suyo ya.

El sol estaba alto cuando El Gavilán bajó al patio con un pelotón de guardias. El Zopilote salió del castigo detrás, cojeaba, con la cara marcada por moretones y la nariz torcida de la última paliza. El Chancho y Dientes lo flanqueaban, el gordo con un brazo en cabestrillo y el flaco con una pierna vendada, apenas capaces de mantenerse en pie. Los colonos se juntaron, observaban en silencio, mientras El Sapo se plantó al frente, con El Búfalo, El Toro, El Pelón y El Jarocho a su espalda.

El Gavilán gruñó, con el fusil al hombro.

—Aquí está tu basura, Sapo —dijo—. El Zopilote y sus perros. No quiero más desmadre. Si se pelean, los fusilo a todos.

José Ortiz asintió, con una calma helada.

—No hay desmadre, jefe —respondió—. Solo cuido lo mío.

El Zopilote lo encaró, con los ojos inyectados de odio y la voz rota por el encierro.

—Pinche rana —rugió—. ¿Crees que esto es tuyo? ¡Te voy a arrancar el culo y a todos tus perros! ¡Este campamento es mío!

Los colonos murmuraron, pero no con apoyo; eran susurros de burla y desprecio. El Sapo dio un paso adelante, con las manos a los lados pero los músculos tensos.

—Mírate, pajarraco —dijo, con una risa seca—. Estás quebrado, tus perros no caminan, y aquí nadie te quiere. Yo les

doy comida, tú les dabas mierda. Si quieres pleito, adelante. Pero no sales vivo esta vez.

El Chanco intentó avanzar, con un gruñido, pero El Búfalo lo empujó con un golpe en el pecho que lo hizo caer y gemir. Dientes levantó una vara, pero El Toro lo desarmó con un tajo en la mano, dejándolo sangrante en la arena. El Zopilote cargó contra El Sapo, con un clavo oxidado que había escondido, pero El Pelón y El Jarocho lo flanquearon, pateándole las piernas hasta tirarlo al suelo.

Los guardias alzaron los rifles, y El Gavilán disparó al aire.

—¡Basta, cabrones! —bramó—. ¡Al suelo o los mato!

El Sapo levantó las manos, retrocediendo con su grupo, mientras El Zopilote yacía en el lodo, jadeaba y sangraba. Los colonos no se movieron por él; algunos escupieron a su paso, otros gritaron el nombre de El Sapo. El Ratón y El Pájaro se mezclaron entre la turba, susurraban:

—Con El Sapo comemos, con El Zopilote morimos.

Dos más, El Cuervo Negro y El Gavilán Chico, se unieron al grupo esa tarde.

El Zopilote fue arrastrado a una barraca por El Chanco y Dientes, con la furia quemándole las entrañas pero el cuerpo roto. Esa noche, intentó reunir a sus pocos fieles, pero solo un colono flaco, El Rata Muerta, se acercó, tembloroso de miedo. Los demás lo ignoraron, comían pescado que El Sapo había conseguido con un trueque de sal.

El padre Trampitas apareció al día siguiente, con un saco de tortillas frescas y su cruz de madera. Vio a El Zopilote que cojeaba en un rincón y se acercó a El Sapo, que repartía la comida con El Tuerto y El Viejo Juan.

—Veo que tu enemigo volvió, José —dijo el cura, con voz suave—. ¿Qué vas a hacer con él?

José Ortiz lo miró, a la vez que masticaba un pedazo de tortilla.

—Nada, padre —respondió—. Está muerto pa' este campamento. Si me busca, lo remato. Pero ahora cuido a los míos, como usted dice.

Trampitas asintió, pasándole una tortilla extra.

—No lo mates si no tienes que hacerlo, hijo —comentó—. La sangre pesa, y tú ya cargaste mucha. Sigue dándoles pan, y él se hunde solo.

El Sapo gruñó, pero no discutió. El regreso de El Zopilote no fue un desafío; fue un eco roto. El campamento era de José Ortiz, y cada tortilla, cada pescado, lo clavaba más hondo. El Zopilote gritó amenazas desde su barraca, pero nadie lo escuchó. El Gavilán lo vigilaba, cansado de su ruido, y los colonos lo miraban como a un fantasma.

Esa noche, El Ratón susurró a El Sapo en la barraca:

—Zopilote está loco, Sapo. Dice que te va a matar, pero no tiene nada. Somos treinta y siete ahora. ¿Lo dejamos así?

El Sapo sonrió, con los ojos saltones que brillaban en la penumbra.

—Que hable, Ratón —dijo—. Su vuelo se acabó. Este reino es mío, y no lo suelto.

El Zopilote había vuelto, pero no como rey, sino como un pájaro con las alas rotas, chillaba en un campamento que ya no era suyo. José Ortiz reinaba, y su corona era de sal, pan y lealtad.

CAPÍTULO 22 LA REINA DEL VENENO

El Sapo había forjado un reino en las Islas Marías con sangre, sal y lealtad. Con treinta y siete colonos a su mando y El Zopilote reducido a un eco roto, el campamento giraba en torno a él. Las visitas del padre Trampitas traían comida y palabras que lo hacían pensar, pero no dudar. Sin embargo, una mañana, bajo un sol que quemaba como plomo fundido, llegó alguien que ni él ni sus hombres esperaban: María Elena Blanco, una presa nueva que traía consigo un aura de peligro tan afilado como un machete.

El bote que la trajo atracó en la costa con un crujido, escoltado por cuatro guardias armados, más de lo usual. El Gavilán bajó primero, con el fusil al hombro y una mueca de disgusto, mientras los colonos se juntaban, curiosos. María Elena salió detrás, con las manos encadenadas pero la cabeza erguida. Era alta, con la piel blanca a pesar del sol y el pelo negro que caía en ondas salvajes sobre los hombros. Sus ojos, oscuros y brillantes como obsidiana, cortaban el aire, y su boca, curvada en una sonrisa leve, prometía más que palabras. Su atuendo, un vestido blanco que no escondía su figura, y cada paso era un desafío.

El Sapo estaba en el patio, repartía un pescado seco con El Ratón y El Búfalo, cuando la vio. El Pájaro silbó desde un tejado, avisaba de algo raro, y El Tuerto se acercó para susurrar:

—Sapo, esa es María Elena Blanco —dijo—. Dicen que mató a tres hombres con veneno y a otro con un cuchillo. Es de cuidado.

José Ortiz la miró, con los ojos saltones entrecerrados y una chispa de interés. No era solo su belleza —aunque cortaba el aliento—, era la forma en que caminaba, como si las cadenas

fueran joyas y el campamento su patio. El Gavilán la llevó al centro, mientras gritaba a los colonos:

—¡Atrás, cabrones! —bramó—. Esta es María Elena Blanco. No se acerquen, no hablen, no la miren si quieren seguir vivos. ¡Va al apando hasta que le demos barraca!

Los guardias la empujaron hacia el sótano, pero antes de bajar, María Elena giró la cabeza y clavó los ojos en José Ortiz. Fue un segundo, pero bastó: una sonrisa torcida cruzó su cara, como si lo reconociera, y él le devolvió el gesto, con un gruñido bajo. Luego, desapareció en la oscuridad del castigo.

Esa noche, en la barraca, los rumores volaron. El Ratón habló primero, nervioso:

—Sapo, dicen que en las prisiones donde ha estado, era una viuda negra —susurró—. Envenenaba a sus amantes y los robaba. El último la cachó, y ella le cortó el cuello. Es peligrosa, cabrón.

El Búfalo gruñó, cruzándose de brazos.

—Que se quede en el apando —dijo—. No necesitamos una loca aquí. Tú mandas, Sapo, pero esa mujer huele a problemas.

José Ortiz no respondió de inmediato. Pensó en sus propios crímenes —Arriaga, los motines, la sangre en Lecumberri— y en cómo María Elena parecía un reflejo oscuro. No la temía; la curiosidad lo quemaba. Quería verla, hablarle, medirla.

Dos días después, El Gavilán la sacó del castigo y la mandó a una barraca al borde del campamento, bajo vigilancia doble. El Sapo esperó hasta la tarde, cuando los guardias fumaban en las torres, y se acercó con El Tuerto y El Jarocho como sombra. La encontró afuera, afilaba una piedra contra la pared, con las manos libres y esa misma sonrisa peligrosa.

—Así que tú eres El Sapo —dijo ella, sin levantar la vista—. El rey de este lugar olvidado por Dios. Me hablaron de ti en el bote. Dicen que mataste a un director y tumbaste a otro cabrón aquí.

El Sapo se plantó frente a ella, con una risa seca.

—Y tú eres María Elena Blanco —respondió—. La que envenena pendejos y corta gargantas. ¿Qué haces aquí, viuda? Este no es tu patio.

Ella dejó la piedra y lo miró, con los ojos brillantes como cuchillos.

—Vine porque me cacharon, pinche rey —dijo—. Pero no estoy muerta. Este lugar es mierda, pero tú lo haces girar. Me gusta eso. ¿Qué ofreces a los tuyos?

El Sapo la estudió, olía el peligro pero también algo más: una chispa que no había sentido desde Lecumberri.

—Comida, protección —respondió—. Los míos comen, no se mueren. ¿Qué traes tú, además de veneno?

María Elena rio, un sonido bajo y afilado.

—Traigo cabeza, rey —dijo—. Sé engañar, robar, matar sin que me vean. En las otras prisiones donde estuve, mis hombres comían bien hasta que me trajeron para acá.

El Tuerto gruñó, con la mano en una vara.

—No la necesitamos, Sapo—susurró—. Es una serpiente.

Pero El Sapo no lo escuchó. Se acercó más, con una sonrisa torcida.

—Útil, ¿eh? —dijo—. Pruébalo. Consigue algo pa' mi gente, y hablamos. Si no, te quedas sola, viuda.

Ella asintió, levantándose con un movimiento fluido.

—Dame un día, rey —respondió—. Te traigo algo que El Gavilán no va a extrañar.

Al día siguiente, María Elena apareció en el patio con un saco pequeño de sal, robado de un guardia con una sonrisa y una mentira que nadie vio venir. Se lo dio a José Ortiz frente a todos, con los colonos atentos y El Búfalo que fruncía el ceño.

—Pa' tus hombres, Sapo —dijo—. Soy buena pa' esto. ¿Me dejas entrar, o sigo sola?

José Ortiz tomó el saco, lo abrió y lo repartió entre El Ratón y El Cojo, con los ojos fijos en ella.

—Estás dentro, viuda —dijo—. Pero te vigilo. Si me picas, te corto el cuello.

María Elena sonrió, con un brillo letal.

—No pico a los que mandan bien, rey —respondió—. Vamos a llevarnos bien.

El encuentro marcó algo nuevo. María Elena Blanco, tan peligrosa como El Sapo, entró en su reino, no como súbdita, sino como igual. Los colonos susurraban, El Tuerto desconfiaba, y El Zopilote la miraba desde su rincón, olía una aliada o una amenaza. Pero José Ortiz no la temía; la veía como un arma, una reina de veneno que podía fortalecer su trono... o apuñalarlo por la espalda.

El Sapo no había sentido nada como esto desde Lecumberri. En su vida, el amor era un lujo que no existía; había sangre, poder, y la lucha por no ser pisado. Pero María Elena Blanco entró en las Islas Marías como un relámpago, hermosa y letal, y algo en él se quebró. No fue solo su belleza —esa piel tan blanca, esos ojos oscuros que cortaban como navajas—, sino la forma en que lo miraba: sin miedo, como un igual. El rey de las islas encontró en ella un reflejo, y lo que empezó como curiosidad se volvió fuego.

Los días después de su llegada, María Elena se movió como sombra en el campamento. Traía sal, pescado seco, incluso una lata de sardinas robada con una sonrisa y un guiño a los guardias. José Ortiz la dejó entrar en su círculo, con treinta y siete colonos a su mando, pero la vigilaba de cerca. El Tuerto y El Búfalo desconfiaban, susurraban que era una serpiente, pero El Sapo veía más: ella no solo sobrevivía, brillaba en este infierno, igual que él.

Una tarde, mientras repartían un puñado de sal en el patio, María Elena se acercó con una risa baja.

—Eres bueno para mandar, rey —dijo, rozándole el brazo con los dedos—. Pero te falta chispa. Este lugar es mierda, pero contigo podría ser un reino de verdad.

El Sapo la miró, con los ojos saltones que brillaban.

—¿Chispa, viuda? —respondió, con una sonrisa torcida—. Aquí mando con pan y sangre. ¿Qué traes tú pa' encenderlo?

Ella se inclinó, con los labios cerca de su oído.

—Traigo veneno y calor, rey —susurró—. Tú pones el trono, yo lo hago arder.

El roce lo quemó, y esa noche, en la barraca, José Ortiz no durmió. Pensó en ella: su risa, su peligro, la forma en que lo desafiaba sin retroceder. Al día siguiente, la buscó en la costa, donde ella afilaba una piedra bajo el sol. Se sentó a su lado, sin palabras al principio, solo mirándola. María Elena lo notó y dejó la piedra, con una sonrisa que lo desnudó.

—¿Qué, Sapo? —dijo—. ¿El rey viene a verme sin su corte?

Él gruñó, pero su voz salió más suave de lo que quería.

—No te entiendo, viuda —admitió—. Matas, robas, y sigues aquí, mirándome como si nada. ¿Qué quieres de mí?

Ella se acercó, con los ojos fijos en los suyos.

—Quiero un rey, José —respondió—. No un pendejo que me pise, sino uno que camine conmigo. Tú eres eso. Y yo... yo soy más que veneno.

Fue la primera vez que lo llamó por su nombre, y algo en El Sapo cedió. Esa noche, la llevó a la fogata clandestina donde El Jarocho cocinaba pescado. Compartieron un pedazo, con las manos rozándose, y hablaron: de Lecumberri, de otras prisiones, de la sangre que los había traído aquí. María Elena contó cómo envenenó a un amante que la golpeó, reía mientras lo veía caer. José Ortiz habló de Arriaga, del clavo en su cuello. Se rieron juntos, con un filo oscuro, y cuando ella le tocó la cara, él no se apartó.

El romance creció rápido, como un incendio en madera seca. El Sapo la buscaba cada día, compartían comida, planeaba trueques con ella. María Elena se volvió su sombra, su igual, conseguía sal y pescado con una astucia que lo dejaba boquiabierto. Los colonos lo notaron: El Ratón sonreía, El Tuerco gruñía, y El Búfalo advertía: Te va a joder, Sapo. Pero él no escuchaba; por primera vez, sentía algo más que hambre o furia.

Una noche, bajo un cielo sin luna, José Ortiz la llevó a la capilla del padre Trampitas, vacía a esa hora. La besó contra la pared, con fuerza y desesperación, y ella respondió con la misma hambre, clavándole las uñas en la espalda. Fue brutal, como ellos, pero también algo más: una promesa. Después, jadeantes en la oscuridad, El Sapo la miró.

—Eres mía, viuda —dijo—. No te dejo ir.

María Elena rio, con el pelo pegado a la cara.

—Y tú eres mío, rey —respondió—. Pero hagámoslo bien. Casémonos aquí, en este lugar olvidado por Dios. Que todos vean que somos uno.

El Sapo no dudó. Al día siguiente, habló con Trampitas, que llegó con su sotana y un saco de tortillas frescas. El cura los miró, con una mezcla de asombro y resignación.

—¿Boda, José? —preguntó—. Aquí no estamos en una iglesia, y ustedes no son santos.

José Ortiz gruñó, con María Elena a su lado.

—No queremos santos, padre —dijo—. Queremos ser rey y reina. Hágalo, y le damos comida pa' sus rezos.

Trampitas suspiró, pero aceptó. Esa tarde, en el patio, bajo un sol que rajaba la piel, los colonos se juntaron. El Gavilán miró desde una torre, sin intervenir; el campamento estaba tranquilo, y eso le bastaba. Trampitas habló palabras simples, con la cruz en la mano:

—José Ortiz Muñoz y María Elena Blanco, en este lugar de mierda, se unen por lo que sea que tengan. Que Dios los vea, si quiere.

El Sapo y María Elena se miraron, con sonrisas torcidas, y se dieron la mano. No había anillos, solo un clavo que ella le dio y una piedra que él le pasó. El Ratón y El Pájaro gritaron vítores, El Búfalo y El Tuerto callaron, y El Zopilote, desde su rincón, escupió al suelo con odio. Las tortillas se repartieron, y la boda terminó en una fogata con pescado, donde el rey y la reina comieron juntos, con la sangre de sus pasados que sellaban el pacto.

José Ortiz estaba enamorado, un amor feroz y peligroso que lo ataba a María Elena como a nada antes. Ella era su reina, tan letal como él, y juntos reinaban en las Islas Marías. Pero en sus ojos, mientras reía bajo el fuego, El Sapo vio un brillo que no podía leer: amor, sí, pero también veneno. Y eso, en el fondo, le gustaba más.

La boda de José Ortiz y María Elena Blanco marcó un nuevo amanecer en las Islas Marías. El campamento, antes un infierno de hambre y peleas, giraba ahora bajo el mando de un rey y una reina tan fieros como el mar que los rodeaba. Con treinta y siete colonos leales y el resto comían de sus manos, El Sapo y María Elena gobernaban con una mezcla de sangre, pan y un amor que cortaba como navaja. Juntos eran invencibles, pero también un imán para el peligro, y el trono que compartían no estaba exento de sombras.

El primer día como pareja reinante, se plantaron en el patio bajo un sol abrasador. El Sapo repartía un pescado seco que El Jarocho había sacado de la costa, mientras María Elena pasaba un saco de sal robado con una sonrisa que desarmaba a los guardias. Los colonos los miraban con asombro: él, con su espalda llena de cicatrices y ojos saltones; ella, con su belleza letal y una calma que escondía veneno. El Ratón y El Pájaro gritaban órdenes, El Búfalo y El Toro vigilaban, y El Tuerto observaba a María Elena con recelo, pero no decía nada.

—Escuchen, cabrones —rugió José Ortiz, con María Elena a su lado—. Esto no cambia: mi gente come, mi gente vive. Pero ahora somos dos. Ella manda conmigo, y el que no lo acepte, que lo diga ya.

María Elena rio, con un brillo oscuro en los ojos.

—Y si lo dicen, que se preparen —añadió—. No vine a estas islas a ser sombra. Conmigo, este reino crece o arde.

Nadie habló. El Zopilote, desde su rincón con El Chanco y Dientes, escupió al suelo, pero su voz no pesaba. Los colonos, ahora treinta y ocho con la llegada de El Cuervo Gris —un viejo que se unió por hambre—, asintieron. El mensaje era claro: El Sapo y María Elena eran uno, y su reinado era ley.

Juntos, transformaron el campamento. José Ortiz lideraba la pesca en la costa con El Jarocho y El Hierro, sacaban peces flacos

pero suficientes para repartir. María Elena, con su astucia, negociaba con los guardias: una sonrisa, una promesa, un trueque de sal por tortillas o latas viejas. Una tarde, convenció a un guardia borracho de dejar un saco de harina olvidado, y esa noche, con La Chiva y El Cojo se pusieron a amasar, e hicieron tortillas frescas para todos. El Sapo la miró mientras comían, con un orgullo que no escondía.

—Eres buena, viuda —dijo, pasándole un pedazo—. Este lugar es mierda, pero contigo parece algo más.

Ella se acercó, rozándole la cara con los dedos.

—Y tú lo haces fuerte, rey —respondió—. Juntos, nadie nos pisa.

El padre Trampitas los visitaba, para traer comida y palabras. Los veía reinar y no los juzgaba, aunque sus ojos cafes brillaban con algo entre esperanza y duda.

—Escucha bien, Sapo —dijo una mañana el padre Trampitas con un pescado en la mano—. María y tú gobiernan bien, pero con sangre y robo. Piensen en lo que dejan. Un reino de pan dura más si tiene paz.

El Sapo gruñó, pero María Elena respondió primero.

—Paz no llena el estómago, padre —dijo—. Pero traiga su comida, y seguimos escuchando.

Trampitas sonrió y se fue, al tiempo que dejaba el pescado. Su influencia crecía, pero no los doblegaba; José Ortiz y María Elena usaban sus regalos para fortalecer su trono, no para rezar.

El reinado no estaba libre de grietas. El Zopilote rondaba, estaba furioso, susurraba a El Chancho y Dientes planes de venganza que nadie tomaba en serio. El Tuerto y El Búfalo seguían con desconfianza hacia María Elena, temían su veneno. Una noche, El Tuerto habló en la barraca:

—Sapo, la quieres, y está bien —dijo—. Pero si te traiciona, nos jode a todos. Vigílala.

José Ortiz lo encaró, con una chispa en los ojos.

—Es mi reina, Tuerto —respondió—. Me traiciona, y la mato yo. Pero mientras me dé esto, confío en ella.

María Elena lo escuchó desde un rincón y se acercó, con una risa baja.

—No traiciono a los que me quieren, viejo —dijo al Tuerto—. El Sapo es mío, y este reino es nuestro.

El campamento prosperaba bajo su mando. Una semana, El Jarocho y El Toro pescaron cinco peces grandes, y María Elena negoció con El Gavilán un trueque de sal por agua dulce, un lujo que los colonos bebieron con gritos de alegría. El Ratón y El Pájaro trajeron a El Zorrillo y La Liebre, lo que hizo crecer al grupo a cuarenta. José Ortiz y María Elena comían juntos cada noche, planeaban en la fogata, con las manos entrelazadas y la sangre de sus pasados uniéndolos.

El Gavilán se acercó para echar un ojo, con el puro apagado en la boca.

—Se portan bien, Sapo —gruñó—. Pero no se pasen. Esto sigue siendo mío.

El Sapo asintió, con María Elena a su lado.

—No nos pasamos, jefe —respondió—. Solo cuidamos lo nuestro.

Ella añadió, con una sonrisa cortante:

—Y lo hacemos chingón, Gavilán. Mejor que el pajarraco.

El jefe de la guardia se alejó, sin discutir. El reinado de José Ortiz y María Elena era un equilibrio brutal: amor entre ellos, comida para su gente, y un filo que mantenía a raya a los

enemigos. El Zopilote era un eco, El Tuerto callaba, y los colonos comían. El trono de dos era fuerte, pero en las sombras, el veneno de María Elena y la furia de El Sapo prometían que cualquier amenaza ardería antes de tocarlos.

Esa noche, en la barraca, José Ortiz la abrazó bajo un techo roto, con el mar que rugía con fuerza.

—Eres mi reina, viuda —susurró—. Este infierno es nuestro.

Ella lo besó, con un brillo letal en los ojos.

—Y siempre lo será, rey —respondió—. Juntos, hasta el fin.

CAPÍTULO 23 EL FILO QUE SE HUNDE

El reinado de El Sapo y María Elena Blanco en las Islas Marías era un trono forjado en sangre y pan, sostenido por cuarenta colonos leales y un amor tan feroz como el mar que los rodeaba. Gobernaban con astucia y fuerza, conseguían comida y mantenían el campamento bajo control. Pero en las sombras de su poder, el padre Trampitas aún aparecía, con su sotana raída y su cruz de madera, traía pescado y palabras que se clavaban como anzuelos en el alma de José Ortiz. Lo que empezó como un trueque por comida se volvió algo más, y una noche, todo cambió.

Era un atardecer gris, con el cielo pesado de nubes y el mar que rugía contra la costa. El Sapo estaba en el patio, repartía un saco de sal con María Elena a su lado, cuando Trampitas llegó, más serio que nunca. No traía comida esta vez, solo su Biblia gastada y una mirada que cortaba el aire. Se acercó al rey, al tiempo que ignoraba a los colonos que lo rodeaban, y habló con voz ronca pero firme.

—José, hijo —dijo—. Hemos caminado juntos un rato. Te di pan, te casé con María, vi cómo cuidas a esta gente. Pero hay algo que no sueltas, y te carcome. La sangre en tus manos no se lava con sal.

El Sapo lo miró, con los ojos saltones entrecerrados y una sonrisa torcida.

—¿Sangre, padre? —respondió—. Con sangre hice este reino. Sin ella, estaría muerto, y mi gente también. Su Dios no me salvó en Lecumberri; yo lo hice.

María Elena, a su lado, rio en voz baja, con un brillo letal.

—Déjalo, Trampitas —dijo—. Somos lo que somos. Este lugar no tiene espacio pa' santos.

Pero el cura no se movió. Clavó la cruz en la arena y abrió la Biblia, para leer en voz baja un pasaje que hablaba de perdón y dejar las armas. Luego cerró el libro y miró a El Sapo a los ojos.

—No te pido que seas santo, José —dijo—. Te pido que seas hombre. Mataste pa' vivir, lo entiendo. Pero ahora mandas, tienes comida, tienes a María. ¿Pa' qué más sangre? Cada muerte te pesa, aunque no lo sientas. Arroja eso al mar, hijo. Acepta a Dios en tu corazón, y te juro que no necesitas matar pa' reinar.

José Ortiz gruñó, con las manos apretadas. Pensó en Arriaga, en El Zopilote, en los hombres que había quebrado. No sentía culpa, solo necesidad. Pero las palabras de Trampitas se le metían como sal en una herida vieja. Miró a María Elena, que frunció el ceño, y luego a su gente: El Ratón flaco pero vivía, El Cojo caminaba, La Chiva comía. Reinaba con muerte, pero también con pan. ¿Y si el cura tenía razón?

Esa noche, en la barraca, no durmió. María Elena lo abrazó, susurrándole al oído:

—No le hagas caso, rey —dijo—. Somos fuertes así. El machete nos trajo aquí.

Pero El Sapo no respondió. Recordó Lecumberri, la sangre en sus manos, y luego las islas: el hambre, los golpes, y ahora la calma que había construido. Trampitas no pedía rendición, pedía un cambio. Y por primera vez, lo dudó.

Al amanecer, buscó al cura en la capilla. Trampitas estaba arrodillado, rezaba, y levantó la vista cuando José Ortiz entró, con su machete en la mano —un filo viejo, manchado de óxido y recuerdos—. El rey se plantó frente al altar, con el arma temblándole en los dedos.

—¿Qué quiere de mí, padre? —preguntó, con voz rasposa—. No sé rezar, no sé pedir perdón. Pero usted dice que no mate más. ¿Cómo mando sin esto?

Trampitas se levantó, con una chispa de esperanza.

—No mandas con el machete, José —respondió—. Mandas con lo que ya tienes: tu gente te sigue porque los cuidas. Arroja eso al mar, hijo. No pa' mí, pa' ti. Deja que Dios entre, y verás que no necesitas matar pa' ser rey.

El Sapo lo miró, con el pecho apretado. Pensó en María Elena, en su reino, en los años de sangre. El machete pesaba, no en la mano, sino en el alma. Dio un paso atrás, gruñó, y salió de la capilla sin hablar. Trampitas no lo siguió.

Esa tarde, llamó a su gente a la costa. María Elena estaba a su lado, con los brazos cruzados, mientras El Ratón, El Tuerto, El Búfalo y los demás miraban, confundidos. José Ortiz alzó el machete, con el sol brillante en el filo, y habló, con voz que temblaba de furia y algo más.

—Este pinche fierro me dio todo —dijo—. Me sacó de Lecumberri, tumbó a El Zopilote, me hizo rey. Pero el padre dice que no lo necesito más. Dice que con esto —señaló a los colonos— y con ella —miró a María Elena—, basta. No sé si su Dios me quiere, pero sé que ustedes sí. No mato más. Esto se acabó.

Antes de que María Elena pudiera detenerlo, El Sapo arrojó el machete al mar. El arma giró en el aire y se hundió en las olas, tragada por la espuma. Los colonos jadearon, El Tuerto negó con la cabeza, y El Búfalo gruñó. María Elena lo agarró del brazo, con los ojos encendidos.

—¿Qué haces, José? —susurró—. ¿Y si nos atacan?

José Ortiz la miró, con una calma rara.

—Nos defendemos con lo que tenemos, viuda —respondió—. Pero no mato más. Si este reino cae, no será por sangre.

Trampitas, desde la playa, sonrió y levantó la cruz. Esa noche, en la capilla, El Sapo se arrodilló por primera vez, no para rezar, sino escuchar. El cura habló de perdón, y algo en el rey cedió: no era fe plena, pero era un comienzo. María Elena lo esperó afuera, con el ceño fruncido pero sin pelear.

—Eres un loco, rey —dijo—. Pero si esto te hace feliz, te sigo.

El Sapo la abrazó, con el mar que rugía a lo lejos.

—No sé si es felicidad, reina —respondió—. Pero es mío.

El machete se hundió, y con él, una parte del viejo José Ortiz. El rey no volvió a matar, gobernaba con pan y la fuerza de su gente. Trampitas lo guiaba, María Elena lo retaba, y las Islas Marías vieron a un hombre que, por primera vez, dejó la sangre atrás para reinar con algo más.

El Sapo había arrojado su machete al mar, juró no volver a matar bajo la guía del padre Trampitas. Con María Elena Blanco como su reina y cuarenta colonos leales, reinaba en las Islas Marías con pan, sal y una fe incipiente que lo hacía dudar de su pasado. Pero ese cambio, esa promesa de dejar la sangre atrás, fue un faro para los que esperaban su caída. El Zopilote, roto pero vivo, vio la oportunidad en la debilidad del rey, y con su odio como combustible, planeó un golpe final que no dejaría espacio para la redención.

Era una madrugada fría, con el cielo negro y el mar que rugía como un lamento. José Ortiz había salido solo a la costa, algo raro desde su boda con María Elena. Quería pensar, sentir el peso de su juramento lejos del campamento, con las olas como único testigo. No llevaba armas, solo un trapo sucio en la mano y la calma extraña que Trampitas le había dado. No escuchó los

pasos en la arena, no vio las sombras que lo acechaban. El Zopilote había esperado este momento, y con él venían El Chanco, Dientes, El Rata Muerta, El Cuervo Negro y El Gavilán Chico, armados con machetes robados y varas afiladas.

El ataque fue silencioso al principio. El Zopilote salió de la oscuridad, con el machete brillante bajo un relámpago lejano, y su voz cortó la noche como un grito de muerte:

—¡Pinche rana! —rugió—. ¿Crees que por tirar tu fierro te limpias? ¡Por cada cabrón que mataste, te corto hasta que no quede nada!

El Sapo se giró, con los ojos saltones abiertos de sorpresa, pero no tuvo tiempo de correr. El Chanco lo embistió por detrás, tirándolo a la arena con un golpe en las piernas, mientras Dientes le pateaba las costillas. El Zopilote alzó el machete y dio el primer tajo, un corte profundo en el brazo.

—¡Uno, por Arriaga! —gritó, con la sangre que salpicaba su cara.

José Ortiz gruñó, intentó levantarse, pero El Rata Muerta lo sujetó por el cuello, y El Cuervo Negro le dio un golpe en la espalda con una vara. El segundo machetazo vino en la pierna, un tajo que arrancó un grito.

—¡Dos, por los 131 sinarquistas que mataste el 1946! —rugió El Zopilote.

No había escape. El Sapo jadeaba, con la arena pegándose a su sangre, pero no peleó. Recordó su juramento, las palabras de Trampitas —No necesitas matar pa' ser rey, y apretó los dientes.

—No mato más, pajarraco —susurró, con la voz rota—. Haz lo que quieras.

El Zopilote rio, con una furia loca que resonó en la playa.

—¡Tres, por los que mataste en Lecumberri! —gritó, cortándole el hombro.

El cuarto tajo fue en la espalda, el quinto en el pecho. Cada golpe venía con un nombre, un recuerdo de los 160 hombres que en total El Sapo había matado en su vida —en Lecumberri, en las calles, en las islas—. El Chancho y Dientes contaban, reían como hienas, mientras El Rata Muerta y El Gavilán Chico lo sujetaban, turnándose para dar cortes menores entre los grandes golpes de El Zopilote.

Al décimo tajo, José Ortiz dejó de gritar. Al veinte, sus ojos se nublaron, pero seguía vivo, respiraba entre jadeos. El Zopilote no paró, contaba con saña: treinta, cuarenta, cincuenta. La sangre cubría la arena, y el rey yacía como un muñeco roto, con el cuerpo abierto en tajos que no dejaban piel intacta. A los cien, El Chancho jadeaba de cansancio, pero El Zopilote seguía, con el machete temblándole en las manos.

—¡Ciento sesenta, por mí! —rugió al final, y dio el último corte en el cuello de El Sapo.

El rey cayó inmóvil, con la cabeza que colgaba y la sangre mezclándose con el mar. El Zopilote se levantó, empapado en sangre, y escupió sobre el cuerpo.

—Se acabó tu reino, rana —gruñó—. Esto es mío otra vez.

El grupo huyó, al tiempo que dejaban el cadáver destrozado en la playa. El alba llegó gris, y El Pájaro lo encontró, silbando un grito que despertó al campamento. María Elena corrió a la costa, con El Ratón, El Tuerto y El Búfalo detrás, y se desplomó al verlo. Gritó, con un aullido que heló la sangre, mientras abrazaba lo que quedaba de su rey.

—¡José! —rugió, con las manos temblorosas—. ¡Mi rey!

El padre Trampitas llegó poco después, con su cruz en la mano. Vio el cuerpo, los 160 tajos, y cayó de rodillas, para llorar en silencio.

—No mataste, hijo —susurró—. Cumpliste... y te llevaron.

El Gavilán apareció con los guardias, furioso, y mandó buscar a El Zopilote y su grupo, pero ya se habían escondido entre las barracas. El campamento estalló en caos: los colonos lloraban, gritaban, o callaban, miraban el cuerpo del rey que les dio pan. María Elena se levantó, con los ojos encendidos de furia, y juró en voz baja:

—Te vengaré, José. Con sangre o con veneno, te vengaré.

José Ortiz estaba muerto, asesinado con 160 machetazos, uno por cada vida que tomó. Su reinado terminó en la playa, cumplió su promesa de no matar, pero pagó el precio de su pasado. El Zopilote reclamó su venganza, y las Islas Marías temblaron, con María Elena y un trono vacío como eco de un rey que cayó.

Al final, El Sapo murió como vivió: en la arena, bajo un cielo que no lo vio. Su reino cayó, María Elena lloró, y las Islas Marías guardaron su nombre como un cuento cruel. Fue rey, asesino, esposo, y al final, un hombre que intentó cambiar cuando el pasado ya lo tenía atrapado. Esta es su historia: un camino de sangre que buscó luz, pero encontró oscuridad. Porque en este mundo, los sapos no saltan al cielo; se hunden en el mar.

Fin.

NOTA DEL AUTOR

Esta es una novela basada en hechos reales sobre la vida de José Ortiz Muñoz, alias El Sapo. A continuación, les presento algunos datos poco conocidos de su vida:

* A los nueve años, un compañero de escuela lo humillaba de manera constante, lo que llevó a su padre a reprimirlo y propinarle una paliza, diciéndole:

—¡Recuerda que ningún Ortiz se ha dejado humillar en el estado de Durango!

Haciendo caso a su padre, José asesinó a su compañero a los nueve años. Fue duramente castigado por las autoridades y enviado a la Penitenciaría de Durango, donde pasó cuatro años junto a los peores criminales. Allí, estos lo adiestraron en técnicas de pelea y delincuencia, además, aprendió a consumir marihuana.

* El lunes 28 de octubre de 1946, fue capturado en Torreón, Coahuila, por el asesinato de Ignacio Jarero Ortiz, un estudiante de medicina. Lo trasladaron a la Ciudad de México, entonces Distrito Federal, y lo alojaron de manera provisional en los separos de la 6.^a Delegación, antes de ser enviado a la Penitenciaría del Distrito Federal (Lecumberri). Fue sentenciado a 18 años de prisión y confinado en las «celdas para incorregibles».

* El intento de fuga de 1948 en el Palacio Negro de Lecumberri es un episodio fascinante y poco conocido. Los detalles, como el limado de los barrotes de la celda 189, el plan de cavar un túnel hacia el drenaje central y el uso de sogas con garfios para escalar los muros de 14 metros, muestran una operación audaz, aunque frustrada. La intervención de los vigilantes Francisco Vega Mier, Felipe Martínez Domínguez y el jefe Facundo Tello Hernández fue clave para detener el plan. Los involucrados —Luis Ramírez García, Armando Morales Trejo,

Rodolfo Solerio Solorio y El Sapo— terminaron en las temidas celdas de castigo.

* A pocos meses de ingresar a Lecumberri, El Sapo se convirtió en el amo y señor de los reclusos, dominando no solo a los presos, sino también a vigilantes y comandantes del penal.

* El Sapo traficaba con marihuana, cocaína, morfina y licores de diversas marcas.

* Azotaba a los internos que se negaban a obedecer sus órdenes o a someterse a sus caprichos.

* En el estudio Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes de El Sapo (1954), de Andrés Ríos Molina de la UNAM, se profundiza en su autobiografía y pruebas proyectivas, revelando una mente obsesionada con la dominación a través de la violencia.

* En la Crujía Circular Dos de Lecumberri, José Ortiz Muñoz ocupaba la celda 3, mientras que un recluso cubano, conocido como El Tata, estaba en la celda 23. Un miércoles, a las 9:00 de la mañana, el guardia Felipe Huerta Gómez les ordenó dirigirse a la enfermería. Al regresar, escoltados por el vigilante con un máuser en mano, estalló un altercado en el patio. El Tata empujó con fuerza a Huerta, quien cayó junto con su rifle, y sacó un cuchillo de 35 centímetros de largo por cuatro de ancho, amenazando con «rajarle el cuero» a El Sapo.

José, rápido y astuto, usó su sombrero de palma verde como escudo, al estilo de un torero. El cubano, ansioso por acabar con él, intentó apuñalarlo en el pecho, pero el cuchillo se trabó en el sombrero. Esto permitió a José forcejear y arrebatarle el arma. Sin dudarle, El Sapo apuñaló al cubano en el tórax, atravesándolo de espalda a pecho. Con la hoja saliendo cerca de su corazón, el cubano, aterrorizado, corrió hacia la Crujía Circular Uno en busca de la enfermería, pero colapsó y murió en la mesa de operaciones.

El guardia Huerta, aunque recuperó su máuser, no intervino en la pelea.

Por este hecho, El Sapo declaró a un reportero:

—El cubano ya me traía de encargo y me acusaba de soplón. Por eso no le tuve lástima; le hundí su propia arma y sentí que lo había traspasado. Los muertos no hablan. Ya debía muchas y algún día tenía que llegarle su turno.

En su declaración oficial, afirmó:

—Saben que soy macizo, que no me rajo, que soy muy macho. No podía permitir que un matón extranjero quisiera ponerme en ridículo. Diré la verdad: siento que se haya muerto el cubano, porque sería el mejor testigo de que digo la verdad. Hace unos 10 días, el cubano le robó las llaves al sargento Luis Mendoza Cabrera, abrió un candado y se lo robó. Yo vi la maniobra y le llamé la atención. Terminó por tirar las llaves para que el sargento las recuperara. Supe después que el cubano planeaba fugarse. En otra ocasión, intentó matar al vigilante Crispín, pero otro policía lo sorprendió y no pudo cumplir su propósito. Por eso me decía «chivatón»; creía que yo lo había denunciado, y por eso lo vigilaban de cerca.

* Tras estas declaraciones, el coronel Francisco Linares Tejeda ordenó el cese inmediato de dos comandantes de vigilancia: Pablo Burciaga y Cesáreo Rosado Lagunes.

* El Sapo afirmaba que planeaba casarse porque necesitaba una responsabilidad para dejar de delinquir. Sin embargo, sus compañeros aseguraban que su único interés en la boda era conseguir un indulto presidencial.

* Él mismo solicitó que, al morir, se inscribiera en su lápida que había sido un buen hombre.

* Debido a su evidente peligrosidad, fue trasladado a las Islas Marías, donde murió en febrero de 1962.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

* En las Islas Marías, El Sapo a sus 56 años atacó con un machete a Eloy Pérez, un recién llegado de Tabasco acusado de una serie de crímenes. Al recibir el machetazo, Pérez, furioso, levantó un hacha y asestó un brutal golpe a Ortiz Muñoz, destrozándole el cuerpo.

* Lo último que se supo de Eloy Pérez es que fue abatido por los vigilantes del penal entre el 26 y 27 de febrero de 1962.

* En la lápida de su tumba se equivocaron al poner el apellido «Rodríguez», en lugar de Ortiz.

Lápida de El sapo ubicada en Las Islas Marías.



ACERCA DEL AUTOR

José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde temprana edad, Sarabia mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque inicialmente limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Sarabia Campos es autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, abarcando géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. Este galardón no solo resalta la calidad de su escritura, sino también su capacidad para conectar con lectores a través de historias inquietantes y bien estructuradas. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo magistral del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su trabajo como novelista, Sarabia ha participado activamente en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, conectando con audiencias de diferentes culturas y contextos. Actualmente, el autor continúa participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

La trayectoria de José Arturo Sarabia Campos es un testimonio de perseverancia y talento. A pesar de los retos iniciales para dedicarse plenamente a la escritura, su pasión y disciplina lo han llevado a construir un legado literario sólido. Su obra no solo entretiene, sino que invita a la reflexión, consolidándolo como un autor versátil y comprometido con el arte de contar historias. Con cada nuevo proyecto, Sarabia Campos reafirma su lugar en la literatura mexicana contemporánea, prometiendo seguir sorprendiendo a sus lectores con narrativas innovadoras y emotivas.

«EL SAPO» ASESINO SANGUINARIO

Obra protegida por derechos de autor

El Sapo es una novela visceral que sumerge al lector en el infierno de las Islas Marías, un penal mexicano donde el hambre y la violencia dictan las reglas. A través de 23 capítulos, la obra narra la vida de José Ortiz Muñoz, alias El Sapo, un hombre que pasa de los motines sangrientos de Lecumberri a convertirse en el rey de un campamento de presos mediante astucia, brutalidad y generosidad. Con un lenguaje crudo y diálogos cargados de argot, la novela captura la esencia de un mundo donde un pedazo de pescado seco es poder y la lealtad es la única moneda que importa.

El personaje de El Sapo es el corazón de la historia: un asesino que carga con 160 muertes, pero cuya evolución hacia un liderazgo basado en repartir comida y buscar redención lo humaniza. Su relación con María Elena Blanco, la «reina del veneno», es un punto álgido, un romance feroz que combina amor y peligro en igual medida. La llegada del padre Trampitas, un sacerdote astuto que ofrece pan y palabras de fe, introduce un conflicto moral que desafía la lógica violenta de El Sapo, culminando en su trágica decisión de abandonar el machete, lo que lo lleva a una muerte brutal a manos de El Zopilote.

La narrativa brilla por su ritmo trepidante y su retrato realista de las dinámicas carcelarias, donde la comida es poder y los trueques son supervivencia. Los personajes secundarios —El Ratón, El Tuerto, El Búfalo— añaden profundidad, representando a los olvidados que encuentran fuerza en la unión. Aunque algunos momentos, como los 160 machetazos, sacrifican realismo por impacto dramático, la novela compensa con su exploración de temas como la redención, el amor y el ciclo de violencia.

El Sapo no es solo una historia de crímenes, sino un espejo de la humanidad en los márgenes. Su final trágico, con María Elena jurando venganza y un trono vacío, deja al lector reflexionando sobre el costo de la redención en un mundo que no perdona. Es una obra poderosa, ideal para quienes buscan una narrativa cruda que no teme mirar la oscuridad, pero que encuentra luz en los gestos más simples.



José Arturo Sarabia Campos es autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, abarcando géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. Este galardón no solo resalta la calidad de su escritura, sino también su capacidad para conectar con lectores a través de historias inquietantes y bien estructuradas. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo magistral del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

ISBN 9798266416451



90000



9 798266 416451

Obra protegida por derechos de autor